



LA PERFECTA  
PROMETIDA

*Rowyn Oliver*



La perfecta prometida

Rowyn Oliver



Primera edición en *ebook*: junio, 2020

Título Original: La perfecta prometida

© Rowyn Oliver

© Editorial Romantic Ediciones

[www.romantic-ediciones.com](http://www.romantic-ediciones.com)

Diseño de portada: Olalla Pons – Oindiedesign

ISBN: 978-84-17474-70-6

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



## PRÓLOGO

Invierno 1208, Las Highlands

Era el festival de invierno. Como de costumbre, la multitud se congregaba alrededor de la hoguera para escuchar las gaitas ceremoniales. Pero ese año, Rowen no podría ver a los formidables guerreros con sus tartanes bordados con tupidos hilos, ni escuchar la mágica melodía de las gaitas escocesas resonando en una noche estrellada. La niña estaba acurrucada en su camastro, contemplando el otro que yacía vacío porque su hermana Rowyn no estaba. ¡Ella sí podía disfrutar del festival! ¡Qué injusticia!

Rowyn era dos años mayor que ella y, por lo visto, mucho más bonita. Hay que decir que Rowen no lo creía así, pero lo aceptaba; no podía menos que percatarse, que la gente admiraba vivamente la belleza de su hermana mayor. Sus increíbles ojos azules y los graciosos bucles del color de la brea que tan grácilmente solían colgarle a los lados de su rostro, enmarcándolo en un óvalo perfecto, le daban esa apariencia atractiva y etérea. Su tez era pálida, mucho más que la suya, y causaba admiración. Todos, y en un majestuoso conjunto, eran encantos que difícilmente pasaban inadvertidos.

Los encantos de Rowen, sin embargo, bronceada y pecosa, era una mortificación para ella y esta aumentaba cuando sus largas caminatas le arrebolaban las mejillas enrojeciendo sus pómulos altos como si se hubiera frotado moras maduras. Un efecto que ella aborrecía.

No era justo. Simplemente Dios no había hecho justicia con ella.

Cuando toda la admiración recaía en Rowyn, Rowen tenía que conformarse con palabras amables: *qué niña más graciosa*. No esperaba más, tenía el pelo lacio y tan liso como las aguas del lago Tummel. ¡Por Dios, ni siquiera era dorado! Era color del pálido atardecer en un día ventoso o de un terroso que daba espanto. ¿Acaso Dios no podría haber elegido un solo color para su pelo? Parecía que no, sus mechones que se enredaban entre sí anudándose en los días de viento daban la impresión de haber sido tintados mechón a mechón en colores dorados y ocre. Ni siquiera sus ojos, aunque rasgados, destacaban en su rostro pálido y sin gracia, eran de un pardo vulgar.

Pero Rowen se consideraba bonita, no importaba que con dos años menos que su hermana, en sus vestidos cupieran dos cuerpos de Rowyn por culpa de su voluminosa figura.

—No es justo —gimoteó, abrazando la delgada almohada.

Moqueaba. Se enjugó la cara y la nariz goteante con la manga y las mejillas húmedas con los puños.

Era muy injusto que no la quisieran tanto como a Rowyn, que en esos momentos estaría divirtiéndose, mientras ella se acurrucaba en el catre llorando por las injusticias de la vida.

Golpeando con su puño la almohada, la niña recordó las palabras que horas antes había dedicado a su padre.

—No he sido yo, papá, ella se cayó al río sola —dijo Rowen cabizbaja; entretanto, su hermana lloraba desconsoladamente en brazos de su severo padre.

—¿Qué no has sido tú...?

*Maldita engatusadora*. Rowyn era tan buena mintiendo como Rowen trepando a los árboles y tirando piedras con honda, es decir, increíblemente buena.

—Sí, ha sido Raven. —Rowen apretó los puños. Así la llamaban todos por culpa de otro ser insufrible que le hacía la vida imposible: Gabriel McDonald. Ahora no podía quitarse ese apodo

de encima. No era Rowen para el mundo, sino un estúpido cuervo. Pero esa era otra historia—. ¡Ha sido ella, papá!

—¡No es cierto!

¡Por supuesto que había sido ella! ¿A quién iba a engañar? Pero su hermana era una bruja y se lo merecía. Además, por una vez que Rowyn decía la verdad... ¡Eso sí era algo nuevo!

Su hermana le había gritado a pleno pulmón lo poco agraciada que era. Ese no era un hecho aislado, solía gritárselo a menudo y lo hizo nuevamente, hasta que su cara se puso del color púrpura.

Simplemente... se lo merecía.

—¡Raven! Te quedarás en la tienda hasta que decida qué castigo ponerte.

¡Por Dios! Como si quedarse en la tienda en plenos juegos no fuera castigo suficiente. Pero Rowen no lloró; bueno, al menos no al principio, estaba demasiado acostumbrada a todo aquello.

Rowyn sonrió bajó el brazo de su padre. Quedarse sin recital era un castigo muy duro para Rowen, su hermana lo sabía bien y por eso se sentía tan satisfecha.

Horas después, acurrucada bajo el manto con los colores McDowell, Rowen volvió a moquear y a hipar levemente.

Cómo echaba de menos a su mamá, al menos ella era dulce y buena y la quería, aunque no fuera tan bonita como Rowyn.

Su hermana la odiaba, o eso creía ella. Sabía que no debería haberla tirado al río, al menos si quería haberse librado de un buen castigo, pero Rowyn se había puesto histérica por el mero hecho de avergonzarla ante Gabriel McDonald, a quien quería impresionar. ¡Y que le arrancaran los dientes si ella podía decir algo amable sobre ese demonio!

*Bueno... quizás puedas decir que es guapo.*

Había que reconocerlo, Gabriel McDonald era, sin duda, el chico más guapo del festival, pero eso no era mérito suyo, es que su madre era preciosa y su padre el guerrero más formidable que existía y existiría jamás en todas las Highlands.

Solo la figura del *laird* McDonald la hizo sonreír levemente. Este era amigo de su padre y ambos clanes parecían ser amigos, aunque Raven había oído decir que buscaban una sólida alianza.

—Mediante el matrimonio. —Había escuchado decir a una de las ancianas McDonald mientras lavaban la ropa en el río.

Las hermanas escuchaban a escondidas las conversaciones de sus mayores; a veces las entendía, otras no, pero Rowyn siempre estaba atenta a la mención de los McDonald. A Raven, por su parte, le traía sin cuidado el primogénito de dicho clan. Lo único que quería de él, es que la dejara en paz.

No le gustaba Gabriel. El futuro *laird* era demasiado alto, demasiado rubio, y demasiado... bueno, tirando con honda. Más que ella, maldito fuera. *Ya te venceré la próxima vez, maldito narizotas.*

En cambio, Ian McDonald era otra cosa. El padre del chico le gustaba de verdad.

El *laird* vecino era un hombre gruñón y que al parecer atemorizaba a todos los hombres, ya llevaran su propio tartán o no. Alto y fuerte, con un espeso pelo rubio que su hijo Gabriel había heredado, encandilaba a Raven con sus cuentos o sus sangrientas historias de batallas ancestrales.

—Y entonces metí mi mano en su pecho y le arranqué el corazón.

—¡Ooooh! —¡Qué emocionante! Esas historias encandilaban a Rowen.

También ayudaba que Mairy, su encantadora esposa, fuera la mujer más dulce del mundo, tan dulce como los caramelos que preparaba con miel.

—Ten, sé que te encantan. —Esa mañana le había dado un puñado. Se los había comido todos antes de que Rowyn se diera cuenta de qué escondía. Lo malo es que ahora le dolía la tripa.

Quizás esa predilección por los señores del clan vecino derivaran de ambas cosas.

Mary McDonald le había regalado dulces nuevamente, nada más verla sola y cabizbaja sobre el peñasco en el cual descansaba, cerca del lago. Y el gran *laird* le había guiñado un ojo cuando nadie miraba.

Lo único que le había desagradado de esa maravillosa pareja, era que, hacía cosa de dos años, le presentaran a su único hijo Gabriel.

Raven sabía que pasara lo que pasara jamás olvidaría ese momento.

Llevaba el tartán McDonald y una honda de fino cuero colgada a la cintura. Raven se consoló pensando que eso no era muy masculino para un chico de trece años, llevar una honda en lugar de una espada. No es que Gabriel no fuese varonil, todo lo contrario, Raven consideraba que tenía el pecho ancho como un oso, claro que a esa edad poco agradable encontraba los músculos de los hombres.

Cuando el muchacho se había acercado y con una sonrisa resplandeciente había inclinado levemente su cabeza hacia ella, Raven torció el gesto con disgusto, mientras la carcajada de Ian McDonald resonaba en su cabeza ante el ceño fruncido de la pequeña.

—¿Qué pasa? —había preguntado inocente ante las risas de Ian y Mairy.

Mairy McDonald se limitó a sonreírle como si hubiera esperado esa reacción, aunque también era cierto que la señora de los McDonald esperaba fervientemente que ese ceño desapareciera con el tiempo y el trato entre ambos muchachos se hiciera mucho más cordial.

En la cabeza de la señora bailaba la idea de que no habría mejor esposa para Gabriel que Rowen McDowell.

Ian no se había equivocado en absoluto; al tercer año, Rowen, a quienes ya todos llamaban Raven por culpa de su hijo, se convertía, año tras año, en todo lo contrario de lo que sería su hermana Rowyn.

El *laird* vecino admiraba a Raven por su fortaleza y por defender lo que ella creía justo. La había observado pegar a puñetazo limpio a un pobre chico del clan Kincaid por haber tirado un guijarro a un conejo salvaje, solo por diversión. También la vio mostrar compasión por aquel pobre animalito, hasta curarle la pata herida. Pero lo que le había hecho reír a carcajadas a Ian era que la decidida mocosa no tuvo ningún escrúpulo en ayudar a desollar al pobre conejo cuando se lo dio a unos pobres aldeanos, visiblemente necesitados, para que se lo zamparan para la cena.

Sin duda para Ian, Raven McDowell era como su esposa Mairy, una gema preciosa que solo brillaba a base de amor y paciencia. Un diamante que quizás su hijo supiera pulir y apreciar con el tiempo.

Pero... de momento, Gabriel no tenía ni la más mínima intención de entablar amistad con esa desaliñada chiquilla.

Pero poco importaba lo que ambos mocosos desearan o pensaran el uno del otro, Ian iba a hacer su voluntad. Ya había expuesto su plan a William McDowell.

—Haremos una buena alianza con los McDowell —anunció el *laird* McDonald—, tu hija será una buena esposa para mi Gabriel.

Ian estaba dispuesto a sorprender a su amigo anunciando que no era la bella Rowyn la elegida para su hijo, sino Raven, la pequeña bolita de cabellos de seda. Pero guardó silencio, hablarían después de los juegos.

Esa noche, de los planes de alianza y matrimonio que había urdido el *laird* McDonald poco sabía la chiquilla desaliñada que lloraba acurrucada en su camastro.

En la fría oscuridad, mientras escuchaba la letanía de las gaitas escocesas, Raven ni siquiera sospechaba lo que le deparaba el futuro.

Sabía del intento de alianza de su padre con el clan vecino, y de que las alianzas acababan en matrimonio, significara lo que significara eso, pero Raven no quería ser la elegida para esa tarea. De hecho, creía firmemente como un dogma que Rowyn sería la escogida para esas nupcias. Y ella se alegraba, pues el matrimonio implicaba cosas desagradables o al menos eso había escuchado decir a la cocinera una mañana que entró sigilosamente para tomar un trozo de pan con miel.

No, desde luego no quería casarse si eso conllevaba ser la pobre mujer a quien le pasaban mil y una desgracias.

Todavía recordaba las palabras de la robusta mujer y las carcajadas de las criadas que estaban a su alrededor. Salió corriendo de su habitación. No podía creerse que su marido hubiera hecho sangrar a la rechoncha cocinera y las demás se burlaran de ella. A Raven, por primera vez en su vida y sin que sirviera de precedente, se le quitó el apetito.

—La cosa hubiera sido distinta si mi madre le hubiera explicado lo que pasa realmente en la noche de bodas —había dicho la cocinera—, pero no fue así.

Raven lo tuvo claro, la noche de bodas era horrible: el marido te hacía sangrar de tal modo que te obligaba a salir corriendo de la habitación y, por si fuera poco, la única que podía consolarte era tu madre explicándote no sé qué historia, y como Raven no tenía madre, la conclusión fue que no debería casarse nunca. Y menos cuando escuchó algo que colgaba entre las piernas de los hombres era la culpable de tanto dolor.

No, ella no se casaría, y mucho menos con Gabriel.

Raven se había horrorizado ante la idea. ¡Tener que casarse con Gabriel McDonald!

—Eeeggsssss.

Lo había visto bañarse en el río, y la serpiente que tenían los hombres entre las piernas era pequeña y arrugada como un gusano. No entendía cómo algo así podía causar dolor a una mujer, seguramente escupiendo veneno o algo.

Aquella no había sido una escena agradable. Cuando el muchacho la había sorprendido por entre los matorrales, había cogido su tartán y como alma que lleva el diablo la alcanzó con grandes zancadas para darle un buen escarmiento.

Y tuvo efecto, Raven jamás se volvió a acercarse a él, y si lo veía de lejos alzaba la barbilla y daba media vuelta, no fuera que le volviera a meter una serpiente en su vestido. No es que le dieran miedo las serpientes, bueno, sí que le daban, pero ella creía que con solo un par de gritos no lo había parecido.

No obstante, Rowyn no demostraba interés alguno en sus palabras cuando ella se esforzaba por hablar mal del heredero McDonald y menos aún cuando sorprendieron a su padre hablando de matrimonio y una alianza.

Rowyn, a pesar de su edad, ya sabía que Gabriel debía ser suyo y con ello la futura señora de los McDonald.

La pequeña Raven, ajena a los planes familiares de su hermana, era partidaria de otra opción, alejarse lo más posible de Gabriel McDoanld.

Rowyn era una hermana pésima, pero la única que tenía, y ella no quería quedarse sola con su padre. No, Quinlan McDowell le daba demasiado miedo.

Raven se removió nuevamente inquieta en su camastro y abrió los ojos al escuchar pasos a su espalda, se quedó quieta al percatarse de que alguien entraba en la tienda. Un viento gélido entró arremolinándose a su alrededor. Rowyn había regresado. Cuando se tiró sobre el camastro, Raven se obligó a mirarla. Sus ojos se volvieron a llenarse de lágrimas de impotencia, mientras los de su

hermana estaban resplandecientes de puro gozo.

—Me casare con él, papá ya lo ha decidido. He escuchado cómo hablaban de mi futuro como señora de los McDonald.

Raven no supo por qué, pero aquella noticia la entristeció, quizás porque perdería a su hermana, o por otra cosa que ella aún no alcanzaba a explicar.

—No me importa —murmuró cuando volvió a llorar de nuevo—, no me importa en absoluto.

Ella lloraba y su hermana reía, pero algún día eso iba a cambiar, aunque Raven aún no lo supiera. Por muchas batallas que ganara su hermana, ella vencería la guerra.



4 años después  
Tierras McDowell, 1212

Raven se incorporó de la cama.

Otra vez ese nefasto sueño que por experiencia pensó, la llenaría de desasosiego el resto del día. Pero dispuesta a no pensar en ello, bostezó de manera muy poco femenina y apartó las mantas para vestirse.

Se desperezó dejando olvidada esa pesadilla que constantemente la había asediado a lo largo de su vida.

Sonrió ante lo que le iba a traer ese día.

¡Catorce años! ¡Iba a cumplir catorce años!

El día de su cumpleaños era el más feliz del año, porque por primera vez los ojos de la gente no se desplazaban sobre ella para detenerse en la esbelta figura de su hermana Rowyn. Porque ese día, el único día del año, Raven era a la que tenían que dedicar una sonrisa amable o un cumplido por muy insignificante que fuera.

No es que la gente del castillo no la apreciaran, es más, la querían y mucho. Pero en aquella fecha no les importaba lo más mínimo demostrarlo, a pesar de las miradas furiosas de su hermana.

No, ese día las miradas se quedaban en ella y las gentes le sonreían con más cariño del habitual, un cariño que a pesar de no ser la más hermosa de las hermanas, sabía que inspiraba a la gente.

Los días de cumpleaños eran especiales, hasta su padre le prestaba atención, para felicitarla o para lanzarle una ojeada, aunque solo fuera para recordarle que había engordado un par de onzas respecto al año pasado, o que se estaba convirtiendo en una mujer, que quizás podría usar para una alianza de necesitarla.

Raven no quería pensar en ello, pero sí en el dulce que Isobel, la cocinera, le iba a preparar.

Cuando se presentó en el comedor se percató que algo no estaba del todo bien.

Rowyn se ocultó, había guerreros en el salón.

Los McDowell más destacados, hombres de confianza de su padre, se encontraban alrededor de la mesa central del salón. Su ocupación aquella mañana era la de guardar las espaldas del *laird*, quien se sentaba erguido en la cabecera de la mesa, mientras unos fornidos guerreros que no eran de los suyos lo miraban con el gesto más huraño que hubiera visto nunca.

Eran McDonald.

Algunos McDonald también ocupaban asientos en la mesa y por el aire sombrío, parecía que aquella no era una visita de cortesía.

Raven se agazapó detrás de la barandilla de piedra de la escalera y observó con atención. Agudizó el oído intentando captar las palabras de los hombres. Escuchó atentamente, pero el mal humor de los miembros del clan McDonald, hacían que su dialecto en gaélico sonara como un lenguaje ajeno a ella. Se esforzó para descifrar las ininteligibles palabras a esa distancia.

Raven se sorprendió estirando el cuello, pues buscaba a un hombre en concreto. ¿Dónde estaba su guerrero favorito? ¿Por qué Ian McDonald no se encontraba allí? Suspiró con tristeza.

Su visita hubiese sido un gran regalo de cumpleaños. Aunque al menos debía dar las gracias de que su hijo no se encontraba entre los guerreros presentes. Hizo una mueca de disgusto nada más

pensar en el heredero del clan McDonald.

—Ella es la elegida.

El McDonald más alto, que Raven recordó que se llamaba Murdock, golpeó la mesa con el puño mientras se levantaba y Raven dio un respingo atemorizada por el mal humor de ese hombre.

—No era posible que Iain pretendiera eso —gruñó su padre.

Las palabras dichas a voces y en un tono que no daba lugar a discusiones sobre el humor de su padre, la hicieron retroceder un paso hacia la galería del piso superior.

—¡Por supuesto que lo pretendía! —gritó el hombre levantándose del banco de madera y encarando al *laird* McDowell.

La tensión era palpable en todos los guerreros.

Raven fue consciente de que no llevaban espadas, o de lo contrario ya estarían desenvainadas y apuntando al cuello de sus adversarios.

—No me lo creo.

—¡Era su deseo! —le respondió aún más furioso ese hombre a su padre—. Pero tú no lo sabías. Siempre creíste que Rowyn era la elegida de Iain y a él le pareció bien no desvelártelo para que no casaras a la pobre niña con otro.

—¡Con mis hijas, yo hago lo que quiero!

Murdock entrecerró los ojos mirando fijamente al *laird* vecino. Esa mirada y aquella media sonrisa despectiva, escondida tras la barba pelirroja, no podía presagiar nada bueno.

—Procura que lo que quieras es no traicionar tu palabra dada a los McDonald —el tono ominoso hizo que a Raven se le pusieran los pelos de punta.

—¿O qué? —gritó su padre furioso.

—O de lo contrario todos sabrán que el *laird* McDowell es un hombre sin palabra, ni honor.

Raven se tapó la boca mientras escuchaba gritos y voces, junto con alguna copa caída y el estruendo de los bancos al volcar.

—¿Cómo te atreves a insultarme en mi propia casa?

Hubo silencio largo, lo suficiente para que Raven se atreviera a adelantar su cuerpo y mirar por entre los agujeros de la balaustrada de piedra.

Los hombres estaban quietos, retándose con la mirada. Ella se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento y solo lo soltó al escuchar la voz de su padre.

—Iain me hizo creer que Rowyn era la elegida.

—Sí, tú entendiste eso —dijo el guerrero McDonald que parecía el líder del pequeño grupo—. De lo contrario no habrías orquestado un matrimonio de tu hija Rowen con ese viejo. Lo hiciste porque creías que Iain elegiría a Rowyn para casarse con su hijo Gabriel, pero te equivocaste. Sus últimas voluntades fueron claras. ¡Rowen McDowell se casará con Gabriel McDonald! Pobre de ti que rompas tu palabra y entregues a Raven a ese viejo.

Raven se echó para atrás, pegando su espalda a la fría roca y miró al techo.

Su padre pretendía casarla con un viejo. Y los guerreros McDonald estaban interviniendo para que su esposo fuera... tragó saliva. Fuera... Gabriel McDonald.

—No, no, no, no... —Esto no podía estar pasando.

No quería casarse con Gabriel McDonald.

Pero de pronto, entre la niebla de sus ideas, apareció otra más aterradora. Algo que le llenó los ojos de lágrimas.

¿Últimas voluntades? ¿Eso había dicho ese hombre? Últimas voluntades...

Por unos instantes se quedó quieta, inmóvil, intentando asimilar lo que significaban aquellas palabras.

Las lágrimas surcaron sus mejillas y no pudo pararlas mientras se abrazaba a sí misma.

¿Por qué discutía ese guerrero con su padre? Había ido en representación del clan McDonald, eso estaba claro, pero ¿por qué no había acudido Ian?

Últimas voluntades...

¿El *laird* McDonald estaba muerto? ¿Cuándo había ocurrido eso?

Voces.

Más voces.

En la mente de Raven se iban mezclando las distintas voces de los guerreros de la sala. La discusión se volvió cada vez más violenta y por lo que pudo deducir, su preciosa hermana Rowyn ya no se casaría con Gabriel McDonald, sino que el difunto *laird* McDonald había exigido otro matrimonio para su hijo.

Gabriel se casaría con una de las hijas del *laird* McDowell, pero no con Rowyn, sino con...

Hipó mientras le era imposible parar de llorar.

No era posible.

—¿Qué ha hecho? —La pregunta de Rawen, pronunciada en un susurro, iba dirigida al padre de Gabriel—. ¿Por qué me eligió a mí?

De pronto un grito ronco la sacó de su trance. Volvió a mirar a los guerreros reunidos en el salón.

—Habrà alianza —la voz de su padre tronó hasta llegar a su oídos—, yo mismo hablaré con Gabriel McDonald. Estoy seguro de que una vez le explique...

—Fue la voluntad de nuestro antiguo *laird*, el muchacho nada tiene que opinar.

—¿Será vuestro *laird*? ¿Y dices que no tiene nada que decir?

—No —le espetó el guerrero—. Hay cosas que simplemente deben ser así. Cuando él regrese de su entrenamiento en tierras Kincaid, se casará con la muchacha.

—Entonces hablaré con su viuda. Ella entenderá los beneficios de esta nueva forma de alianza...

Hubo un profundo silencio entre todos los presentes. La mirada asesina que McDowell le lanzó a su padre se volvió más intensa cuando avanzó un paso y casi rozó su rostro.

—Haréis bien en manteneros alejado de *lady* McDonald. Vuestra presencia en tiempo de duelo no nos será grata.

A pesar de su juventud, Raven pudo ver que había toda una historia detrás de aquellas palabras. Una historia de la que acabaría por enterarse, pero mientras... tenía muchas preguntas en la cabeza. ¿Cómo había muerto Ian? ¿Por qué querían casarla con su hijo Gabriel? ¿Con quién se casaría Rowyn? ¿Y ya sabía esta que no iba a ser la futura *lady* McDonald?

Raven sintió cómo un nudo que tensaba su pecho, no desaparecía.

Lloraba en silencio la muerte de Ian. Por otra parte... ¿Casarse con Gabriel? Se obligó a bloquear ese pensamiento y de nuevo pensó en el formidable guerrero.

Ian McDonald era, sin duda, el guerrero más valiente y cariñoso que hubiera conocido nunca. Pensó en Mairy y en cuán desconsolada debería sentirse la señora de los McDonald y también... su único hijo.

La figura de Gabriel apareció en su mente, todo un dechado de orgullo y salvajismo reconvertido en un muchacho triste y solo. Lo que sabía de él es que el *laird* Kincaid se había encargado de su educación a petición del propio Ian. El futuro *laird* McDonald estaba muy lejos de aquellas tierras y Raven se sorprendió al pensar en él con un sentimiento extraño y poco frecuente de tristeza.

Raven se giró sobre sí misma para ascender los peldaños, de nuevo hacia sus aposentos. Pero

antes, pudo ver cómo su padre, Quinlan McDowell, se recostaba de nuevo en la silla de respaldo alto.

—Si no tenéis más que decir, largaos.

Los guerreros McDonald no esperaron más. Con unos rostros que no tenían por qué ocultar su enfado, los hombres se fueron. Se marcharon sin prisa, con sus miradas feroces descargándose sobre los soldados de su padre.

Puede que hubiera alianza, pero sin duda esta no sería sólida. Cómo serlo si había visto clanes enemigos más bien avenidos que esos dos.

Raven llegó a lo alto de la escalera y escuchó cómo se cerraba la puerta del salón, echó un nuevo vistazo a su padre y le sorprendió su buen humor.

Parpadeó confusa.

Quinlan McDowell... sonreía.

Raven frunció el ceño.

Su padre odiaba a los McDonald y especialmente a su antiguo *laird*.

Cierto que eran clanes vecinos, poderosos y también sabía que al rey no le gustaban sus desavenencias. Si no fuera por el rey, estaba más que convencida que de los McDonald y los McDowell no serían amigos.

Se quedó observando de nuevo el salón, a su padre y sus soldados. Por las miradas, palabras dichas entre susurros y acaloradas discusiones en contra del clan vecino, Raven no era tonta, y había imaginado que detrás de ese odio había toda una historia. Quizás una relacionada con... no, no podía ser. Simplemente su padre odiaba no ser el clan más poderoso entre sus vecinos.

Quinlan se acarició su espesa barba, mientras con un gesto ordenaba a sus guerreros que se marcharan, dejándolo solo en el salón.

Se sintió victorioso.

Después de que moviera sus piezas de manera estratégica, contaría con los medios necesarios para atacar a los McDonald. Las alianzas eran necesarias, pero no concretamente con ellos, y eso era algo que no podía hacer ver al rey, por mucho que lo intentara. Así que se decidió a tejer su propia red de alianzas. Si después de que acabara con el clan McDonald llevaba estabilidad a los clanes vecinos, el rey le perdonaría. Solo necesitaba una excusa para atacar, porque ya se había cubierto bien las espaldas para que no pudieran relacionarle con la muerte de Ian.

Él necesitaba una coartada para acabar definitivamente con los McDonald. Eran un clan poderoso, pero con un buen plan podía quitar de en medio a quienes le estorbaban. El rey lo entendería, siempre y cuando se inventara una buena afrenta para atacarles y se guardara de consolidar las alianzas con otros clanes, como los Campbell que ya odiaban a Ian. De aquí que quisiera casar a una de sus hijas con el viejo *laird*. Quinlan había querido casar a Raven con Campbell para conseguir una alianza contra los McDonald.

Quinlan se rascó la barba. Pero ahora ese Murdock McDonald había trastocado sus planes. Ya no podría casar a Rowyn con Gabriel, ni a Raven con Campbell. Pero si intercambiaba a las novias... no era una idea tan descabellada. ¿Le ayudaría Raven a acabar con Gabriel? ¿Por qué no? Se odiaban. Y aunque creía que su hija era estúpida y no mataría a una mosca, podría usarla de espía, o quizás... de excusa para atacarles. Si su hija muriera en extrañas circunstancias en casa de los McDonald... ¿No sería eso una excusa más que aceptable para que el rey mirara hacia otro lado si intentaba destruir a los McDonald?

Rio abiertamente, y sus carcajadas resonaron en el salón.

En cuanto a su pobre Rowyn debería sacrificarse, pero estaba muy seguro de que si le daba un hijo a Campbell tendría asegurado la alianza con el clan, incluso después de que el anciano muriera. ¿Qué le importaría al rey quién tuviera el control de las Hébridas si le juraba lealtad? Algún día el clan McDowell sería mucho más poderoso que los McDonald por muchas alianzas que tuvieran con los Kincaid y los McAlister. Y ese día les haría pagar toda la humillación sufrida.

Sí, pagarían.

Mairy McDonald pagaría.

El maldito perro de Ian McDonald había sabido cómo hacer las cosas, cómo seducir a esa mujerzuela y arrastrarla hacia su cama, para abrirle las piernas y hacerle un hijo.

Gabriel.

Ese muchacho tan odioso al que se juró destruir. Ese hijo de la traición.

Caería como había caído su padre y entonces llegaría el momento de apoderarse de todo.

—Morirás, Gabriel McDonald, aunque tenga que matarte con mis propias manos, tal como maté a tu padre —la voz del *laird* sonaba fría como el hierro y sus ojos inyectados en sangre dejaban entrever cuán profundo era su odio—. Raven será lo único que te llevarás de esta casa, solo para entregarte una vida miserable, tan miserable como la zorra de tu madre deseó para mí. Y después, solo después, la obligaré a matarte.

Un matrimonio, una buena alianza, y a esperar que de esa pequeña herida manara un veneno tan virulento que los aniquilara a todos. ¿Qué mayor venganza que casar a ese maldito bastardo de Gabriel con la mujer más indeseable de Escocia?

A metros de distancia, Raven contuvo la respiración cuando escuchó a su padre.

—Morirás, Gabriel McDonald, aunque tenga que matarte con mis propias manos, tal como maté a tu padre...

¿Cómo era aquello posible?

Las lágrimas no habían parado de caer y ahora eran mucho más amargas.

No era posible tanta crueldad. Debía estar soñando.

Aquella no podía ser otra cosa que una pesadilla. Pero poco podía imaginar Raven que la pesadilla acababa de comenzar.

Ocho años después  
Tierras McAlister, 1220

—¿Así que te has casado? —Gabriel McDonald se golpeó las rodillas en señal de alegría y también de cierta perplejidad.

Con sumo placer soltó una carcajada perfectamente audible para todos los que permanecían fuera del salón McAlister.

Llegada la primavera le había parecido una buena idea hacer una visita a su viejo amigo de armas: el *laird* Alec McAlister, con quien se había entrenado en tierras Kincaid, años atrás.

Con el paso del tiempo, Alec se había vuelto un guerrero formidable, y un gran *laird*, del cual podría aprender muchas cosas.

Gabriel estaba de buen humor... hasta que dejó de estarlo. Las culpables de ese cambio, sin duda, las palabras del fornido guerrero.

—¿Y tú? ¿No piensas casarte, Gabriel? —Alec McAlister enarcó sus espesas cejas negras y vio cómo el júbilo desaparecía de inmediato de los ojos de su amigo.

Gabriel casi escupió en el suelo.

—¿Tienes que sacar el tema?

Ahora fue Alec quien soltó una carcajada ante las palabras del *laird* McDonald.

Sabía lo mucho que le dolía a su amigo hablar de su eterno compromiso con la mujer más fea e indeseable de Escocia: la fea cuervo. La fea Raven.

—A Raven McDowell le deben estar saliendo canas.

—Por mí como si le entra reuma y se le encorva la espalda.

—Si es tan fea como dicen, quizás ya la tenga encorvada.

Las palabras de Alec no mejoraron su humor.

Gabriel bajó la vista y miró a su amigo de forma amenazante a través de sus pestañas doradas.

—Basta, cambia de tema —dijo seco.

Haciendo caso omiso a la advertencia de su amigo, McAlister siguió con la conversación.

—¿Cuánto tiempo lleva esperando?, ¿diez años?

—Apenas nueve —respondió Gabriel—, y puede esperar muchos más.

—Ya hace dos años que te hiciste cargo de tu clan Gabriel. Dos años que eres *laird* de pleno derecho, deberías proporcionarle un heredero a tu título y a tu clan.

—¡Por Dios! —rugió—. ¿Tú también?

—Al parecer no soy el único en sacarte tu tema predilecto.

—Daegus me acosa para que cumpla con ese fastidioso deber, no necesito salir de casa para escuchar sermones.

—Debería darte vergüenza tener a tu flamante prometida tan lejos.

Gabriel quería darle un puñetazo en las costillas. ¿Por qué demonios Alec estaba de tan buen humor?, ¿desde cuándo sonreía? Es más... ¿Sabía hacerlo? Parecía que sí.

A pesar de la incredulidad, hubiera hundido su apretada mano en la mandíbula del *laird* si en ese momento no hubiese aparecido la nueva señora McAlister.

Se levantó como hipnotizado por la visión. Una belleza, sin lugar a dudas.

—Con razón has aprendido a sonreír —dijo Gabriel—. Señora...

Cuando la mujer lo miró tímidamente con aquellos ojos almendrados, casi se atragantó con su propia saliva.

—Esposa, este es un viejo amigo, Gabriel McDonald.

Roslyn inclinó la cabeza.

—Sé quién es, mi hermana Madeleine me ha hablado de usted y de Alec, de los años que pasasteis de entrenamiento en las tierras Kincaid.

—Vaya —Gabriel no supo qué decir—, no sabía que Madeleine tuviera una hermana tan hermosa. Espero que no tenga un mal concepto de nosotros, Alec —dijo mirando a su amigo.

—No lo tiene.

Cuando Alec posó sus ojos sobre su esposa solo vio orgullo de estar casado con esa mujer. Gabriel se sintió un extraño invadiendo tal intimidad. Y pensar que él jamás podría tener una atracción semejante con su esposa... Cerró los ojos por un instante.

Raven.

Hizo una mueca al recordar a esa niña menuda, con el pelo encrespado y una puntería endiabladamente certera a la hora de dar patadas y tirar piedras. Una imagen desagradable, sin duda. Nada que ver con la esposa que el destino había puesto en brazos de su amigo.

La última vez que había visto a Raven habían transcurrido más de ocho años. Su padre acababa de morir, y ella recién cumplía catorce años. Gabriel interrumpió su entrenamiento con el *laird* Kincaid y se presentó ante McDowell. Era su obligación hacer acto de presencia y dar consentimiento a la alianza.

—Os casareis cuando regreses de tu entrenamiento en tierras Kincaid —le anunció el *laird* McDowell.

Él no dijo nada ante aquellas palabras, que más parecían una orden, que un hecho.

Cómo odiaba a ese hombre, pero no podía hacer nada, un juramento a su padre le ataba.

Se casaría con Raven aunque solo fuera para honrar su memoria, pero no había especificado cuándo sería. Y aunque hacía años que había vuelto a tierras McDonald se resistía a cumplir.

A ningún hombre le gusta que le pongan una soga al cuello y mucho menos si quien lo hace es una mujer que no tiene virtud alguna.

No entendió nunca que su padre prefiriera a Raven sobre cualquier otra mujer, incluso Rowyn le parecía más delicada y sumisa para cumplir a la perfección el papel de esposa. Era lógico que su padre buscara alianzas y que su matrimonio tenía que ser concertado, pero... ¿con la fea Raven?

Cierto era que no esperaba un matrimonio como el de sus padres, Dios sabía que amar a una mujer no entraba en sus planes, pero sí deseaba un matrimonio tranquilo. Al menos una mujer que no le estorbara con exigencias y su mal carácter. No quería pasarse la vida durmiendo con un ojo abierto.

Sí, quería un matrimonio diferente al de sus padres.

No es que a Gabriel le desagradara sobremanera que su padre manifestara un sentimiento profundo de amor hacia su madre. Aunque más que sentimiento de amor profundo era pura y lujuriosa. Pero esa clase de amor no estaba hecho para él, y mucho menos para compartir con la mujer cuervo.

Gabriel movió su cabeza violentamente para borrarle el recuerdo de haber encontrado a sus padres juntos en más de una ocasión, en cualquier rincón de la fortaleza McDonald.

Volvió a la realidad al captar la mirada lujuriosa que Alec lanzó a su esposa, ruborizándola al instante.

¿Retozaría Alec con su esposa a plena luz del día en un rincón oscuro del salón? Eso le hizo

sonreír solo el tiempo que le llevó acordarse de nuevo de la fea Raven, su prometida e inminente esposa. Desde luego, él no retozaría con Raven en el salón y si por él fuera, en ningún otro lugar de sus tierras.

Debía velar por la seguridad de su clan, y por eso se casaría con ella. Aunque debía admitir que una guerra con los McDowell era un pensamiento de lo más interesante.

Gabriel se había forjado como un hombre de honor, nada más lejos que faltar a su palabra, pero la animadversión entre los clanes seguía ahí, no había menguado con los años, ni muchísimo menos.

Evocó a su padre en el lecho de muerte, después de haber sido atacado por unos proscritos en sus propias tierras. Lo vio arrancándole la promesa de velar por los suyos y cumplir los acuerdos que el viejo había dispuesto para la continuidad de su gente. Y una de esas obligaciones inquebrantables era el de contraer matrimonio y forjar una alianza más sólida con Raven McDowell.

Todo era tan confuso... habían pasado muchos años y no sabía cómo había llegado a esa situación.

Se había dado caza a los proscritos y sus propios hombres los habían colgado antes de que él pudiera preguntar o averiguar quiénes eran y de dónde venían.

Proscritos en sus tierras... era absurdo.

Nadie se hubiera atrevido a asesinar a uno de los *lairds* más poderosos de Escocia.

—Cuéntanos, *laird* McDonald... ¿qué te trae por nuestras tierras?

La pregunta hecha por la bella señora McAlister le arrancó una sonrisa.

Se sentaron los tres en la gran mesa central del salón, bebieron y rieron, hasta que Alec se percató que la cabeza de su amigo estaba en otra parte.

—Le preguntaba a Gabriel cuándo tardará él en sentar cabeza.

De nuevo el aludido soltó un gruñido.

—Tú también hubieses tardado si tu prometida fuera la fea Raven.

Roslyn parpadeó esperando escuchar toda la historia.

—Aun hoy, no entendí por qué no podía haberme casado con Rowyn. Es la hermana de mi prometida, y mucho más bonita —le contó a Roslyn.

Ella asintió.

—Algún motivo debe haber.

—*Algún día lo comprenderás y me lo agradecerás.* Esas fueron las palabras de mi padre. Y, hoy en día, mi madre me las sigue repitiendo cuando me recrimina que los años pasan.

Ian no era estúpido, sabía juzgar a las personas. Gabriel también recibió ese don, simplemente en aquella época era un muchacho adolescente que se dejaba guiar más por su bajo vientre que por su cerebro o corazón. Sin duda, Rowyn era la mujer más hermosa que jamás hubieran visto sus ojos, pero bajo estos brillaban el odio, la codicia y un sinfín de defectos que él no veía, embelesado por su belleza y por certeros cumplidos que el ego de un muchacho agradecía.

Así fue como un compromiso que debía zanjarse en días llevó años de discusiones.

Los problemas que traían consigo el compromiso dejaron de importar una vez murió su padre. Una promesa era una promesa y la cumpliría.

Fueron días dolorosos, solo recordaba los sollozos de su madre, sollozos que jamás soltaba en su presencia, que guardaba para sus íntimos momentos de soledad caminando como alma en pena por los oscuros rincones de la fortaleza. Por suerte o por desgracia, volvió pronto a tierras Kincaid, convirtiéndose en lo que ahora era: el *laird* McDonald, temido y respetado por todos, excepto quizás por su prometida que de seguro tenía tan pocas ganas de casarse como él.



¡Maldita mujer!

La recordaba incluso antes del día del compromiso. Una niña fea, entrada en carnes por no decir que rayaba la obesidad, de ojos juntos y rasgados, con un color de piel mortecino, y cabello alborotado enmarcando una cara manchada de barro. Una niña que le había hecho la vida imposible desde que se conocieron en el festival de invierno hacía ya tantos años.

Evocó cómo le había humillado frente a sus hombres diciendo lo pequeño que era su... «Maldita fuera —repitió mentalmente—. Hacía frío después de salir del arroyo», eso era una excusa más que suficiente, además, solo era un muchacho de trece años. Definitivamente había cambiado mucho. Eso le hizo esbozar una sonrisa. Sí, había cambiado mucho. Sonrió con malicia. Esperaba ver la cara de asombro de la mujer en su noche de bodas. Seguramente esa sería su única satisfacción esa noche.

—¿Por qué sonríes así? —Alec entrecerró los ojos esperando una pulla hiriente—, ¿otra vez divagando?

—No, solo que... —Meditó las palabras para no delatar el rumbo que habían llevado sus pensamientos—. Has caído.

Eso ensombreció la mirada de McAlister que lo miró con aire fulminante. Ambos hombres sabían a qué se refería. Había caído rendido a los pies de su esposa, bastaba ver cómo la miraba. No era solo deseo.

—Fuera de aquí antes de que te aplaste.

Roslyn se quedó petrificada en el sitio ante la amenaza de aquellas palabras, pero a Gabriel no parecieron afectarle.

—Esposo, no podemos echar así a nuestro huésped.

Pero Gabriel no esperó el asentimiento de su amigo. Se levantó de la mesa con una sonrisa en los labios y golpeó con fuerza el hombro de Alec.

—Enhorabuena. —Seguidamente se inclinó ante ella, lleno de satisfacción—. Hasta pronto, *lady* McAlister.

Roslyn lo persiguió con la mirada hasta verlo salir por la puerta del salón. Después la fijó en su esposo, quien a la vez la miraba atentamente.

—¿Dónde has caído? —preguntó inocentemente Roslyn.

«A tus pies», pensó, aunque no era momento de que esas palabras salieran de su boca, aún no.

Ella pudo ver una sonrisa bailoteando en la boca de su esposo.

Al darse cuenta de que Alec tenía la mirada fija en sus labios supo que iba a besarla.

—¡Llegó el día! ¡No puedes retrasarlo por más tiempo!

El que fuera la mano derecha de su padre, y ahora uno de sus más fieles consejeros, lo miró con desaprobación.

Estaban a plena luz del sol, disfrutando del hermoso día primaveral y lo último que quería Gabriel es que le recordaran nuevamente que estaba comprometido.

—Murdock...

Gabriel estaba dispuesto a ignorarle. Miró a sus hombres ejercitándose en medio del patio, mientras en una esquina el herrero seguía golpeando su yunque con una maza. Eran los sonidos cotidianos del clan, el barullo de la compraventa de productos, el ir y venir de las muchachas que habían estado lavando ropa en el riachuelo... Aquello era paz, y no deseaba ser interrumpido de su contemplación.

—Quinlan McDowell ha enviado un mensaje.

Gabriel alzó las cejas.

Desde luego no esperaba que el viejo insistiera en un compromiso que al parecer le causaba tanto placer como a él. El único interesado había sido el rey, para apaciguar las rencillas entre clanes, pero ahora que ambos parecían ignorarse, no había vuelto a manifestarse sobre el compromiso.

—¿Qué dice el mensaje? —preguntó con curiosidad, casi sin desviar su mirada de uno de sus soldados que acababa de perder la espada por falta de concentración.

—Que si no vas a buscar a tu prometida... te la enviará él.

Gabriel rio, hasta que se dio cuenta por el gesto huraño del hombre que estaba hablando muy en serio.

—El mensajero espera tu respuesta.

—Mi respuesta es que haga lo que le plazca —dijo perdiendo todo el buen humor y hasta la sonrisa—, que yo haré lo mismo.

Murdock meneó la cabeza ante las palabras de Gabriel.

—No lo subestimes, hijo, durante estos años el clan McDowell se ha hecho fuerte y poderoso. Quinlan McDowell es un poderoso señor de las Highlands. Ahora más que nunca es necesaria esta alianza, no nos podemos permitir tenerlos de enemigos.

Murdock, su viejo consejero, abandonó su lugar junto a él con disgusto.

El joven lo escuchó maldecir entre dientes, y estaba seguro de que su cabezonería era la causa. Lo sentía, pero poco podía hacer Murdock para hacerle cambiar de opinión. Aunque... siempre podía intentarlo.

—Por Dios, Gabriel, la mujer tiene veintidós años —lo dijo como si eso fuera un pecado mortal, y ciertamente lo era, cuando las muchachas se casaban a los catorce, independientemente de la consumación o no del matrimonio.

¡Él se había atrevido a esperar años!

Y es que nada le apetecía tan poco como compartir techo y lecho con su prometida.

Gabriel meneó la cabeza con desagrado, no obstante, supo que había llegado el momento de sucumbir a la voluntad de su gente y, sobre todo, de su madre, que solo osaba manifestarle su airado disgusto cuando tocaban ese espinoso tema.

La buena de Mairy, su madre, era una mujer dulce y amable, solo cuando hablaba mal de Raven, en muy pocas ocasiones, ya que él jamás sacaba el tema por voluntad propia, le había

lanzado algún que otro objeto. A veces con demasiada puntería.

Ya no le quedaban excusas, ni largos viajes a tierras Kincaid para su aprendizaje, ni riñas que debían ser solucionadas en las fronteras, ni nada que se pareciera a una mínima excusa racional y aceptable para no casarse con Raven McDowell.

—Tú tampoco eres precisamente un niño —agregó el anciano para dar énfasis a ese argumento tan recurrente en los últimos tres años.

Murdock adoraba a Gabriel, pero no podía permitir que siguiera retrasando su deber.

—Tampoco soy ningún viejo.

—Muchacho... —Quiso continuar, pero la actitud de su joven *laird* conseguía sacarlo del cauce de la prudencia y el sentido común—. ¿Muchacho?, ¿qué muchacho? ¡Ya no eres un muchacho!

Gabriel suspiró y se preparó para lo inevitable.

—Han llegado mensajeros McDowell, ayer fue el cumpleaños de la muchacha, es imperdonable el tiempo que has esperado para hacerla tu esposa. Aún no sé cómo no te han mandado al infierno.

Gabriel sonrió, pero se reprimió al instante que vio la furibunda mirada del hombre clavada en él.

—Sí, ya sé que es exactamente lo que pretendías.

No hizo falta que Gabriel asintiera, Murdock lo sabía muy bien.

Gabriel no quería una alianza con los McDowell, sino una guerra.

Siempre había sospechado que el viejo zorro de Quinlan era quien estaba detrás del asesinato de su padre. Le faltaban pruebas para plantear la cuestión delante del consejo o de sus hombres, pero Murdock siempre había sabido que era lo que el joven señor creía, y lo que de un modo u otro acabaría por averiguar.

Y el día que lo hiciera... Entendía que no quisiera casarse con la que consideraba la hija del asesino de su padre, pero la muchacha no tenía culpa de nada.

Murdock respiró hondo. Quería imperiosamente unir los dos clanes, precisamente porque sabía cuáles eran los sentimientos de Gabriel hacia el *laird* Quinlan y temía que pudiera desencadenarse una tragedia, si la alianza no era fuerte.

Gabriel tan solo era un muchacho cuando el asesinato de su padre. No obstante, pasados los años y meditando el asunto, necesitaba conseguir más información sobre los McDowell. Casarse con Raven «la fea cuervo», había empezado a ser una opción aceptable para sus meditados planes.

—No te saldrás con la tuya. —El gesto del consejero volvió a agriarse tanto como el vinagre—. La semana que viene a estas horas estarás casado.

Realmente lo creía.

Había llegado el momento.

Murdock soltó un resoplido y miró al muchacho con afecto. Tenía fe en él, fe en que no iniciaría una guerra habiendo dado la palabra a su señor de mantener esa alianza.

—Viejo —Gabriel apretó el puño—, sé que eras el consejero de mi padre y te aprecio de veras, pero no vuelvas a decirme qué puedo o qué no puedo hacer.

Murdock no se dejó amedrentar.

—Debes casarte por el bien de tu clan, diste tu palabra. Perdóname si te la recuerdo, pero parece que la olvidas.

Los dos hombres se miraron un largo tiempo. Tan largo, que la figura encapuchada que había salido a contemplar el despejado día, dio dos pasos hacia ellos y les habló:

—Tiene razón, hijo.

Su madre se compuso el manto sobre los hombros y lo miró con afecto.

Su expresión era serena, pero Gabriel conocía bien el brillo de esos ojos cuando no iban a dar su brazo a torcer.

Se le acercó de manera amistosa, aunque él sabía perfectamente que lejos estaba de estar apaciguada. Tocó el brazo de su hijo, con el verdadero amor que sentía por él.

—Diste tu palabra —se aventuró a decir—, no solo al clan vecino, sino también a tu padre.

Esas palabras le escocieron.

Nada le dolería más en ese mundo que defraudar a su padre.

—Y no hace falta que te diga que no le vas a avergonzar retrasando tu matrimonio ni un solo día más. Ni tampoco la avergonzarás a ella —agregó.

Gabriel gruñó, sabía perfectamente a quién se refería: a Raven. Esa arpía indomable, con apariencia de demonio y con un corazón tan negro como si lo fuera.

—Demasiado afecto tienes a esa mocosa.

—Ya no es una mocosa —su madre torció el gesto con desaprobación—, hace años que no lo es, pero ni siquiera te has parado a mirarla.

—No he tenido tiempo —dijo él apartando la mirada.

—¿Tiempo? ¿Durante diez años no has tenido tiempo? Más bien no has querido tenerlo.

Eso era totalmente cierto y Gabriel no tenía mucho que decir al respecto.

—Puede que eso sea verdad.

Murdock gruñó y su madre soltó un resoplido.

—Lo cierto es que tengo que admitir que te sobran las excusas para no coincidir con ella. Demasiado tiempo te he permitido avergonzarla con tu ausencia. Pero recuerda bien esto —Mairy levantó un dedo como si lo que iba a decir fuera de vital importancia—, si tú no quieres casarte, ¿qué te hace pensar que ella sí accede gustosa a este matrimonio? Si Raven McDowell está dispuesta a sacrificarse casándose contigo, ciertamente tú también puedes hacerlo.

Hubo un largo silencio, en el que Mairy pensó que su hijo no respondería.

Se equivocaba.

—Nueve.

Su madre parpadeó.

—¿Cómo?

—Nueve son los años que hace que no la veo, madre, no diez —dijo suavizando su voz.

Gabriel jamás supo por qué un rostro tan sereno y sosegado podría provocar un efecto tan inquietante en él, pero cierto era que todo cuanto dijera su madre, era una verdad tan grande como su corazón. Y que siempre, le gustara o no, tenía la bendita razón.

Gruñó y supo que no tenía escapatoria.

—No tengo intención de avergonzar a mi padre.

Mairy extendió los brazos y lo envolvió mientras sonreía. Pero esa sonrisa no obtuvo otra de vuelta. A Mairy no le importó.

De entre las holgadas mangas de su vestido, Mairy sacó un pergamino que no tardó en ofrecer a Gabriel.

—Toma esto.

Él vaciló.

—¿Qué es?

—Tómalo. Haz que se lo entreguen a tu prometida después de firmarlo, la quiero en esta casa mañana.

Y por una vez la voz de su madre no le sonó nada dulce.

De su parte, Gabriel solo consiguió expresar su descontento con el chirrido de sus dientes al restregarse unos con otros.

Entrecerró los ojos mientras soltaba un resoplido al desenrollarlo. Ese documento formalizaría la unión cuando él y el *laird* McDowell lo hubieran firmado.

—Madre, te estás...

—Seguro que Murdock te ha informado de la llegada del mensajero McDowell. Espera su respuesta. Y es esta —señaló el documento.

Su madre no dijo nada más, simplemente entrecerró los ojos como hacía él cuando algo no le gustaba.

Cuando Gabriel volvió a enrollarlo, no tuvo fuerzas, ni valor para romperlo o tirarlo al suelo. Pero lo apretó con un puño, mostrando su descontento.

—Gabriel... —Una vez más su madre lo miró con severidad. Con una de esas miradas que decían claramente: «Te estás equivocando».

Y maldita sea... ¿Por qué debía tener razón?

Los mensajeros McDonald entraron en el patio McDowell, tan altos e imponentes como sus monturas de guerra. Los tartanes de vivos colores ondeaban al viento haciendo que los ojos de Raven se agrandaran al contemplarlos, no sin cierta fascinación.

Una sensación demasiado familiar como para no reconocerla se apoderó de ella, el corazón se le aceleró y un frío sudor se esparció por sus manos sin que ella pudiera evitarlo.

Era miedo.

Pero todavía no había nada que temer.

Él no estaba entre ellos.

Al sentir de nuevo el pulso acelerado, intentó respirar con fuerza. No quería pensar en él, o se veía capaz de cualquier locura, incluso negarse a ir con ellos y enfrentarse a su padre por primera vez en mucho tiempo. Raven tragó saliva, sabía que no podía hacer eso. Huir no era una opción. Las amonestaciones estaban hechas. En la puerta de la capilla de los McDowell colgaba el pergamino anunciando su boda inminente. Al igual que colgaría en la puerta de la iglesia de los McDonald.

Había intentado convencerse a sí misma de que esa boda era lo mejor para ella. Viviría con Mairy McDonald, ¿y acaso había otra persona en el mundo que quisiera más?

Que Dios la perdonase, pero su corazón se resistía a sentir un profundo amor hacia su padre severo y distante, y hacia su hermana Rowyn, siempre tan furiosa con el mundo y, sobre todo, con ella.

Jamás olvidaría el día en que su padre le informó a Rowyn que el futuro matrimonio con Gabriel McDonald no se realizaría. Al menos... ella no sería la novia. Un día después de que Murdock se marchara con los guerreros McDonald, Raven se encontraba en su habitación. Se había pasado un día entero en la cama, llorando por la muerte del Ian McDonald. Aún tenía lágrimas en los ojos cuando bajó al salón y encontró a su hermana Rowyn soñando despierta.

—Buenos días...

—¡Ah! ¿Eres tú? —había dicho como si hubiese entrado uno de los perros de caza de su padre, y no su hermana—. ¿Qué te pasó ayer? No apareciste en todo el día.

—Yo... —Raven había vacilado. Su hermana parecía de muy buen humor. ¿Acaso su padre no le había informado de lo que iba a suceder próximamente?

Al parecer, no.

Rowyn la ignoró por completo mientras terminaba su desayuno.

—¿Qué te ocurre? —preguntó algo más intrigada al ver que Raven no tocaba su desayuno—. ¿Desde cuándo le dices que no a la comida?

Raven se encogió de hombros, hasta que su hermana la agarró por la barbilla y apretó. Después de echarle un vistazo la soltó.

—Has estado llorando. —Eso la había divertido, Raven estaba convencida de ello—. ¿Papá te pegó? ¿Qué has hecho ahora?

Nada, quiso decirle, pero a Rowyn le dejó de interesar pronto su estado de ánimo.

—¿Sabes? —le dijo Rowyn—. No me importa. Ayer estuvieron aquí los soldados McDonald, y padre hoy quiere hablar conmigo. ¿Sabes qué significa eso? Que pronto seré la señora del *laird*. ¿Y tú? —La miró con verdadera malicia—. Vas a casarte también. Aunque mucho me temo que no será con un hombre tan apuesto como Gabriel.

Rio en voz alta, regodeándose de lo que ya sabía. Que Raven iba a casarse con el viejo

Campbell.

En ese mismo instante su padre la había llamado a la habitación donde despachaba sus asuntos de justicia. Rowyn fue gustosa, porque poco podía imaginarse que su destino sería uno muy diferente al que ella había pretendido.

Raven se había retirado a su habitación, y estaba echada de nuevo en la cama cuando su hermana entró en su recámara. Raven esperaba ver lágrimas en los ojos de Rowyn, y ciertamente las había, pero había algo más. Un odio visceral, que quemaba como el infierno y que jamás se apagaría.

—Tú, maldita puta.

Escuchó un rugido de despecho salir de boca de Rowyn, tan encolerizada, que avanzaba a ciegas. Sin pensárselo dos veces se abalanzó sobre ella con un ímpetu que un guerrero en la batalla envidiaría.

Raven gritó al encontrarse cara a cara con unos ojos sanguinolentos y un rostro surcado de lágrimas.

—Tú, perra —escupió a su hermana intentando clavar sus uñas en su rostro—. Tú no eres nada. ¡Nada!

Rowyn la arrastró de los cabellos hasta tirarla al suelo, donde Raven intentó cubrirse el rostro de los arañazos y golpes que Rowyn le daba.

—¿Crees que vas a robarme lo que es mío?

—Yo no te he robado nada —le dijo esquivando una patada—. No quiero este matrimonio.

—Y no lo tendrás —gritó fuera de sí.

De repente su padre entró en la habitación y agarró a Rowyn separándola de ella. Pero no por eso dejó de intentar atraparla.

—Déjala —dijo su padre.

—No, déjame tú —había algo de súplica en la voz de la muchacha—. Padre, déjame matarla. Si ella muere no faltarás a tu palabra de casarla con Gabriel. Yo podría...

Por primera vez en su vida, Raven presenció cómo su padre cruzó de una bofetada la cara de Rowyn, que empezó a sangrar por la nariz y quedó muda por el horror de haberse podido quedar marcada de por vida. Pero eso no había ocurrido. Con el paso de los años, Rowyn era incluso más hermosa de lo que había sido en su tierna juventud.

—Padre, padre —había suplicado Raven—. Yo no quiero casarme con él.

—Maldita mocosa —dijo él mirándola con desprecio—, deberías estar agradecida que alguien como tú consiga casarse con un futuro *laird*.

El alma pareció escaparse por la boca, y quedó tan petrificada por el horror que sentía, que ni siquiera pudo volver a hablar. No obstante, después de toda aquella escena, su padre se había llevado a Rowyn. Y a la mañana siguiente ocurrió un milagro.

Su hermana había aceptado de buen grado casarse con el *laird* Campbell y no solo eso. También había aceptado que Raven, y no ella, sería la futura esposa de Gabriel McDonald.

Nunca supo lo que su padre hizo para convencerla, pero hoy en día, su hermana no había vuelto a hablar sobre el asunto.

Y ella jamás había preguntado.

Frente a los ojos de Raven, los jinetes bajaron de sus monturas.

Los había visto en diversas ocasiones. En el festival de invierno, cada año desde lejos, contemplaba a los guerreros que ya sabía iban a estar en su vida nada más casarse con el *laird*

McDonald. Y extrañamente, aunque conociera la cara de esos hombres, desconocía cuánto habría cambiado la de su futuro esposo, pues llevaba nueve largos años de ausencia.

Gabriel no le caía bien, no le caía bien de niña y no lo haría ahora que se había convertido, a todas luces, en un hombre insufrible. Porque posiblemente lo sería.

Quizás también fuera más alto y fuerte. Se encogió de hombros como para decirle al mundo que no le importaba lo alto y fuerte que fuera.

También era posible que, a causa del entrenamiento recibido durante los años en tierras Kincaid, sus hombros y pecho fueran tan musculosos como los que ahora veía en el patio.

Suspiró al imaginárselo, pero de pronto un escalofrío de terror le recorrió la columna.

¿Cómo podría luchar contra un hombre así si este deseara maltratarla y humillarla?

Cerró los ojos por un instante y creyó fervientemente que aquel compromiso no tenía sentido.

Era una farsa.

Durante estos años había habido relativa paz entre los clanes, pero Raven jamás olvidaría que su padre había matado a Iain McDonald y que de algún modo con el matrimonio pretendía deshacerse del hijo. No sabía aún sus planes, pero estaba más que convencida de que algo tramaba, y que, a todas luces, Rowyn sabía los pormenores del plan de su padre.

Por otro lado, ¿sabría Gabriel que se casaría con la hija del asesino de su padre?

Sintió cómo la bilis le subía a la boca y cerró los ojos, dispuesta a recuperar la compostura.

Lo consiguió apenas al recordar las palabras de su padre, pronunciadas con rabia. Una confesión que escupió al aire creyéndose solo: *Morirás Gabriel McDonald, aunque tenga que matarte con mis propias manos, tal como maté a tu padre.*

Cuando Raen abrió los ojos, vio a los guerreros McDonald acercarse a la escalera de piedra con zancadas largas y decididos.

Ya habían esperado demasiado.

Debido al buen tiempo, sus torsos y anchos hombros solo estaban cubiertos por la franja de tartán de vivos colores que cruzaban su pecho.

Raven enderezó su espalda, debía quitarse el miedo, porque si algo no quería, era volver a sentir miedo por ningún hombre. Ni por su padre, ni por Gabriel, ni por sus hombres.

Repentinamente dio media vuelta y entró en el salón antes que ellos pudieran verla.

Iba a escabullirse como siempre, no por miedo, pero había aprendido que un zorro escurridizo vive más tiempo sin ser molestado. Su objetivo era observar desde algún rincón apartado cuanto iba a suceder, pero no le fue posible. Pues desgraciadamente no iba a pasar tan desapercibida como creía.

—Vuestro padre os busca, mi señora.

Agnes, su fiel doncella, la aguardaba a la entrada del salón.

Ella suspiró contrariada.

—No podré esconderme esta vez, ¿no es cierto?

—Me temo que no. —La mujer le sonrió. Fue una sonrisa destinada a insuflarle valor.

Ambas sabían a qué habían venido los guerreros McDonald al castillo, y no eran tontas. También sabían el motivo de la visita.

—¿Así que debemos bajar?

—Eso me temo.

Bajaron juntas los escasos peldaños que iban del recibidor al salón principal de la fortaleza.

—Le he comentado a mi padre que me gustaría llevarte conmigo al castillo McDonald.

A Agnes se le sonrojaron sus jóvenes mejillas.

—Mi señora...



Raven le agarró del brazo y ambas compartieron una misma sonrisa.

—Por favor, no quiero ir sola, y se me permite llevar a un sirviente. ¿Me acompañarás?

La doncella sonrió y asintió con la cabeza efusivamente. Hacía poco más de cuatro años que Agnes era su doncella personal, a diferencia de Rowyn, que antes de casarse había tenido un ejército de criadas, a Raven solo le había hecho falta una. Y no para servirla, sino para ser su amiga. Y Agnes había cumplido en aquel cometido, con creces. A pesar de solo tener dos años más que ella, era su protectora, la que la avisaba de qué humor estaba el *laird* del castillo, de cuándo debía esconderse, y cuándo podía huir al mar que tanto amaba.

—Sí, mi señora. Claro que sí. No la dejaré sola.

Raven sintió algo de alivio, pero este duró poco. Solo el tiempo justo de llegar al salón y ver la mirada severa de su padre puesta sobre ella.

Ahí aguardaba su padre que la miró con el ceño fruncido.

Lejos de agachar la cabeza, la levantó y avanzó hacia él.

—Siéntate —le ordenó con el mismo tono déspota de siempre.

Sin decir una palabra, Raven obedeció.

Había aprendido con los años que era mejor no contradecir a su padre. Tenía marcas en el cuerpo que le decían que el desafío era siempre una mala idea. Así que permanecería callada y observaría cómo se fraguaba su destino.

Ocupó el espacio a la derecha de su padre. Se sentó en el banco de madera y solo entonces una Agnes temerosa de lo que pasara se perdió en las cocinas, no sin antes hacerle un gesto a su señora para infundirle valor.

Raven alzó la cabeza y escuchó los pasos de los guerreros antes de verlos.

Cuando los soldados McDonald entraron por la puerta principal del salón, alzó la vista solo un instante. Tras ellos, una docena de soldados McDowell, los más leales a su padre, los escoltaban.

Los rostros tensos y las armas al cinto no presagiaban nada bueno.

Observó las espadas y puñales, le extrañó que no se dejaran fuera como era la costumbre. Sus ojos también se fijaron en que ni unos, ni otros, tenían nada en su aspecto que les hiciera merecedores de confianza.

Fuere como fuese, los cuatro soldados McDonald dejaron pasar por su lado a los McDowell y solo se acercaron al *laird* cuando estos ya habían tomado posiciones.

Bajaron los peldaños de piedra y reclinaron tomar asiento, dando a entender, muy diplomáticamente, que no pensaban quedarse un solo instante más de lo necesario. Semejante despliegue de orgullo exhibido delante de su padre, la regocijó y sorprendió al mismo tiempo.

El más corpulento de todos, Liam McDonald, se adelantó para hablarle al *laird*, pero sabía que solo podría hacerlo cuando él le dirigiera la palabra.

Raven contempló al hombre, que no hacía tanto había sido un aprendiz de guerrero. A pesar de su edad, parecía capaz de acabar con una docena de McDowell él solo.

De algún modo, Raven supo que ni por un instante aquellos guerreros se sentían incómodos ante su inferioridad numérica.

—Liam —su padre gruñó—, algo muy desagradable tienes que haber hecho para que te encomienden la guarda y custodia de una simple mujer.

El McDonald juntó sus rubias cejas que coronaban unos ojos azules y profundos.

—No es ninguna ofensa ser el encargado de velar por la seguridad de mi señora.

Raven sintió que se ruborizaba cuando el gigante de cabellos dorados la miró. Sus ojos azules le recorrieron el rostro con interés, pero apartó la mirada velozmente volviendo al asunto que le había llevado hasta allí.

—Sí, supongo que sí —dijo Quinlan contrariado—. Aunque, según dicen, tu tío está gravemente enfermo y pronto abandonarás a tu primo Gabriel para volver al este y tomar el liderato del clan.

El silencio fue tan largo que Raven pensó que no contestaría.

—Cuando regrese —dijo con cierto enfado en la voz—, esas tierras serán mías. Mientras, seguiré sirviendo a mi primo, y *lady* Rowen seguirá siendo mi señora —fueron las únicas palabras de Liam.

A Raven casi se le escapa una risa.

*Rowen...* hacía años que había dejado de usar ese nombre.

El insulto de Gabriel McDonald se había hecho tan popular en las tierras altas, que se había extendido por doquier y convertido, de un apodo, al nombre con el que todos se dirigían a ella.

Liam McDugall, junto a otro guerrero imponente que ella reconoció como Callum, el general de Gabriel, se acercaron más a la mesa. Los dos guerreros restantes se situaron a sus espaldas, indudablemente para protegerlos de cualquier ataque.

Raven los conocía, porque esos formidables guerreros habían participado en los juegos de invierno, y sus hazañas eran legendarias.

—Si llama a nuestra futura señora empezaremos cuanto antes.

Raven alzó de golpe la cabeza y los miró extrañado.

¿Llamarla? Estaba sentada junto a su padre, justo enfrente de ellos. Es imposible que no la hubieran visto.

Carraspeó y los miró... cuando ellos pusieron los ojos sobre ella, no hicieron además de reconocerla, ni de hablar de nuevo.

Se movió inquieta en el banco. Liam seguía mirándola fijamente y la ponía nerviosa. No le inspiraba confianza, quizás era porque no había visto un hombre tan temible en toda su vida. Raven lo observó detenidamente, ni siquiera llevaba los colores McDonald. Los otros sí, pero él... entonces recordó las palabras de su padre: *Volverás a las tierras de tu tío*. La carcajada de su padre la distrajo momentáneamente y apartó la mirada de Liam.

—¿Llamar a Raven? —Entonces los guerreros dejaron de mirarla para prestar atención al *laird*—. ¿Y quién se cree que está sentada a mi derecha?

Una sonora carcajada y un puñetazo en la mesa hizo que todos los hombres McDowell reunidos en el salón se rieran.

Callum, el general de los McDonald, quedó claramente desconcertado.

—Pero tenía entendido que la prometida era Raven McDowell, no vuestra hija Rowyn.

—¿Cómo? —Raven no pudo ocultar su desconcierto—. ¿Va a casarse con Rowyn? ¿Y cambiar de opinión después de tantos años?

No supo muy bien a quién iban dirigidas las preguntas, al McDonald, a su padre, o a ella misma. Pero Quinlan la miró con el mal humor de siempre. Aunque, esta vez, este también sería derramado sobre los guerreros de Gabriel.

—Gabriel se casará con ella. —El *laird* McDowell frunció el ceño.

Callum parpadeó.

—No quisiera ofender a vuestra hija —Liam vaciló—, sabemos que ha enviudado y que un matrimonio quizás fuese posible en otras circunstancias. Pero... desgraciadamente no es lo acordado.

Liam parecía no querer ofenderla. No sabía por qué extraño motivo, la habían confundido con su hermana.

—Nos llevaremos a Raven, como nos ha ordenado mi señor.

No supo por qué, pero eso la ofendió. «Nos la llevaremos», como si fuera un saco de patatas que solo tenía que quedarse quieta sobre los lomos de una mula.

Respiró profundamente y al ver que su padre estallaba en sonoras carcajadas, apretó los puños y se levantó de un salto.

Fulminó a los guerreros McDonald con la mirada y estos no supieron muy bien cómo tomarse el enojo de la mujer.

—Seguro que al *laird* McDonald no le molestaría lo más mínimo casarse con Rowyn, pero para su desgracia y la mía, tendrá que conformarse conmigo.

Todos guardaron silencio, incluso su padre, que la miró como si hubiera brotado de la tierra.

—Yo soy Raven McDowell.

Un segundo después su padre volvió a proferir profundas carcajadas, hasta que le dio un ataque de tos y tuvo que beber de su copa para no ahogarse.

—Esa broma ha sido muy buena.

Callum la miró de hito en hito.

Liam seguía tan imperturbable como siempre, no obstante, Raven hubiese jurado que una sonrisa bailaba en sus ojos.

No podía ser.

—Yo conozco a Raven...

—Yo también te conozco, Callum —añadió ella con tono seco y cortante, como si no entendiera esa actitud.

—Estás... cambiada.

—Tú también. Eres más viejo y con menos modales.

Quinlan McDowell rio de nuevo. Por primera vez la lengua venenosa de su hija le divertía.

—Estoy deseoso de que mi hija emprenda el viaje, junto a su lengua viperina, hacia tierras McDonald. Estoy seguro de que a vuestro *laird* le espera un nada aburrido matrimonio.

Aunque Raven miró a su padre, ocultó todo el dolor que sentía al abandonar, no a él, sino a su hogar.

Callum escudriñó el rostro de la muchacha. Y sí, pudo ver algo de reconocimiento en su mirada. Entonces el guerrero pareció complacido, como si eso facilitara las cosas.

Ciertamente la conocía, la había visto hacía muchos años, pero de esa cría nada tenía la mujer frente a ellos.

Miró sus cabellos claros, no negros, como los de la otra hija de McDowell. Y sus ojos no eran azules, sino marrones. Unos increíbles ojos pardos, tan grandes como los recordaba. Una mandíbula altiva y perfecta y una frente ancha y suave enmarcada por dos mechones de brillante color del trigo.

Aquella mujer no podía ser Raven y, sin embargo, lo era.

Callum giró la cabeza y vio cómo sus hombres miraban desconcertados a la bella mujer que tenían enfrente.

—Entonces partimos —dijo el Callum ante la estupefacción de Raven.

—¿Ahora? No me acompañaréis...

Se detuvo ante la expresión de fastidio de su padre.

—Te vas con ellos, Raven.

Ella lo miró de hito en hito.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Pero...

No estoy preparada, quiso decir.

No había tenido tiempo de preparar sus cosas, de... despedirse de nadie. Aunque, por otro lado, ¿de quién tenía que despedirse? En ese momento, Agnes salió de la cocina. Sin ninguna duda, la muchacha había estado escuchando.

—He preparado algunas cosas para que pueda llevarse —le dijo ofreciendo un fardo de ropas que llevaba en sus manos. Hizo una reverencia—. Meteremos el resto en baúles...

—Ya te los haremos llegar —sentenció su padre perdiendo la paciencia.

Los ojos de ambas mujeres se llenaron de lágrimas, pero Raven se juró que no las iba a derramar, no en presencia de su padre.

Miró a los guerreros y pareció ver cierto deje de compasión.

Ante el gesto brusco de la mano del *laird*, Agnes desapareció por el gran portal que daba al corredor de la cocina, sin duda era una mirada de despedida. Raven se puso de pie para ir tras ella y decirle que... Una mano se cerró sobre su brazo, apretó y apretó hasta conseguir arrancarle una mueca de dolor. Sin duda, los dedos de su padre estarían marcados por un par de días en su piel.

—Te irás con ellos. —Los dedos seguían clavados en la carne de su brazo y ella apretó los dientes con rabia.

—Me dijiste que Agnes podría venir con nosotros.

Su padre la miró fingiendo no saber de qué le hablaba.

Por supuesto, ¿por qué habría accedido su padre a darle un pedacito de felicidad, si podía seguir haciéndola más desgraciada de lo que ya era?

La empujó hacia la entrada del salón, con tanta fuerza que tropezó con los bajos de su vestido y cayó de rodillas frente a los cuatro guerreros que habían ido a buscarla. Alzó la cabeza mirándolos a todos, pero no encontró burla en ellos, sino cuatro manos, de cuatro guerreros distintos, dispuestos a ayudarla.

Liam fue el primero en agarrar su mano y con una delicadeza, que nadie creería en semejante guerrero, la ayudó a levantarse. Cuando se dio media vuelta para mirar a su padre, lo miró con la arrogancia con que siempre lo miraba, aun a sabiendas que los golpes podrían ser más fuertes. Pero Quinlan no la golpeó, esta vez no. Y Raven creyó que tenía algo que ver con que Callum la hubiera agarrado del brazo, no a modo de regañina, sino de protección. Miró al guerrero alto de pelo castaño y este despreció tanto a su padre, como su padre a ellos.

—Señora... —le susurró, pero no la miraba a ella.

Raven tragó saliva y sobre su hombro echó un vistazo. Allí estaban los otros tres guerreros, dispuestos a protegerla.

Su padre estafa colérico, algo de lo más habitual.

—Podéis llevárosla y espero que sea más útil para Gabriel como esposa, de lo que me ha sido a mí como hija.

Ella guardó silencio, alzó el mentón y se dispuso a avanzar hacia la salida.

—No ponemos en duda que será una gran señora —dijo Callum—. A partir de este momento, nuestra señora. A quien honraremos y defenderemos.

Quinlan rio ante las palabras de Liam.

—Y no le quepa duda de que mataremos a cualquiera que ose hacerle daño, sea quien sea —la voz de Liam la hizo estremecer.

Aquello detuvo las risas del *laird* McDowell y Raven se quedó sin habla.

Los otros dos hombres la miraron y asintieron.

Antes de poder saber qué estaba pasando habían salido del salón y cinco caballos esperaban en

el patio de armas.

—Gracias —susurró Raven, verdaderamente agradecida.

Callum asintió, de pronto pareció acordarse de algo y susurró:

—Vuestra doncella... ¿queréis llevarla con vos?

—Mi padre...

—¿Queréis llevarla con vos?

Raven lo miró sorprendida, pero enseguida asintió.

—Eso me complacería más que nada.

Con una sola mirada al guerrero que había estado escuchando su charla, este se marchó sin hacer ruido.

Raven trató de no llorar al clavar sus ojos en la gente que la rodeaba y que había dejado sus quehaceres para despedirla. Los miró con una serenidad que no sentía.

De pronto, las manos fuertes de Liam la ayudaron a montar y después se alejó para hacer él lo mismo. Montó en el semental negro que ella tenía junto a su flanco izquierdo.

Callum montó a su derecho, y agarró el bozal del caballo que el otro guerrero había dejado sin dueño.

Estaban listos.

Tanto tiempo esperando aquello y el día había llegado sin apenas darse cuenta de lo que estaba pasando.

Liam la miró por encima del hombro y tuvo la osadía de sonreírle cuando dos lágrimas rodaron por sus mejillas. No sabía si para tranquilizarla o para burlarse, pero lo cierto es que el guerrero ya no le daba tanto miedo.

—¡Alto!

La voz de su padre se hizo escuchar desde lo alto de la escalera de piedra. Los guerreros le escucharon, pero sin que su grito los perturbara demasiado.

—Cinco de mis hombres os acompañarán para que no tengáis problemas —la voz de su padre volvió a tronar, fuerte y clara para hacerse oír sobre el viento que soplaba del norte.

Callum miró a Liam y este se encogió de hombros. Quién sabe si la escolta sería buena, al fin y al cabo, ningún McDonald estaba del todo seguro en tierras McDowell. Pero Callum tenía otra opinión sobre ser escoltado.

—El día que un McDonald necesite la protección de un McDowell, se congelarán los infiernos.

Su padre apretó los labios, y luego escupió en el suelo.

—Al infierno con vosotros.

Raven lo vio darse la vuelta y entrar de nuevo en el salón. Los soldados de su padre se quedaron quietos, esperando su partida, sin escolta alguna.

No hubo más palabras antes de que empezaran su camino.

Mientras Raven veía toda la curiosidad que producía su partida, pensó que estaba observando ese patio por última vez o, en el mejor de los casos, por última vez en mucho tiempo. Al avanzar por el camino principal y llegar al linde del bosque, se giró para contemplar su hogar. No lloraría, porque quizás algo bueno estaba por llegar, después de todo lo malo vivido en la vida que dejaba atrás.

—¿Lista?

Raven miró a Liam que la estaba aguardando.

—S... sí.

—Bien. —Sorprendida, vio cómo una sonrisa amable iluminaba el rostro del guerrero—. Ellos ya están aquí.

—¿Quiénes?

Liam señaló con la cabeza los dos caballos vacíos que había junto al camino. Uno era de Callum, el otro del guerrero que había desaparecido en el patio. De pronto, vio cómo regresaban con ellos. Y no venían solos.

—¿Agnes?

—¡Mi señora! —gritó la muchacha.

Al llegar junto a ella, Raven desmontó y la abrazó.

—Si hemos terminado, será mejor partir. —Las dos mujeres dejaron de abrazarse y miraron a Callum.

El guerrero ayudó a montar a Raven y sin pedir permiso agarró a la doncella por la cintura y la subió a lomos de su caballo.

—Vos montaréis conmigo.

Agnes asintió ruborizándose del cabello hasta la punta de los pies.

—Será mejor que nos marchemos, hay mucho tráfico hoy por el bosque.

Callum y Lian se quedaron mirando al guerrero.

—Explicate.

—Viene una comitiva desde el norte. Los he visto cuando miraba al horizonte desde la loma. Llevan los colores de los Campbell.

Raven miró a Agnes y la sonrisa de ambas mujeres desapareció de sus rostros.

Las dos sabían quién llegaba a tierras McDowell.

—Rowyn.

Efectivamente, así había sido. Divisaron a los guerreros Campbell, solo a veinte minutos de viaje, cuando el camino rozaba un claro del bosque. Raven alejó cualquier pensamiento de su cabeza cuando la vio. Había siete guerreros Campbell alrededor de la figura esbelta. Iba con un voluminoso vestido, quizás terciopelo azul, pero sobre su cabeza y los hombros lucía la manta de los Campbell, a pesar de que se dirigía a tierras de su padre.

—Rowyn —susurró.

¿Cuántos años hacía que no veía a su hermana? Quizás tres, o... cuatro.

Tan hermosa y grácil como siempre, aunque la vida no la había tratado todo lo bien que esperaba, su belleza había florecido aún más con el tiempo. Sus cabellos negros parecían brillar bajo la luz del soleado día.

Cuando ella alzó la mirada y sus ojos se encontraron, Raven pudo ver que la había reconocido, y contra todo pronóstico, una sonrisa, que nunca había parecido tan sincera se dibujó en el rostro de Rowyn.

—¡Rowen! —Su hermana alzó la delicada mano a modo de saludo, sin perder la sonrisa.

Los guerreros McDonald se pararon en medio del camino, de igual modo hicieron los Campbell. Ambas hermanas aprovecharon eso para desmontar, Rowyn lo hizo con ayuda de uno de sus soldados, pero Raven no esperó tanto.

No corrió a su encuentro, pues aunque hubiera pasado muchos años, su hermana Rowyn la odiaba. ¿O no era así? Raven parpadeó, por la cara de felicidad de la joven viuda, parecía estar sinceramente contenta de volver a verla. Y así se lo dijo.

—Qué gusto verte, hermana.

Cuando Rowyn aceleró el paso y se echó a sus brazos, Raven se quedó atónita, e incluso pudo ver cómo Agnes, totalmente incrédula sobre la montura de Callum, se santiguaba, como si hubiera visto al mismísimo demonio.

Pero no era el demonio quien la abrazaba, sino Rowyn.

Incluso había lágrimas en sus ojos.

—Yo... también me alegro de verte.

No sabía si aquello era totalmente cierto, pero Rowyn estaba tan contenta de verla. Y, quién sabe, quizás los años en tierras Campbell la había cambiado.

Lo último que supo de ella es que el clan de su esposo la trataba con respeto, y aunque el viejo Angus había pasado muchos años en cama, casi tantos como había estado casado con su hermana, Rowyn no se había quejado de su destino. Eso siempre que creyera en las palabras de su padre.

Rowyn la miró de arriba abajo sin perder el buen humor.

—Mírate qué hermosa estás.

Raven estuvo a punto de que sus ojos se le salieran de las órbitas.

—Tú siempre estás hermosa —le respondió. Y era cierto. Sus harapos marrones no podían competir con el majestuoso vestido, ni con los pendientes de oro que adornaban las orejas de su hermana.

—¿Dónde te diriges?

Raven intentó hablar, fue cuando miró a los soldados McDonald que vio que se revolían incómodos sobre sus monturas.

—A mi boda.

Una sombra pareció cruzar el rostro de Rowyn, pero fuese lo que fuese, ya había pasado. La

agarró de las manos y las apretó con fuerza, como si quisiera darle ánimos.

—Estaba deseando llegar, precisamente para no perdérmela.

—¡Oh!

Eso sí que no se lo esperaba.

Los soldados tampoco, pues Liam resopló y Callum carraspeó, como si tuviera prisa por abandonar el camino. Las relaciones con los Campbell eran tan buenas como con los McDowell, por lo que estaban deseando llegar a casa, lejos de ellos.

—Debemos marcharnos, mi señora —habló Callum.

Raven se volvió hacia el guerrero y asintió. Pero cuando intentó separarse de Rowyn, ella la sujetó fuerte de la muñeca.

—Querida hermana, te he echado mucho de menos. —No le dio tiempo a responderle—. Estos años sola, lejos de casa, sin una amiga... me han dado mucho tiempo y espacio para reflexionar. Lo más que te traté en nuestra infancia. Pero, éramos niñas y sé que vas a perdonarme, ¿verdad?

Raven parpadeó. ¿Esperaba que le dijera que sí?

—Por supuesto —fue lo único que pudo balbucear.

—Acuérdate de mí cuando llegues —dijo con el tono más dulce del que fue capaz—. Ahora que mi esposo ha fallecido, me encontraré muy sola sin ti. He decidido trasladarme con padre. Ahora... el nuevo *laird* tomará una esposa, y siento que ya no es mi lugar.

Raven pudo entenderlo, ¿qué joven casadera querría a una mujer como Rowyn en su casa, bajo el mismo techo que su esposo?

Siguió apretando las manos de Raven con fuerza y cariño, un cariño que Raven no pudo notar como fingido.

—Estoy deseando estar en tu boda.

Raven asintió.

—De acuerdo. Te mandaré a llamar —le prometió.

—Claro, además, ¿quién quiere estar sola en un lugar extraño? —Raven pensó que lo decía por experiencia.

Pero ella no estaba sola.

—Agnes viene conmigo.

Cuando los ojos de Rowyn se posaron sobre la muchacha, su sonrisa desapareció.

—Pero ella es una criada —dijo perdiendo el buen humor, pero enseguida sonrió de nuevo—. Quiero decir, que seguro que prefieres tener cerca a la familia.

Raven no respondió a ello, pues pensó que cualquier palabra amable sería una mentira. Agnes alzó una ceja y se revolvió sobre la montura, desvió la mirada, pues a pesar de lo cruel que había sido Rowyn con su joven señora, era la poderosa mujer capaz de destruirla con un gesto de su mano.

—Nos veremos pronto —fue lo último que dijo, antes de alejarse de ella y montar sin ayuda en su caballo.

Rowyn se hizo a un lado, dejando pasar a los soldados McDonald.

—Hasta pronto.

Rowyn se quedó observando el camino, incluso después de que su hermana desapareciera en el recodo de un camino.

Estaba sumida en sus pensamientos. Unos que cada día eran más oscuros.

—¿Nos vamos, mi señora?



—¡Cállate, estúpido! Y déjame pensar.

Los soldados agacharon la cabeza. Si alguno de ellos había pensado que el agrio carácter de su antigua señora había cambiado por la inesperada escena del reencuentro, en un segundo habían vuelto a convencerse de que Rowyn Campbell no había variado en lo más mínimo. Era fría y calculadora, tan bella por fuera como podrida por dentro.

—¡Ayúdame, idiota! —protestó cuando uno de los soldados no fue lo suficientemente rápido para ayudarla a montar.

Sin decir ni una sola palabra más, se encaminó hacia las tierras de su padre.

Nueve años. Nueve malditos años habían pasado desde que dejara esas tierras, hasta ahora que volvía para quedarse.

Cierto que, en algunas ocasiones, había vuelto para visitar a su padre, pero el Quinlan McDowell solo tenía una palabra para ella: Paciencia.

Y maldita sea si no había sido paciente.

Ella juraría que nadie aguantaría en su sano juicio todo el tiempo transcurrido en aquella tierra fría de los Campbell.

Atarse a ese viejo de Angus había sido un calvario para ella. Al menos al principio. Cuando el primer año había quedado claro que el viejo *laird* no le daría un heredero, por mucho que lo intentara, Rowyn había pensado que no tenía por qué aguantarle más.

No podía arriesgarse a que le dieran la culpa a ella por la infertilidad del viejo, que solo había podido engendrar un hijo con su anterior esposa, y que casualmente no se parecía en nada a él. Embarazarse de otro, hubiese sido una solución, pero la dejó pasar, no por ser arriesgada, sino porque no deseaba a ningún hombre en su cama, al menos esos primeros tiempos cuando su cuerpo ardía solo por Gabriel McDonald. Entonces, había optado por la segunda opción. Una apoplejía a tiempo, y fue la dueña y señora de una fortaleza, que tenía a su señor postrado en la cama y cuyo general la trataba con respeto, porque quería ganarse su favor en la cama. Por suerte, el guerrero había sido todo un descubrimiento, su cama estuvo caliente muchas noches gracias a él, aunque su corazón seguía frío planeando su venganza. Ella deseaba en su cama a Gabriel McDonald, y si quería gobernar a un clan, ese era el de los McDonald.

Rowyn jamás quiso gobernar a un clan al que no se sentía unida, solo esperaba la muerte del *laird* para regresar a casa. Pero debido a los lujos y el poder que ostentaba, no tuvo demasiada prisa, al menos no hasta que supo que el eterno noviazgo de su hermana llegaría a su fin en breve. Entonces... el *laird* murió tranquilamente en su cama.

Apretó los dientes con fuerza y los puños se cerraron sobre la cinta del caballo hasta volverse blancos.

Pensó en la condenada suerte que había tenido la fea Raven. Ese cuervo desgarbado iba en busca de un destino que debería haber sido para ella. La maldijo en voz baja. Y siguió maldiciendo hasta que los caballos y sus jinetes atravesaron el pórtico de los McDowell.

—Querida hija... —Su padre la miró desde lo alto de la muralla y ella se la devolvió con aquellos ojos fríos como el hielo.

Subió a grandes zancadas, ignorando a cualquiera que se acercara para darle la bienvenida.

Llegó donde estaba Quinlan y su buen humor no había mejorado.

En las almenas, los guerreros oteaban el horizonte, y no había oídos indiscretos que pudieran escuchar las palabras que se dedicaron padre e hija.

—He visto a Raven, rumbo a su boda.

—Sí, así es.

—Una boda, que debería haber sido la mía.

Su padre no se inmutó, solo apretó los labios en una fina línea severa.

—Sabes los planes que tengo para los McDonald.

—Y tú los planes que yo tengo para Gabriel. —Rowyn controló su ira, pero le dejó claro que, a pesar de los años transcurridos, no había cambiado de opinión—. Raven no se va a casar con él. Yo y no ella seré la señora de los McDonald. Y no matarás a mi marido antes de que yo pueda disfrutarlo.

Su padre gruñó, acercándose más de la cuenta.

Al ver el rostro amenazante, los soldados Campbell que esperaron en el patio, se impacientaron.

Rowyn les hizo una señal para que no interfirieran.

—Te olvidas de tu lugar —le dijo amenazante.

Pero Rowyn solo se limitó a mirarle, como si nada de lo que dijera pudiera amedrentarla.

—Ya no soy una niña a la que puedas atemorizar. He vivido como tú querías. Y he forjado una alianza con los Campbell como deseabas —le dijo sin atisbo de simpatía, mirándolo a través de sus pestañas—, hasta he hecho que el jefe de sus guerreros se plantee una alianza contra los McDonald. Una alianza que te proporcionaría un ejército extra para atacar a los McDonald. Ahora quiero mi trozo del pastel. Quiero a Raven fuera de mi camino, y a Gabriel en el altar conmigo. Me lo prometiste.

Su padre pareció pensativo.

—Te lo prometí. Pero después de que él mate a Raven.

—¡Él no hará tal cosa!

Su padre sonrió.

—No necesito que lo haga, solo que los demás lo piensen. Y con la leyenda negra de su odio sobre sus cabezas, ¿quién no va a creer que Gabriel McDonald ha matado a su esposa? —Sonrió.

Algunos pensarían que por el trato que le dispensaba a Raven esta no era su hija, pero se equivocaban. Sí lo era. Él jamás lo había dudado. Pero no la quería. No la quería simplemente porque era una decepción constante, desde el día de su nacimiento que había esperado un varón. Hasta su carácter indómito que no utilizaba para su propio beneficio, sino para el de los demás.

—Padre...

—Mis planes se inclinan hacia matar a la esposa de Gabriel McDonald y echarle la culpa a él, ¿quieres ser la elegida?

Rowyn lo miró con odio.

—¿Esa es la excusa que deseas para que el rey te dé permiso para atacar a uno de sus señores predilectos?

Quinlan se encogió de hombros.

—Excusas más pobres se han usado para iniciar guerras.

—Si se casa con él y la matas pronto, no podrás cumplir lo que prometiste. Quiero ser la esposa de Gabriel. Además, tú no quieres una guerra —le dijo acercándose. Alzó el rostro para verlo bien a pesar de la diferencia de estatura—. Lo que deseas es venganza.

Quinlan no se inmutó, simplemente respiró hondo y aguantó la respiración.

—Yo te ofrezco un trato.

—¿Qué trato?

—Dame hasta el invierno y te prometo que yo tendré a mis pies a tu enemigo para hacer con su voluntad lo que desee.

—¿Cómo lo harías?

—He tenido tanta suerte con los Campbell, ahí hay mujeres... mujeres astutas e inteligentes.

—Su padre frunció el ceño al escuchar esas palabras—. Saben de hierbas, brebajes... me enseñaron bien.

—¡Brujas!

Rowyn sonrió.

—Sea como sea, yo poseo conocimientos que pueden tener postrado al *laird* Gabriel en mi cama todo el tiempo que desee. Puedo hacerle perder la voluntad. Que mi palabra sea la ley para él. —Quinlan abrió los ojos con interés—. ¿Por qué destruir a un clan poderoso, si puedes tenerlo bajo tu bota y hacer que hagan tu voluntad?

—¿Cómo vas a conseguir...? —Luego, cambió la pregunta. Poco le importaban los métodos de su hija, pero entendía que era capaz de hacerlo—. ¿Cuánto tiempo tardarás?

Rowyn sonrió satisfecha. Si su padre consentía, ya no tendría que preocuparse que una flecha perdida atravesara el corazón de Gabriel.

—Menos de lo que crees.

Rowyn se dio media vuelta para dirigirse al salón y tener su merecido descanso, después de un viaje tan largo. Pero no iba a deshacer su equipaje.

—Mañana mismo partiré para reunirme con mi querida hermana y hacer los preparativos de su boda. Me instalaré allí... y no me marcharé jamás.

Quinlan contempló a su hija.

—¿Matarás a tu hermana?

Rowyn lo miró por encima de su hombro.

—Si es necesario...

A medida que avanzaban, el nerviosismo de Raven no hacía más que aumentar. No así el de Agnes que, por sus risitas, estaba más que convencida de que deseaba que ese camino no se terminara nunca. Su doncella tenía dos años más que ella, parecía más experimentada en los temas del amor y el coqueteo. Y por las miradas que Callum le lanzaba, era probable que supiera más de lo que creía. Suspiró pensando que podría darle algunos consejos. Iba a casarse y no sabía absolutamente nada del matrimonio, ni de lo que esperar de un hombre como Gabriel McDonald.

Pensó en Gabriel, su prometido y futuro esposo.

Se decía que Gabriel McDonald se había convertido en un formidable guerrero que enloquecía a las mujeres, que era más apuesto que el mismo diablo y que una de sus sonrisas bastaba para caer presa de su embrujo.

Raven bufó.

Menuda cosa.

Pero al menos eso le decía que su prometido sonreía. Intentó imaginarse qué tal sería recibir una de esas cálidas sonrisas que hacía que las doncellas se desvanecieran a su paso por falta de aliento.

Cerró los ojos y se compadeció de sí misma. De nada serviría intentar pintar el futuro mejor de lo que era. Gabriel la odiaba, y ella... ella aún no sabía si podría soportar su presencia.

Se estremeció.

Se imaginó una risa tétrica y fantasmal, burlándose de lo desdichada que haría a su esposa. Era egoísta, un animal, y si Dios le había dado hermosura y la apariencia del santo que llevaba su nombre, sin duda era para compensar el poco cerebro que le había proporcionado.

El camino fue tortuoso, los hombres de Gabriel McDonald tenían mucha prisa en llegar a su destino.

Tardaron más de seis horas en alcanzar las rocosas tierras McDonald. Verdes prados se intercalaban con mesetas y salientes rocosos y de tierra oscura. A uno y otro lado, a medida que se acercaban a la fortaleza, podían verse robustas vacas lanudas, corderos y ovejas. Principal recurso económico del clan que gobernaba el que ya era su inminente esposo.

Al avanzar más hacia el norte, el frío se hizo más intenso, agujoneaba la piel de los brazos de Raven que apenas estaba cubierta por una fina tela. El clima sería más fresco, sin duda, y eso a pesar de que era primavera y pronto llegaría el verano. Embozada en una capa con una capucha totalmente opaca, ella y su escolta penetraron en la pequeña arboleda que les separaba de la fortaleza McDonald.

En la lejanía aparecieron siete jinetes, casi tan altos como los cuatro guerreros que la acompañaban.

Liam pareció sonreír, ¿o lo habría imaginado? Cuando su rostro se volteó hacia ella, Raven agachó la cabeza apretando la capucha de su capa, mucho más de lo necesario, intentando controlar el temblor de sus manos.

Tenía miedo.

Ya habían llegado.

Intentó controlar la respiración y el temblor de sus manos. A pesar de ello, alzó la mirada y la centró de nuevo en el horizonte. ¿Sería aquel su prometido? ¿El *laird* McDonald?

Raven se estremeció, ¿cuánto habría cambiado su prometido? Quizás iba siendo hora de dejar de preguntárselo. Pero de todos modos evocó su imagen, una que guardaba en su memoria de hacía

ya tantos años.

Debía reconocer que era afortunada, si es que se le podía llamar así. No se casaría con un hombre viejo y sin dientes, más bien al contrario. Su esposo, el que fuese un joven agraciado, fornido, de anchos hombros y mirada desafiante, de un perfecto gris bruñido, no podía haber cambiado tanto.

Evocó su recuerdo solo para descubrir si él pudiera encontrarse entre los jinetes que se veían en la lejanía. Buscaba unos ojos grises, unos que fueran capaces de embrujar, de un gris profundo como la niebla de las Highlands. Se relajó al entender que no estaba entre ellos.

Aunque quizás, no tenía tan fresco su rostro en su memoria y por eso no lo reconocería. Si Dios impartiera justicia, no le hubiese permitido ser tan agraciado en la edad adulta.

Se congratuló imaginando que quizás hubiera puesto tripa. Sí, un hombre gordo. Y quizás por su carácter beligerante, estuviera lleno de cicatrices. Y por qué no, puestos a tener una, que fuera en la cara. ¿Se le habría caído un ojo...?

¡Suficiente!

No podía ser tan cruel. Ella no era así.

Aunque la primera imagen le había hecho reír, las que sucedieron solo la ponían aún más nerviosa.

Intentó calmarse de nuevo y no pudo.

Seguía viendo a su prometido en su mente. Un highlander fuerte, al estar el verano en puertas, solo se envolvería con el tartán, y su piel bronceada... De pronto los jinetes los alcanzaron.

Cuando los demás guerreros llegaron a su altura y se unieron al grupo, lanzaron un par de palabras a modo de saludo. Después, empezaron una conversación rápida y fluida en un gaélico marcado que se centraba en el desprecio a los hombres McDowell de su padre.

Raven no tuvo duda de por qué querían una alianza. Los ánimos estaban demasiado caldeados entre clanes, era evidente que se fraguaba una guerra si alguien no lo remediaba. El odio entre los McDowell y los McDonald se había hecho palpable al morir Ian.

Raven lo recordó con tristeza. Con él aún vivo las cosas siempre habrían sido de otra manera. Ian tenía el don de atemorizar a su padre, ¿y por qué debería ser de otra manera? Había sido un formidable guerrero que con su sola presencia se ganaba el respeto de todo el mundo. Algunos le temían, otros lo admiraban, y después estaban los hombres como su padre, que lo envidiaban hasta la locura.

Sea como fuere, Ian McDonald era el guerrero más fiero y temible que hubiera visto jamás... y le adoraba. Una tímida sonrisa se dibujó en los labios de Raven. Si Gabriel solo fuera un poco parecido a Ian, si la tratara con el mismo respeto y afecto... Bueno, no hacía falta que la tratara con afecto, pero si basaran su unión en el respeto mutuo todo aquel despropósito, podría ser más llevadero.

—¿Qué tal está nuestro vecino McDowell? —preguntó uno de los guerreros recién llegados.

—No preguntes, Owen —dijo Liam con una sonrisa—. Es mucho mejor no tenerlo cerca, créeme.

—¿No asistirá a la boda de su propia hija?

—Dios no lo permita —añadió Callum.

Al darse cuenta de que probablemente seguirían hablando mal de su padre, Raven se atrevió a meterse en la conversación.

—Mi padre tiene asuntos más importantes de los que ocuparse.

Pudo notar las miradas de algunos de los soldados sorprendidos. No por su lengua afilada, sino tal vez por su aspecto. No le había pasado desapercibido, que ella no era lo que los hombres

McDonald esperaban. Quizás aguardaban ver a una mujer menuda con joroba y tres ojos.

Suspiró y rechinó algo entre dientes.

—Vaya, nuestra futura señora tiene lengua.

El tal Owen montaba un caballo enorme, que no parecía empequeñecerle, por lo que dedujo que ese soldado mediría más de dos metros de altura. ¡Dios mío! ¿Todos los McDonald eran tan altos y rubios?

—Sí, tengo lengua y todo lo que debo de tener. Y os agradecería que fuerais más respetuosos conmigo y con mi padre.

Los McDonald la miraron más bien reticente a creerla sincera, pues sabían de las desavenencias entre padre e hija. Así que lo achacaron más a un tema de lealtad con respecto a su clan o, mejor dicho, a su inminente antiguo clan.

—Vuestro padre os ha entregado sin preocuparse que estuvierais bien y llegarais sana y salva. Por lo que a nosotros respecta, si os hubiéramos tirado por un terraplén partiéndoos el cuello, y argumentáramos que se ha caído del caballo... ¿quién podría ponerlo en duda?

Raven abrió la boca como un pez y fue incapaz de articular sonido.

Owen y los demás hombres estallaron en carcajadas.

—¡Parad ya, brutos! —protestó Agnes—. Dejad de molestar a mi señora. Puede que no os guste que sea una McDowell, pero pronto será una McDonald. ¡Y también vuestra señora!

Todos miraron a Agnes, y la mayoría de los soldados dejaron de sonreír.

—Eso es cierto —dijo Liam—. Disculpad nuestra lengua, señora.

—Solo constatábamos el hecho de que vuestro padre parece tener asuntos más importantes que vos —dijo Owen.

Sonrió al ver que Raven no contestaba, pero de pronto alzó el mentón y preguntó:

—¿Qué asuntos retienen a mi prometido que no ha encontrado tiempo suficiente para ir en busca de su futura esposa?

Entonces escuchó algo que la enfureció aún más, la sonora carcajada de Callum acompañada por la de Liam que se golpeó la rodilla para darle más énfasis.

—¿Qué os hace tanta gracia?, ¿acaso los asuntos de mi padre son menos importantes que los de mi prometido?

Los hombres siguieron riendo sorprendidos gratamente por su carácter.

—Sin duda, Gabriel tendrá mucho trabajo para domar a esta mujer.

Raven volvió a enfurecerse.

—¿Acaso soy una yegua?

Los hombres rieron con más fuerza.

—¡Parad ya! —Agnes les lanzó una mirada colérica, y se apartó del cuerpo caliente de Callum, al que ya no le tenía tanta simpatía.

—No os ofendáis, señora. También es un hombre muy ocupado —respondió Owen sin que desapareciera la sonrisa de su rostro.

Raven sintió como si se hubiera acabado una importante discusión.

—Avancemos.

Guardaron silencio un largo trecho del camino, y cuando pensó que nadie volvería a dirigirle la palabra, Owen se puso a su lado.

—No os enfadéis. No olvidaremos darle las gracias debidamente a vuestro padre por semejante regalo.

Raven se puso tensa en su montura. ¿Hablaban de ella? Sin duda era una burla, puesto que una mujer como ella no podía ser un regalo preciado para ningún hombre.

Bufó y volteó la cara hacia otro lado. No quería seguir hablando con esos brutos.

Agachó nuevamente la cabeza bajo su fino manto que ahora había puesto sobre su cabello y avanzó tal como se le había ordenado.

Cuanto más se acercaban a la fortaleza McDonald, vio cómo las gentes salían de sus cabañas, extramuros, y se unían al camino con curiosidad.

Hombres y mujeres, lanzaban miradas curiosas hacia ella. Sin duda, escudriñaban su rostro que ella no dejó ver.

Liam sonrió complacido cuando Raven lo miró interrogante, para después guiñarle un ojo. *¡Oh! Qué hombre más extraño.* Pero Liam desapareció de su mente al divisarse la gran puerta de la fortaleza McDonald.

Ante los muros se extendían un sinnúmero de cabañas circulares de piedra gris, los techos eran de finas ramas y paja. Raven las miró con inquietud, se fijó en las gentes que salían de ellas y se agolpaban a ambos lados del camino. No estaba muy segura si para darle la bienvenida o movidos por la curiosidad de querer ver a la nueva *lady* McDonald. Se decantó por lo último y la timidez la hizo encogerse aún.

A pesar de que su cabeza permanecía baja, sus ojos volaban de un lugar a otro, observando todo cuanto la rodeaba. No dejó de observar la que pronto sería su tierra. Un pequeño riachuelo serpenteaba en la lejanía del este y pudo ver un grupo de mujeres paradas cerca del camino con cestos y ropa para lavar. Al oeste, estaba el mar que arrastraba la brisa salada que Raven disfrutó en su rostro al alzarlo levemente.

De pronto las primeras palabras llegaron a su oído y le hicieron agarrarse con más fuerza a su montura.

—¡Oh! ¡Es la fea Raven! —murmuró una mujer.

La espalda de la muchacha se irguió con espanto. ¿Iban a tratarla siempre así? Y, aún peor: ¿lo haría su esposo?

—Ya está aquí —sentenció otra haciéndose la señal de la cruz.

¡Por el amor de Dios! Era tan bien recibida como la peste.

Se sintió algo dolida, pero al ver la expresión de una mujer que la miraba horrorizada y visiblemente temerosa, le dieron ganas de reír. Una risa triste y nerviosa que apenas pudo controlar.

¿Crearían realmente que era una bruja? Aquello era muy triste.

Agachó la cabeza y dejó de sonreír. De hecho, no había nada de divertido que a una la creyeran poco más que una gorgona.

De pronto, la multitud congregada en el camino agachó la cabeza en señal de respeto. Raven miró a su alrededor a medida que avanzaban hacia la puerta de la fortaleza. Entonces localizó lo que les había hecho mostrar respeto: era el gesto fiero de Owen, quien se lo había exigido. Ahora sí sonrió agradecida. Owen era un buen hombre, como lo había sido Ian McDonald.

Al entrar al patio, una gran multitud los recibió.

No había vítores ni expresiones groseras, simplemente un silencio sepulcral que lo envolvía todo y le hacía sentirse más desgraciada.

Alzó la vista y entonces el tiempo pareció detenerse.

Los ahí congregados, dejaron de existir a excepción de... su prometido.

Gabriel McDonald estaba en lo alto de la escalera que conducía al interior del salón principal.

Raven tragó saliva. Su sola presencia le impactó tanto que se le secó la boca.

¡Oh, Dios! ¿Cómo iba a poder sobrevivir a ese hombre?

Gabriel no era el muchachito fuerte que había visto años atrás. Era un coloso de casi dos

metros de altura, con una cabellera tan rubia y larga como la suya y unos ojos... no pudo sostenerle la mirada más de un segundo, mientras él intentaba escudriñar qué habría bajo la capucha.

Debía ser pecado tener el pelo más largo que una esposa, y sin duda también era pecado ser tan hermoso. Tímidamente volvió a mirarlo. Reparó en sus ojos, parecían lanzar fuego, pero no eran rojos, sino fríos como el metal.

La expresión del guerrero la acobardó.

Siempre le había tenido miedo de niña, aunque por aquel entonces, Raven se esforzaba por aparentar ser más valiente, y no lo demostraba. Ahora no debía ser diferente.

Como antaño, encontraría la manera de enfrentarse a él, a pesar de sus temores.

Con el mentón fuertemente apretado y las manos cerradas formando un puño, Raven se propuso enfrentarlo. Alzó la mirada y pudo notar su ira y su desprecio.

Sin duda no era una actitud para recibir a su futura esposa.

Resopló como un toro enfurecido, un sonido ciertamente poco femenino que no hizo más que aumentar la atención en ella. Alzó el mentón y vio cómo su prometido se las arreglaba con su semblante, para no hacerla sentir bienvenida.

En ese momento, Raven decidió odiarlo.



Cuando Murdock le avisó de la llegada de su prometida, Gabriel tuvo ganas de gritar.

El malnacido de Quinlan había ganado.

Sus clanes se unirían en una alianza que el actual *laird* McDonald no había pedido ni deseado. Pero una cosa estaba clara, pasase lo que pasase, jamás rehusaría cumplir una promesa, aunque hubiera hecho lo imposible por retrasar su ejecución. Quebrantar un juramento haría una muesca en el honor intacto de la familia y serviría para que las otras alianzas se rompieran y el deshonor entrara en su casa por primera vez desde el nacimiento del clan.

Por otra parte, Gabriel sabía que no podía culpar a Raven de la muerte de su padre, ¿qué podría saber aquella muchacha de ello?, ¿qué sabría ella en concreto de esa muerte que aún le causaba tanto dolor? Los fantasmas de Gabriel le susurraban al oído que quizás más de lo que él creía.

Ella era hija de quien era. Quizás podría haber oído cosas, saber algo que a él le sirviera para verificar lo que su corazón intuía desde hacía tanto tiempo: que su padre había sido asesinado.

Fuera como fuese, era otro de los motivos por el que no la quería cerca.

Yacer con su enemiga, hacer el amor a una mujer que pertenecía a un clan que había ordenado asesinar a su padre, era simplemente insoportable. Pero su madre, Mairy McDonald, no sospechaba nada de todo aquello. Para ella, Raven sería la nuera perfecta. Lástima que Gabriel pensara que sería todo menos la esposa perfecta.

Se quedó esperando en lo alto de las escaleras a que Raven desmontara.

Debería acudir en su busca y ayudarla, pero no lo hizo, estaba muy concentrado en ocultar todo el desprecio y la rabia que sentía hacia los McDowell.

Si Gabriel conocía a Raven y creía conocerla muy bien, le haría la vida imposible inducida por su padre. Y aunque la niña torpe y nada agraciada no era lo suficientemente lista como para cumplir las órdenes de su progenitor, tampoco importaba, el hecho de mantenerla a su lado, como la señora de los McDonald, ya era desagradable y ofensa suficiente.

Deseaba odiar a su hija tanto como odiaba a Quinlan, aunque sabía que aquello no era del todo justo.

A regañadientes, tuvo que admitir odiar a Raven y no le resultaba fácil, tenerle algo de ojeriza, sí, pero el odio era un sentimiento demasiado fuerte que solo reservaba a los asesinos y traidores a su clan. Y ella aún no había decidido si lo era.

Lo que si tenía claro es que su padre, Ian McDonald, adoraba a esa niña.

Cerró los ojos por un momento y pudo escuchar la voz de su padre alabando a la niña, había crecido con esas palabras. Cuando los abrió, observó a la mujer; Raven avanzaba muy lentamente, con la cabeza cubierta por el mando de los McDowell. Unos colores que no tardaría mucho en quitarle de encima.

Su rostro estaba oculto bajo una capucha y por más que mirara no podía ver bien si esa mujer se parecía al recuerdo que tenía de la niña que en su día fue Raven, la cuervo. De momento su figura alta y estilizada, poco tenía que ver con la niña regordeta que fue antaño.

—Gabriel —Mairy de pronto apareció a su lado y pronunció su nombre de manera dulce, intentando llamar su atención—, ve a buscarla.

Sus palabras eran un apremio para que su hijo descendiera los escalones y le diera la bienvenida a su nuevo hogar.

Mairy no pudo menos que congratularse por las trampas del destino. La muchacha ya estaba allí

y ya todo sería como Ian había planeado.

La mujer adoraba aquella niña, y la había escogido junto a su esposo, para que entrara en la familia, sin duda con Raven a su lado, Gabriel tendría un gran apoyo. Rowyn, en cambio... esa mujer hubiera traído la ruina a su gente. Y, no obstante, su hijo la prefería a la que finalmente era su prometida. Meneó la cabeza con disgusto, ya se daría cuenta de su error.

Los grandes escalones de piedra que separaban el patio del salón daban una vista privilegiada para observar todo lo que sucedía allí.

Desde las alturas la bella mujer sonrió a Raven que, tímida, seguía escondiéndose del mundo.

—Gracias —dijo mirando al cielo, no sabiendo a qué mano protectora agradecer ese milagro, si al mismo Dios o su esposo, que velaba por ellos desde las alturas.

Observó la reacción de su hijo, tan inescrutable como siempre, pero con un cierto brillo de impaciencia en la mirada.

Liam se encaminó, no hacia su *laird*, como debería, sino hacia la mujer que había cabalgado con él. La ayudó a avanzar agarrándola por el codo cuando vio que sus rodillas parecían fallarle después del no tan largo viaje.

Raven se vio rodeada por gente extraña que no conocía, guerreros bárbaros con gestos huraños y, sobre todo, se vio cohibida por la fuerza que había en ese rostro que parecía estar esculpido en piedra.

Gabriel no hizo ademán de acercarse a ella una vez bajó los peldaños, y ella no se asombró en absoluto de ese hecho.

Lo miró fugazmente como si no quisiera demorarse en semejante espectáculo.

Junto a él, un hombre de barba rojiza la miraba con expectación. No era un anciano, aunque seguramente había vivido más que todos aquellos jóvenes guerreros. Cuando vio lanzarle una mirada a Mairy y ella le respondió con una sonrisa, se dijo que, a pesar de la actitud superior y el ceño fruncido, el maduro guerrero le caería bien.

Cuando los pies de ella parecieron tropezar con una piedra imaginaria, Owen la flanqueó por el otro costado y la agarró de la cintura dispuesto a no dejarla caer. Ante aquel gesto y las escoltas que dos de sus mejores hombres le daban a Raven, Gabriel por fin pareció reaccionar.

Owen soltó su talle y se apartó esperando que Gabriel hablara. No obstante, el señor de la fortaleza no dijo ni una sola palabra cuando llegó a su lado.

Raven notó esos ojos grises sobre ella.

Era alto y tendría que levantar la cabeza si quería mirarle a la cara. Intimidada hubiera sido una buena palabra para describir cómo se sentía en esos momentos. Un escalofrío recorrió su columna y se sintió estremecer. Y aunque era lo suficientemente sincera consigo misma para aceptar que tenía miedo, también era bastante orgullosa como para no aparentarlo.

Levantó el mentón como solía hacerlo de niña y lo fulminó con sus grandes ojos pardos.

Gabriel escudriñó aquel rostro todavía poco visible y ella sintió deseos de que viera que, la mujer con quien iba a casarse, era exactamente la misma de antaño.

Con dedos apenas inseguros, ella descubrió su rostro, echando hacia atrás la fina capucha de lana. Clavó su mirada en los ojos grises con los que tantas noches había soñado.

—Gabriel —su voz apenas fue un susurro mientras sacaba valor para sostenerle la mirada.

Pudo ver la reacción de él cuando su cabello color miel se desparramó sobre su espalda, dejándola por primera vez expuesta a los ojos de todos.

Hubo un murmullo que no tardó en convertirse en un gemido de asombro.

Gabriel no supo cómo reaccionar y ni siquiera se molestó en ocultar su sorpresa. Abrió los ojos desmesuradamente, para luego entrecerrarlos.

—¿Raven?

Ella hizo una leve reverencia e inclinó la cabeza por un instante, para luego volver a enfrentarle.

—¿Gabriel?

Gabriel simplemente no podía creerlo.

Por el rabillo del ojo vio cómo Liam y Owen que se habían apartado de ella se daban codazos entre sí. Claramente divertidos por la reacción del *laird*.

La voz de la muchacha no se escuchaba tímida ni débil y Gabriel lo agradeció. Respiró hondo y se dijo que seguramente sus ojos le engañaban.

Bajo la fina capa oscura asomaron unas vestimentas de un burdo tejido marrón. No, no eran sus ropas que le daban ese brillo a la muchacha.

Los ojos de ella eran de un oscuro color pardo y su cabello... pura perfección. Las hebras de su pelo se derramaron sobre sus pechos. Pechos que, por otra parte, no recordaba que ella tuviera. Instintivamente, Gabriel dio un paso atrás y sus guerreros no pudieron aguantarse una carcajada, que él pronto cortó con una mirada severa.

Tragó saliva como si aquello pudiera ayudarle a hablar.

La capa se había abierto sobre su cuerpo, un cuerpo que antaño estuvo abultado con formas que no podían llamarse femeninas. Ahora era redondeado en los lugares que Gabriel consideraba que lo estaban las mujeres hermosas.

Los dioses habían sido generosos con aquella mujer. Sus caderas ciertamente eran plenas y redondeadas. Gabriel se descubrió queriendo explorarla mejor. ¿Sería cierto lo que veían sus ojos? Su cintura no era ciertamente estrecha, pero lo que llamó más su atención eran sus pechos, generosos y altos.

—Por Dios —a Gabriel se le escapó un juramento.

El que fuera un perro lanudo deforme se había convertido en un bello lobo pardo, ¿qué no podía ocurrir en esa vida?

Raven estaba tan ofendida por el escrutinio, pero no pudo menos que hacer lo mismo con él. Cuando Gabriel se percató de la verificación, enarcó una ceja dorada.

Raven alzó el mentón, y retrocedió un paso para observarlo mejor, con el mismo detenimiento con que él la había observado. Su cuerpo se inundó de calor al percatarse de que era pura perfección.

Había sido demasiado niña para comprender que atraía tanto de Gabriel a su hermana mayor, y a todas las muchachas en general. Quizás Rowyn sí había sabido apreciar la clase de cosas que aquel hombre estaba predestinado a hacerle a una mujer. Sin lugar a duda, Rowyn hubiera gritado de placer nada más ver el hombre en que se había convertido Gabriel McDonald. Su torso era mucho más amplio que antes, sus brazos más fuertes y el mentón seguía destilando arrogancia.

Raven tragó saliva. El viento de las Highlands no parecía amedrentar a su prometido. Sin duda podría asfixiarla entre aquellos brazos musculosos, cubiertos tan solo por un brazalete de cuero. Un pectoral con escaso vello rubio se dejaba ver perfectamente, mientras el otro permanecía oculto cruzado por la suave tela de su manto. Raven se sonrojó al preguntarse si sería suave al tacto.

En ese momento sus mejillas se encendieron y bajó la cabeza azorada.

—Bienvenida.

Ella no supo cómo reaccionar ante esa palabra.

Se había imaginado infinidad de veces aquel encuentro y el desarrollo de la acción de manera pacífica no estaba entre ellas.

Raven inconscientemente inclinó la cabeza a modo de saludo para después alzarla y clavar su mirada en aquellos ojos grises.

—No puedo creer... —Se paró al perderse él también en la mirada de Raven.

—¿Qué no puedes creer? —preguntó poniéndose alerta.

Pero al ver a la diminuta persona que se acercaba tras la espalda del *laird*, esbozó una sonrisa que petrificó aún más a McDonald.

«¡Dos hoyuelos!» pensó Gabriel. Ella tenía dos hoyuelos enmarcando un suave par de labios rosados que dejaban entrever fuertes dientes blancos como perlas. La sonrisa se hizo más ancha y las inestables cavidades más profundas. Esa visión era mucho más turbadora de lo que se atrevía admitir. El deseo que le invadió el cuerpo lo dejó asombrado tanto, que no se percató que su madre se colocaba a su lado para dar la bienvenida a su futura nuera.

Mairy interrumpió el escrutinio de su hijo para asegurarse de que Raven fuese bien atendida y se sintiera cómoda. No había pasado por alto las miradas de los dos jóvenes, pero tampoco el tono de las últimas palabras. El fuego prendería pronto entre ellos, y más de una batalla estaba por librarse.

—Hija mía, bienvenida.

—*Lady Mairy*.

Raven hizo una reverencia, pero la madre de Gabriel extendió los brazos hacia delante y ella se adelantó para que pudiera abrazarla.

—Ya era hora de que llegaras, querida. —Se abrazaron sonrientes y con verdadero afecto.

—Gracias por recibirme, me complace que os encontréis bien de salud.

Mairy le besó dulcemente la mejilla, mientras intentaba contener las lágrimas.

Gabriel notó que su madre no parecía nada sorprendida del aspecto de Raven. Ella ya sabía en qué bella joven se había convertido. Apretó los dientes sintiéndose herido por el silencio de su progenitora respecto a ese tema.

—Supongo que no hace mucho que os visteis.

—Hace muchísimo —le dijo Mairy a su hijo—, casi han pasado cinco meses desde los juegos de invierno.

—¡Por Dios! —No quería blasfemar, pero entendió que su madre y Raven se habían estado comunicando muy seguido.

Raven se sintió feliz de encontrar una cara amiga. Mary McDonald siempre había sido amable con ella, tanto como lo había sido su marido y mezquino su hijo. Cuando sintió que le cogía la mano no pudo dejar de sonreír. Pensó que se la llevaría de allí y sería ella quien la instalaría en su nuevo hogar, pero se equivocó.

Con una sonrisa aún en los labios, Mairy McDonald agarró la mano de Gabriel y antes de que pudieran darse cuenta unió ambas manos bajo el asombro de los dos prometidos.

El contacto de esas manos unidas hizo que el vello de Raven se erizara y que la piel de Gabriel ardiera por un instante.

—¿Hijo?

Su madre le llamó la atención, pero a él le costó arrancar la mirada de las manos unidas. Se dio cuenta que a ella le había pasado lo mismo.

—¿Sí?

—¿No la presentas a tu gente? —Su tono era dulce y sumiso para que no pudiera negarse, él lo sabía bien. Si alguien era experta en el arte de manipular, esa era su madre.

Raven tragó saliva, no querían verlos murmurar nuevamente sobre ella, pero mientras pensaba en ello, Mairy agarró su capa McDowell y se la arrebató, dejándola expuesta a todas las miradas.

Aunque Raven miró a Mairy sorprendida, Gabriel asintió con aprobación.

Agarró fuertemente la mano de su futura esposa y subieron hacia la entrada del salón. La subida fue tan vigorosa que Raven se vio literalmente arrastrada tras su figura masculina.

Cuando se detuvieron en lo alto, Gabriel la hizo volverse. La mantuvo a su lado para afrontar la multitud que se había congregado bajo sus pies.

Raven notó al menos cien pares de ojos que la contemplaban vivazmente.

Liam y Callum estaban junto a los caballos que no habían sido retirados del patio, Agnes la miraba sonriente, como si ella fuera una aparición. Murdock y Owen lo flanqueaban, pero lo que más perturbó a Raven, no fue ser el centro de atención del clan, sino sus sonrisas. Los guerreros sonreían y eso era... inquietante.

Gabriel gritó unas palabras con un acento tan cerrado que apenas las entendió.

Estaba tan nerviosa, que tiempo después, solo recuperaría retales de memoria de lo vivido en aquellos momentos, pero si algo no olvidaría mientras viviera fue lo que sucedió a continuación, a pesar de que todo pensamiento coherente la abandonara.

—Mi futura esposa, bienvenida.

Pensó que debería inclinarse y saludar al clan, pero le fue imposible. Antes de que pudiera hacerlo, Gabriel McDonald fue quien se inclinó sobre ella.

Raven contuvo la respiración al verlo tan cerca, pero fue incapaz de moverse. Mientras Gabriel agarraba fuertemente su mentón, la acercó a su boca para besarla como jamás nadie lo había hecho.

Como hechizada, sus ojos se agrandaron al notar el tacto de unos sedosos labios sobre los suyos. Con una presión débil pero constante, él la besó.

Ni siquiera se planteó rechazarlo, hacer algo así era imposible.

Los ojos de Raven se entrecerraron y decidió rápidamente que aquello era demasiado bueno como para perderselo. Moviéndose tímidamente sus labios bajo los de Gabriel y juraría que notó la sorpresa de él.

La sensación era mucho más agradable de lo que hubiera podido imaginarse nunca, pero cuando Raven notó el roce de su lengua un rayo pareció fulminarla. No pudo moverse, solo sentir... sentir el dulce roce de su lengua acariciando la suya de manera húmeda e insistente.

Aunque jamás se hubiera imaginado que un hombre besara así, Raven llegó a la conclusión de que no era nada desagradable, al contrario, era una sensación tan placentera que se le olvidó respirar. Se le doblaron las rodillas, pero no cayó, las fuertes manos de Gabriel la sujetaron por los hombros, atrayéndola al tiempo contra su pecho y aplastándola con escasa delicadeza contra su torso semidesnudo.

Iba a desmayarse, no le cabía duda.

Pero con la misma brusquedad con que empezó el beso, este terminó.

Cuando Gabriel se obligó a apartarse de ella, el deseo lo consumía. Observó los ojos vidriosos de la muchacha y sonrió con descarada satisfacción.

Raven también se percató de su estado, sabía que tenía las mejillas encendidas y le costaba respirar. Lo miraba a través de lo que parecía una bruma. Y apenas pudo darse cuenta de que los hombres y mujeres que aguardaban a sus pies vitoreaban.

Entonces las mejillas se encendieron aún más. ¡Qué vergüenza!

Gabriel tenía ganas de volver a besarla.

Raven tenía ganas de abrirle la cabeza.

Cuando entraron en el salón Raven estaba furiosa.

¿Era eso lo que le esperaba una vez fuera la señora?, ¿que él la tratara como si fuera de su propiedad? Había sido algo humillante, una humillación bastante pública, añadiría. Pero ¿qué debía esperar de Gabriel McDonald? Sin duda no podía gustarle a semejante bárbaro insensible, entonces, ¿por qué la había besado?

Raven entrecerró los ojos.

La respuesta era evidente: para demostrarle que era él quien mandaba.

—Arrogante —murmuró para sí, pero Agnes que corrió a su lado al entrar en el salón la escuchó.

—¿Ha sido un buen beso, mi señora?

—¡Agnes!

—Desde abajo, así nos lo ha parecido.

Raven cerró los ojos y se concentró en aplacar su enfado.

—Nada del otro mundo.

¿Cómo podía decirle que cuando él la había besado se había olvidado de dónde estaba, y hasta se había vuelto sorda? Pues, desde luego, debía estarlo para darse cuenta de los ensordecedores vítores de los McDonald.

—¿Eso significará que me aceptan?

Agnes la miró interrogante.

—¿El qué?

—Los vítores.

—¡Oh! Sí, yo creo que sí, o bien que el *laird* besa muy bien.

—¡No besa bien!

Se arrepintió de haber alzado la voz, porque al instante Agnes se tapó la boca para ocultar su sonrisa y se retiró unos pasos, quedando bajo la mirada de varios hombres y mujeres del clan que abarrotaban el salón.

—¿No beso bien, querida?

Ella volvió a ponerse del color de la grana, cuando Gabriel le ofreció su brazo, y la arrastró hacia la mesa que se había montado para la cena.

Qué arrogante era. Raven suspiró. La estaba exhibiendo, sin lugar a duda. Ella buscó ayuda en Agnes, pero esta estaba riendo con *laidy* Mairy, que se divertía tanto como su doncella.

No le extrañaba que la exhibiera, ella no sería más que una propiedad más del *laird* McDonald. Una propiedad no deseada, pero a la que seguramente le gustaría poseer y humillar. Apretó los puños y sintió cómo el enfado iba creciendo en su interior.

Gabriel no había cambiado tanto en el fondo, le despertaba los mismos sentimientos que antaño. Bueno... quizás añadiría algunos nuevos... Pero ahora no quería pensar en su beso.

Raven apretó los puños con fuerza y dejó caer sus brazos a los costados. Al dejar de sentir su tacto en el brazo, Gabriel la miró.

Intensamente.

Raven podía sentir sus ojos clavados en ella, escudriñando su rostro y cada palmo de su cuerpo.

Ofendida, alzó el mentón y lo encaró.

Cuando sus miradas se cruzaron, Gabriel le sonrió. Una sonrisa ladeada, llena de orgullo y

soberbia, o así lo interpretó ella.

—Te has convertido en una joven hermosa.

Enarcó una ceja ante las palabras que pronunció su prometido, no sabiendo si debía considerarlas sinceras o no.

¡Por supuesto que no! Él preferiría comer tierra antes que dedicarle una palabra amable.

Raven apartó la mirada y mantuvo el mentón alzado.

Liam batió las mandíbulas riendo groseramente al ver su gesto. Gabriel lo reprendió con la mirada y con las manos alzadas el guerrero aguardó frente a uno de los bancos dispuestos alrededor de la mesa.

Sin duda estaban esperando que ellos dos se sentaran, para poder hacerlo los demás.

—Sentémonos —dijo Gabriel sin más.

Él le tendió el brazo y Raven dubitativa puso una mano sobre la que Gabriel le ofrecía.

Le siguió unos metros hasta la cabecera de la mesa, y la hizo sentarse a su derecha, después una docena de hombres y mujeres también lo hicieron.

Su madre tomó asiento a la izquierda, y Raven agradeció tener enfrente a una cara amiga.

—No debes temernos, somos buena gente. Ya lo verás —le dijo inclinándose un poco hacia delante—. Todos van a quererte, tanto como yo y mi difunto esposo.

—Gracias. —Sí, ellos la querían. Sin esperarlo, sus ojos se inundaron de lágrimas. Y parpadeó para disiparlas antes de que cayeran—. Me haré merecedora de ese afecto.

—Ya lo eres, querida.

De reojo, miró a Gabriel, que más serio hablaba con Liam y Callum, seguramente de cómo había transcurrido el viaje.

Frente a ella se sirvió un gran banquete y a medida que pasaba la tarde, los hombres se iban achispando más, y las mujeres subían el tono de sus risas.

En algún momento se escucharon los nuevos vítores y aplausos.

Sus mejillas se tiñeron de rojo, pero eso no hizo que agachara la cabeza, asintió en señal de gratitud, e hizo una imperceptible reverencia a los que pronto se convertirían en su gente.

Súbitamente, sintió el contacto de la mano de Gabriel sobre la suya que tenía apoyada en la mesa. Los ojos de Raven se abrieron desmesuradamente, ¿qué pretendía?, ¿otro beso? Sí, eso era exactamente lo que quería. Ese hombre, siempre queriendo imponer su maldita voluntad. Y a pesar de saberlo no podía negarse. Todos la estaban mirando. Pero esta vez cuando los labios de Gabriel se apoderaron de los suyos, ella se quedó rígida y no respondió como antes. Esta vez ya estaba prevenida. Él solo quería ridiculizarla ante todos y no se lo iba a poner fácil.

Se apartó apenas unos segundos después y ella pudo ver cómo sus ojos grises se entrecerraban. Entonces el *laird* le dedicó una radiante sonrisa ladina.

«Ríete, que bien te haré llorar», se dijo ella para sí.

No iba a doblegarse tan fácilmente a la voluntad de ese hombre. No importaba cuantas serpientes le metiera en el vestido, si se había creído que la pequeña Raven había cambiado se equivocaba.

A su alrededor había una actividad frenética.

—Ahora que ya estás llena... Ven, te presentaré a algunos de mis hombres —dijo Gabriel poniéndose en pie.

Raven vaciló, pero al ver la cara suplicante de Mairy, enseguida aceptó conocer a sus guerreros.

Pequeños grupos se arremolinaban por todo el salón, no solo en la mesa principal. Raven podía escuchar sus conversaciones, algunas a media voz y otras entre estridentes carcajadas.

Todos parecían contentos con su llegada o al menos por tener algo que celebrar. No solo se encontraban allí los guerreros de Gabriel, sino que estos iban acompañados de sus esposas, algunas damas con vestidos más lujosos de los que ella había visto jamás.

Mientras Gabriel la presentaba al primer grupo de gente, ella notó la presencia reconfortante de Mairy a su lado, que sin que ella dijera nada le apretó con cariño la mano. Un gesto que agradeció y le dio fuerzas.

La mujer la miraba amorosamente y le susurraba algunas palabras añadiendo algunos comentarios a las presentaciones que hacía su hijo.

Murdock, el viejo consejero de Gabriel, fue el primero en ser presentado y se mantuvo al lado de Mairy, como si la escoltara. Aunque lo que realmente pensaba Raven es que no quería perderse ningún detalle de sus primeros pasos entre los McDonald.

Owen, Liam y Callum estaban en el pequeño grupo al que se dirigían. No había mujeres en él, así que dedujo que los grandes guerreros de Gabriel aún no habían formado una familia.

Raven miró a los hombres entrecerrando los ojos al escuchar algunas de las palabras que estaban intercambiando. Comentarios que, si bien no eran groseros, podrían definirse como una carencia imperdonable de moral. Suspiró y Gabriel capturó su mirada como si la reprendiera por su expresión. Ella se limitó a enarcar una ceja.

—¿Qué?

La tensión parecía que iba en aumento entre ambos, pero allí estaba *lady* McDonald para solucionar cualquier percance que pudiera acontecer.

—Este es el salón principal y estos son los mejores guerreros de Gabriel, a los que encomienda las misiones que son de más valor para mi hijo, como el traerte aquí.

—Por supuesto.

Raven dudaba que para Gabriel fuera una misión de valor traerla sana y salva. Estaba convencida de que si hubiera llegado metida en un saco, en el carro de abono de un campesino, le hubiera sido igual. Al fin y al cabo, lo que importaba era tenerla allí para poder casarse con ella y que la alianza por fin se consolidara con su matrimonio ante los ojos del rey.

Mientras Mairy seguía hablándole, Raven pudo relajarse un poco y olvidar la intensa mirada de Gabriel que ahora hablaba con sus hombres. La voz de Mairy animaba a que ella se sintiera más a gusto. Era imposible no contagiarse del buen humor de la mujer. No obstante, la sonrisa de Raven desaparecía al notar que el bárbaro la estaba mirando, o más bien vigilando. Dispuesta a ignorar por completo a su prometido, centró toda su atención en Mairy, pero solo hasta que sintió cómo la mano de su prometido rodeaba su cintura y la acercaba a él para presentarla formalmente a sus guerreros.

Al notar la tensión en Raven, Gabriel había dejado de sonreír. Había vuelto a usar la máscara imperturbable de siempre.

—Déjame presentarte a mis guerreros más leales.

—Creo que ya nos hemos conocido en el camino.

Owen se inclinó ante ella.

—Owen es el mayor del grupo, por eso me fío de su experiencia y es uno de mis consejeros, junto a Murdock. —El guerrero tenía un largo pelo rubio y aunque más bajo que los demás, su musculatura dejaba entender que era un formidable guerrero.

—Mi señora. —El que habló fue Liam. Parecía el más joven, de pelo castaño claro, más alto que los demás hombres, pero también más serio, a pesar de que le había visto reír a carcajadas ante su incomodidad.

—Mi primo Liam pronto nos dejará para ocuparse de su propio clan. Solo ha pasado con



nosotros este invierno para terminar su formación y aprender algo de lucha cuerpo a cuerpo, además de la importancia que se le debe dar al ganado.

Por la sonrisa enigmática que los dos hombres se dedicaron, Raven pensó que en esas palabras había segundas intenciones.

Callum era el más alto de todos y algo le decía que el más inteligente de todos.

—Bienvenida, Rowen McDowell —dijo Callum—, esperamos que se sienta a gusto en su nuevo hogar y que pronto podamos llamarla *lady* McDonald.

Ella asintió forzando una sonrisa en el rostro, a pesar del nerviosismo. La madre de Gabriel entró en la conversación:

—Deseo de todo corazón que tus palabras se cumplan pronto, Callum.

—Estamos todos impacientes de que se celebre la boda.

Raven y Gabriel permanecieron en silencio, mirándose de reojo. Sin duda, los dos sabían que esta era inminente.

—Las amonestaciones están hechas, ¿me equivoco? —dijo ella esperando que alguien le aclarara cuándo se convertiría en una mujer casada. Supuso que en unas tres semanas. Por eso, casi se le para el corazón cuando Gabriel la sacó de su error.

—Hace dos semanas, por eso mañana nos casaremos.

—¿Cómo? —Raven se apartó alejándose del contacto de su brazo.

Mairy se quedó en silencio, al igual que los demás guerreros del grupo. Miraban a los prometidos como si estuvieran esperando el inicio de la batalla en cualquier momento.

—Mañana —repitió Gabriel secamente—. No me digáis que vuestro defecto es la sordera.

Raven abrió la boca indignada.

—No soy sorda.

—¡Bien por vos!

Mairy se llevó una mano a la frente y Murdock le puso una mano sobre el hombro por si fuera a desmayarse.

—¿Siempre serán así? —murmuró la mujer sofocada.

—Creo que están siendo diplomáticos. Cuando tengan hijos, las paredes de esta fortaleza caerá sobre nosotros a causa de sus alaridos.

Mairy respiró hondo y espero que la pareja se apaciguara.

No parecía que aquello pasara pronto.

—Mañana es muy pronto.

—Vaya, ¿creéis al igual que yo que hemos tenido un noviazgo muy corto? Haberlo dicho.

«De acuerdo», pensó Raven. Se estaba burlando abiertamente de ella.

—¿Nueve años os parece un noviazgo corto?

Los ojos de Gabriel se clavaron en los de ella y se acercó tanto que la punta de sus pies se tocaron y ella tuvo que estirar el cuello para verle la cara.

—Si por mí fuera, ¿os digo cuándo me gustaría casarme con vos?

—Bueno, creo... que Raven ha hecho un viaje muy largo y que es más que seguro que quiera descansar. —Mairy la agarró del brazo y miró a su hijo suplicante—. Será mejor que nos retiremos a nuestros aposentos.

Hubo un silencio sepulcral en el grupo. Los guerreros bebían de sus copas y los observaban por encima de la copa. Algunos, decepcionados de que *lady* Mairy hubiera tomado cartas en el asunto.

—Sí, llévatela, madre, que descanse para mañana. El día de su boda.

Raven volvió a rebelarse.

—Sigo creyendo que es demasiado pronto —dijo Raven que no pensaba moverse de allí hasta que se cambiara la fecha para más adelante. No estaba preparada. Acababa de llegar y no podía pretender que se acostumbraran el uno al otro en un día.

—Yo sigo creyendo que no.

—Os equivocáis.

—¿En serio creéis que me equivoco? —preguntó molesto.

—Completamente.

Mairy dejó el brazo de Raven, totalmente convencida de que había perdido la batalla de querer retirarla de la refriega con Gabriel.

Raven sabía que muchos ojos la miraban y que ciertamente muchos oídos estaban pendientes de ellos dos. Además, también sabía que no debía ofender a su futuro esposo ante sus hombres. Pero sería mejor que aprendiera a que no le iba a ser tan fácil acallar su lengua.

—Eso crees, ¿verdad? —Gabriel habló con los dientes apretados.

—Eso creo, de lo contrario no lo habría dicho.

—De ahora en adelante, quizás quisieras frenar tus opiniones antes de que yo os diga cómo serán las cosas.

—¿En serio? —preguntó ella fingiéndose sorprendida. Entrecerró los ojos y sus palabras fueron pronunciadas con el mismo tono escéptico con que él le había preguntado anteriormente—. ¿Creéis que es mejor que espere a saber cuál es vuestra opinión para expresar la mía?

—Bueno... han abierto una nueva bota de *whisky*, creo que podríamos degustar un dedal de él, ¿no crees, querida? —El intento de Mairy para cambiar de tema fue totalmente inútil.

Los guerreros miraron a Mairy meneando la cabeza. No iban a moverse de allí y perderse todo el espectáculo que estaba transcurriendo justo delante de sus narices.

—Quizás simplemente queráis no expresar vuestra opinión si los hechos no pueden cambiarse.

—En este caso me dais la razón, porque al expresarla ciertamente van a cambiar los hechos.

—¿Lo creéis realmente?

—Oh, mi señor, estoy convencida de ello.

Se miraron tan intensamente que Mairy pensó que saltarían chispas de los ojos de ambos. Apenas estaban separados por un soplo de aire.

—Repetiré mi orden, de que os guardéis las vuestras si estas no se asemejan a las mías.

Raven soltó una media carcajada totalmente falsa.

—Creo que eso no va a ocurrir. Lamentablemente para vos, soy una mujer que suele decir lo que piensa.

El silencio imperó en el pequeño grupo y eso captó la atención de las personas que estaban a su alrededor.

—Quizás es un mal hábito que debáis dominar... por vuestro bien.

—¿Expresar mi opinión?, ¿un mal hábito?

—Llamadlo como queráis, pero se espera de la señora de un clan que guarde el debido respeto a su marido y señor.

—¿Aunque él esté equivocado?

—¿Creéis en serio que me equivoco alguna vez?

Ahora el silencio se iba extendiendo por el salón.

—¡Lo sabía! Sois un arrogante. Ya lo erais de pequeño y lo seguís siendo ahora de adulto. ¿Creéis en serio que he pensado alguna vez que tuvierais razón en algo, Gabriel McDonald?

Él gruñó.

Iba a estrangular a esa mujer.

—Por vuestro bien, espero que lo creáis ciegamente —le respondió.

Visiblemente molesta y con los labios apretados, decidió dejar de hablarle con familiaridad y poner distancia. Dejó claro el motivo de la disputa y cuál era su parecer.

—Mi padre no ha venido para el enlace, creo poder decir que la celebración no será tan pronto y que las amonestaciones...

—La boda... será... ¡Mañana! —Cada palabra fue dicha en un tono mucho más alto que la anterior.

Raven cerró los ojos, no creyéndose capaz de seguir aguantando a ese zoquete. De pronto, Gabriel hizo algo que ella no esperaba. Se inclinó hasta rozarle el oído con sus labios. Como si quisiera susurrarle un secreto. Palabras solo destinadas a ella y no al público que les estaba observando, disfrutando de cada detalle de su encuentro.

El tono apenas fue el aleteo de una mariposa, pero era tan beligerante como cualquiera de sus anteriores gritos.

—Mañana seréis mía. —Ella contuvo el aliento ante sus susurros—. Lo seréis casada o no. Aunque preferiblemente para no disgustar a mi madre, os ruego que aceptéis la boda en la capilla.

Raven apretó los dientes y los puños, pero no retrocedió. Jamás retrocedería.

—Eres...

Antes de que pudiera terminar de hablar, notó cómo la mano de él se apretaba contra su brazo.

—Con o sin vuestro padre —siguió susurrando—, con o sin vuestro consentimiento, seréis mi esposa. A partir de mañana, compartiréis cada una de mis opiniones y mi... cama.

Las mejillas de Raven ardieron, no de vergüenza, sino de rabia.

Cerró los ojos viendo cómo su vientre se calentaba y perdida completamente la paciencia.

Abrió la boca al mismo tiempo que lo miró con furia, pero antes de empezar a gritar, Murrock fue más rápido.

—¡Mi señora! *Lady Mairy* está cansada, y antes de retirarse, le rogaría le dejara acomodarla en sus aposentos.

Raven cerró lentamente la boca sin dejar de mirar a su odioso prometido.

—Será un placer retirarme ahora.

Gabriel le sonrió con descaro.

—Que pases buena noche.

—¡Odioso engendro!

Raven subió los peldaños de la escalera que le llevarían a la galería del primer piso. Allí donde media hora antes su futura suegra le había enseñado dónde pasaría la noche. Después de bajar con Agnes a por algunos enseres que necesitaría, como el camisón, Raven había vuelto a estallar de ira.

Se dio la vuelta en medio del pasillo mal iluminado y miró a su doncella.

—No te rías.

Agnes se rio aún más fuerte por el enfado de su señora, y no era para menos.

Los cabellos de Raven se habían soltado de sus trenzas y parecía una loca anciana perdida en el bosque. Al menos estaba limpia, pues había podido lavarse y quitarse el polvo del camino.

—¿No te parece un hombre odioso?

—Un hombre odioso y muy guapo.

Raven la miró sorprendida.

—¿Crees que es guapo?

—¡Por Dios! ¿Nuestro señor os ha dado ojos? Por supuesto que es guapo. Todos aquí parecen serlo, unos gigantes rubios, con unos ojos...

—Puede que sean guapos y rubios, pero me da que a ti quien te gusta es el moreno.

Agnes chasqueó la lengua cuando ahora era su señora, la que se burlaba de ella.

—Bueno, una tiene sus predilecciones.

—¿Qué tal ha sido el viaje entre los brazos de Callum?

La muchacha estaba mucho más parlanchina y animada que ella. Para Agnes haber llegado a tierras McDonald era casi una bendición. Y es que Raven empezaba a sospechar que aquel lugar era muy diferente de las tierras McDowell. Allí la gente parecía sonreír más y divertirse. Aunque no sabía si ella podría hacerlo si iba a casarse con ese bruto.

—Buenas noches.

La voz masculina que llegó desde la oscuridad le hizo dar un respingo. Agnes se apretó contra la puerta, pero sonrió al ver que se trataba de su nuevo señor.

—Solo he venido a daros las buenas noches, espero disfrutéis de esta última noche como mi prometida.

Agnes miró a Raven que intentó agarrarla por el codo para que no se fuera, pero la doncella entró en la habitación con una risita bailando en el aire y cerró la puerta dejándolos solos en el pasillo en penumbra.

—Qué amable sois —dijo en un tono sarcástico, que ya empezaba a ser habitual en ella.

Él se dejó ver a la luz de la antorcha que crepitaba en la pared.

Se acercó y Raven se obligó a permanecer quieta y a no retroceder, aunque todos sus sentidos le decían que huyera de allí.

Se compuso el alborotado cabello y carraspeó. Eso hizo aparecer una sonrisa en los labios plenos del guerrero.

Sus ojos grises la miraron fijamente.

Nerviosa, apartó la mirada. Cobarde. Volvió a alzar la vista y esta vez sí sostuvo la mirada del *laird*.

Sus ojos la quemaban.

Raven los sintió recorrer su cuerpo y eso hizo que sus palmas sudaran y se le secara la boca.

Estaba tan cerca que podía olerle. ¿Cómo podría haberse imaginado que ese palurdo habría cambiado a mejor en todos esos años? Seguía siendo el mismo muchacho insufrible y déspota de siempre.

—Habéis venido a darme las buenas noches, y como ya lo habéis hecho, os agradecería... ¿qué?, ¿qué estáis haciendo?

Raven se apretó contra la fría pared de piedra, cuando él se inclinó sobre ella. Apoyó ambas manos a los lados de la cabeza de Raven y su pecho rozó los de ella.

—No estoy haciendo nada —dijo Gabriel, fingiendo la bondad de un salto—. Solo daros las buenas noches.

—Ya lo habéis hecho.

—No como debería.

¡Iba a besarla!

—Pero... ¿qué demonios te crees...?

No pudo continuar con su protesta. Los labios de Gabriel descendieron hacia los suyos y los atrapó. Él ladeó la cabeza y Raven pudo sentir el roce de su lengua intentando entrar en su boca. No la habían besado nunca así, porque este beso era diferente al que le había dado en el patio.

Él se apartó apenas un aliento. Rozó su nariz con la de Raven y se congratuló de que ella permaneciera con los ojos cerrados, apenas respirando.

—¿Te gusta?

Ella dejó transcurrir un par de segundos, entonces sus labios se movieron intentando darle una respuesta que no llegaba.

—Claro que no... esto ha estado fuera de lugar y exijo...

—¿Más? —dijo él, burlón—. Tus deseos son órdenes.

La besó de nuevo, esta vez todo el cuerpo musculoso del guerrero se apretó contra el de la muchacha. Ella podía sentirlo en cada parte de su cuerpo. Se quedó sin aliento cuando las grandes manos de Gabriel rodearon su cintura, la apretaron con delicadeza, como si midieran su talle.

Sus pechos volvieron a apretarse contra el torso musculoso y mientras la boca del *laird* atrapaba de nuevo sus labios, una y otra vez, sintió la necesidad de comprobar si aquel escaso vello en el pecho del guerrero era tan suave como había supuesto. Las manos de Raven se alzaron para comprobarlo.

Gabriel se inclinó más sobre ella al notar su contacto y como si Raven le hubiera dado permiso para más con ese gesto, las manos masculinas bajaron de su cintura a su cadera y más abajo, hasta que pudo sujetarla por detrás de la rodilla y hacer que su pierna rodeara la cadera de él.

Entonces Raven se estiró sobre la punta del pie que permanecía en el suelo.

Apartó su boca de él e intentó tomar aire. No estaba preparado para ese contacto tan íntimo. No estaba preparada para que él presionara sus caderas contra el centro de ella.

—Gabriel...

—Dios, sí.

Besó su cuello y Raven tuvo que abrazarse a él para no caerse. Entonces, contra la pared de piedra ella lo agarró por su espeso cabello rubio y tiró de él para mirarle a los ojos, unos profundos ojos grises que parecían en llamas, tanto como los de ella.

Intentó decir algo, pero sabía que su mente estaba en blanco, solo hablaba su cuerpo en aquel momento.

Gabriel inclinó la cabeza y esperó que lo rechazara, pero al no ser así, sonrió antes de apoderarse de nuevo de su boca. Esta vez el beso fue apasionado, carnal. Ya había dejado de jugar con esos suaves toques que solo deseaban explorarla.

Raven gimió contra su boca, notó la lengua del *laird* y le salió al encuentro con la suya.

Se apretó tanto contra ella que la dejó sin respiración. Mientras sus caderas ondulaban, las manos de Gabriel acariciaron su cuerpo por encima de la ropa, hasta abrazarla de nuevo. Cuando sintió que cruzaba la línea, las palmas de sus manos se deslizaron hacia abajo hasta apretar las nalgas de Raven que se encontró suspendida en el aire.

Gabriel siguió besándola desesperadamente, mientras las piernas de Raven se enrocaban en su cintura y él la abrazaba contra la pared.

Debía parar, porque si continuaba...

—Buenas noches —dijo contra la boca de Raven. Y ella se apartó unos centímetros como si no hubiera podido oír bien—. Buenas noches —repitió.

Entonces él la dejó en el suelo, sus piernas apenas la sostuvieron, cuando las rodillas se doblaron.

Raven se apretó de nuevo contra la pared y sintió frío al ver que el cuerpo de Gabriel se separaba de ella.

—Buenas noches. —Gabriel se dio media vuelta y se marchó.

Raven se quedó algunos minutos en silencio, sin saber muy bien qué había pasado.

Se llevó una mano a la frente y otra al vientre. ¿Así que eso era el pecado?

Se tapó finalmente la boca con las manos, tenía los labios hinchados.

—¡Maldita sea!

Entró hecha una furia y Agnes apenas pudo contener la risa al ver su ropa desajustada y el pelo completamente alborotado.

—¿Una batalla dura? ¿Quién ha ganado?

Raven cerró la puerta tras de sí, y no quiso hacer más caso a las bromas de Agnes. Ya estaba suficientemente mortificada al tener que admitir ante sí misma, que compartir el lecho con aquel hombre no sería ningún sacrificio.

Raven se levantó temprano, tanto que pensó que no habría nadie en el salón, pero se equivocaba. Mairy, junto a Murrock y Gabriel encabezando la mesa, ya estaban compartiendo las vituallas que se servían para el desayuno.

Nada más verle, a Raven se le encendieron las mejillas. Murmuró alguna que otra palabra ininteligible, mientras se acercaba a la gran mesa.

—Buenos días.

Gabriel tuvo el descaro de mirarla de la cabeza a los pies. No como alguien observa el horizonte, sino como uno hambriento que contempla un asado.

—Buenos días, ¿preparada para el día más importante de tu vida?

Raven suspiró y se sentó a la derecha de Gabriel, donde creía que él le había asignado un lugar permanente la noche anterior.

—No sé si será importante, pero desde luego no va a ser el día de mi boda.

—¿No creéis que el día de nuestra boda será uno de los días más importantes de tu vida?

Él se estaba burlando claramente de ella.

—No, lo que quiero decir es que hoy no nos casaremos.

Gabriel no perdió la sonrisa.

—Yo creo que sí.

Raven lo miró desafiante, pero al contemplar de nuevo esos ojos grises se acordó de lo que habían estado haciendo la noche anterior en el pasillo, y apartó la mirada de él como si con ello consiguiera calmar su ardor.

—No creo que debáis discutir tan temprano. Las gallinas aún no se han despertado. —Mairy intentó ser conciliadora, y Murrock a su lado asintió dándole la razón.

—Solo digo que la boda está planeada para hoy.

Su madre suspiró como si no pudiera evitar la tormenta.

—Podríamos casarnos ahora mismo.

No fue solo la mirada, sino el tono con que Gabriel dijo aquellas palabras. Después... sintió cómo la mano grande del guerrero se posaba sobre su muslo.

Raven casi escupió la leche que había empezado a beber, pero con normalidad, aunque conteniendo la respiración, dejó el vaso sobre la mesa de madera.

Gabriel estaba complacido, vio cómo las mejillas de su futura esposa se volvían de color escarlata. Dios, no podía esperar más para tenerla. ¿Tres semanas había dicho ella? Se le escapó una risa ronca. Ya le costaba esperar tres horas. Después del deseo que había visto en ella la noche anterior, no iba a postergar lo único bueno que le proporcionase el matrimonio.

—No te atreverás —murmuró solo para Gabriel y apretó su muslo.

—¿Quieres seguir desafiándome? —Sintió cómo de nuevo su aliento se derramaba en el oído cuando él se inclinó sobre ella. Raven se estremeció de la cabeza a los pies.

No se atrevió a responder, sabía hasta qué punto podía tensar esa cuerda sin romperla y estaba a punto de llegar al límite.

—No discutáis, por favor. Será una boda preciosa, pero no tiene por qué ser hoy. ¿Verdad, hijo? —le preguntó Mairy—. Mañana será un día igual de hermoso. Una bonita ceremonia, sencilla, pero bonita. —Entonces miró a Raven—. ¿Eso te complacería? ¿Querrás hacerlo por mí? Esta vieja ha esperado demasiado tiempo este momento.

Las palabras de Mairy conmovieron a Raven y la hizo asentir sin apenas darse cuenta.

—Como usted diga, señora.

—Mairy —dijo ella con una sonrisa radiante—. Mairy o mamá. Yo estoy deseando llamarte hija con todos los motivos.

Raven asintió y las palabras de Mairy disiparon algo su enfado, hasta que Gabriel la hizo sentir incómoda de nuevo bajo su mirada de hierro.

—No hay mucho que preparar.

Mairy discrepaba y siguió hablando del enlace e ignorando a los guerreros que empezaban a situarse alrededor para el desayuno. Pero a Raven no se le escapó que ninguno de ellos les quitaban los ojos de encima.

—El vestido de novia es maravilloso, solo tengo que hacerte unos pequeños arreglos. Esta tarde te informaré de todo.

—Yo... —Vaya, uno de los motivos por los cuales no quería casarse aún, es porque no habían llegado sus cosas. No tenía ningún vestido bonito consigo.

—Y no solo el vestido es bonito. Mandaré a que las mujeres recojan las mejores flores y las pondremos por todas partes. Adornaremos la pequeña capilla y el salón. Ya verás que...

Raven no sabía si le sorprendía más el que aquella mujer hubiera organizado todas aquellas cosas o la velocidad con que hablaba sobre el futuro venidero.

—Vendrán Alec McAlister con su esposa Roslyn. Acaban de casarse. Te gustarán. Él es el mejor amigo de Gabriel y ella una muchacha encantadora que no lo ha pasado demasiado bien.

No quiso ofender a la pobre mujer diciéndoselo, pero si Alec era parecido a Gabriel no le iba a gustar en absoluto.

—Bien —fue la única respuesta de Raven y se dispuso a poner una expresión tan imperturbable como la de Gabriel.

—Deseas algo más para la boda?

Ante la pregunta de Mairy, Raven recordó lo que le había prometido a su hermana.

—Espero puedas avisar a mi padre y a mi hermana Rowyn de que la boda es mañana, y que puedan traerme todas mis cosas.

—¿Tu hermana? —Ahora sí Gabriel la miró a los ojos.

Notó la inquietud en Mairy que miró a Murrock como si no comprendiera.

La idea de que su padre apareciera en tierras McDonald no parecía ser del agrado de ninguno de los presentes, eso podía entenderlo, pero por algún motivo, creyó que eso también se extendía a su hermana.

—Tu padre dio el consentimiento, ya dejó claro que no asistiría a la ceremonia y, sobre tu ajuar, yo te proporcionaré todo cuanto necesites.

Raven lo miró, pero esta vez él miraba a su madre.

—Esperaba que no hubiera inconveniente en que mi familia esté presente en nuestro enlace. Puedo entender que mi padre esté muy ocupado con...

—No.

Raven dio un respingo y esta vez sí que los ojos de Gabriel estuvieron fijos en ella. Y a pesar de haber discutido desde que ella llegara a tierras McDonald, en ese momento había algo más que enfado en su mirada.

—¿No?

—No —repitió secamente.

—¿No, qué?

—No creo que dé tiempo a mandar llamar a tu hermana. Además, sería algo incómodo aguantar la presencia de una mujer tan caprichosa y que siempre quiere ser el centro de atención. ¿Quieres



eso para tu boda?

Raven miró su tazón de gachas dispuesta a morderse la lengua, pero finalmente su temperamento renegó de estar escondiéndose.

—Una hermana caprichosa con la que te ibas a casar —dijo como si escupiera veneno.

Por instinto, Mairy se levantó de la mesa y meneó la cabeza en señal de negación.

—Eso no ha estado bien.

Gabriel aguantó la respiración y se sintió ofendido ante las risas de sus hombres.

Iba a tener que enseñarle un par de cosas a esa arpía y cuanto antes mejor. Juró que se sentiría complacido de poder enseñarle el lugar que iba a ocupar, junto a él, bajo su puño de hierro. Porque no tenía la menor duda de que Raven McDowell iba a ser un quebradero de cabeza hasta que la sometiera y se iba a dedicar en cuerpo y alma a hacerlo.

—Sí, iba a casarme con ella —dijo Gabriel como si las palabras no le hubieran molestado—. Desgraciadamente no ha sido ese el caso, ¿me equivoco?

Raven apretó los labios con disgusto ante ese ataque.

—No, creo que tendrás que conformarte conmigo.

—Contigo... una mujer ciertamente menos caprichosa, pero mucho más insolente.

—Gabriel. —Mairy miró a su hijo suplicante, le puso una mano sobre su hombro y miró a Raven suplicante—. Por favor, es demasiado temprano.

—Puede que no llegue para la boda, si tan ansioso estáis de que nos casemos, pero... no veo por qué no puedo traerla aquí de visita. Su marido acaba de morir...

Gabriel alzó los brazos exasperado y miró a su madre para que la ayudara. Esta se dedicó a sentarse y a cerrar los ojos a modo de rendición.

—Ella se siente muy sola...

Entonces Gabriel volvió a ser tajante:

—No.

Raven volteó su cuerpo y se inclinó hacia su prometido.

—¿Qué? —La pregunta salió a tropezones de su boca y desde luego no era asombro lo que destilaban sus ojos.

—Oh —Gabriel torció la cabeza—, no sabía que, entre tus innumerables virtudes, estaba la sordera.

—Dios bendito —murmuró Murrock. Esa boda sería el infierno.

—Hijo... —susurró Mairy, pero no apaciguó a ninguno de los dos.

—Sí, va a ser un matrimonio de lo más interesante —las palabras cansadas de Murdock y la carcajada de Owen que había estado escuchando junto a otros guerreros en la mesa, avergonzaron a Raven.

—Tengo muy buen oído *laird* McDonald.

Los brazos cruzados sobre su ancho pecho, esa maldita ceja levantada con un claro deje de superioridad, era suficiente para querer estrangularlo.

—Entonces úselo, *lady* Raven.

—¡No me llames Raven!

Ante el grito de ella todo el salón se quedó en silencio.

Mairy juntó las manos en oración y pidió a Dios que repartiera paciencia. Aquello no estaba resultando todo lo apacible que a ella le hubiera gustado. Los guerreros hacían un verdadero esfuerzo por no reírse a carcajadas y Gabriel había enrojecido de ira, pero controló su lengua cuando habló. Su tono fue inquietantemente calmo.

—Creo que deberías tratar al que va a ser su dueño y señor con más respeto, Raven. —Odió su

nombre en boca de Gabriel y más cuando lo dijo arrastrando la palabra para molestarla.

Ella tomó aire por la nariz ante sus palabras. No había gritado, sino que, acercándose más a ella, le había rozado la oreja con sus labios para hacerle esa sencilla advertencia que no estaba dispuesta a pasar por alto. Que se acercara al oído para hablarle era un acto que la enervaba y quizás por ello lo estaba repitiendo una y otra vez.

No llevaba allí ni un día y ya había sentenciado su relación.

La animosidad entre ambos era evidente y lo peor es que ella no quería hacer absolutamente nada para cambiar eso. Mairy, en cambio, parecía mucho más preocupada que Raven. Buscó ayuda en los guerreros de su alrededor, pero Liam no estaba dispuesto a quitar su sonrisa de su cara, Murdock estaba simplemente perplejo, mientras que Owen miraba al techo como si este fuera la cosa más entretenida del mundo.

Ella también le susurró, consciente de que los demás fingían conversar de sucesos interesantes, pero en realidad estaban muy pendientes de ellos.

—Eres un bárbaro insufrible —le dijo entre dientes—, no has cambiado en lo más mínimo y has tenido años para hacerlo.

Mairy bufó con desánimo y Gabriel frunció tanto el ceño que desapareció toda hermosura de su rostro.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Bueno... —dijo apartando un poco su rostro para mirarla a la cara. Después, sus ojos descendieron y el escrutinio la hizo sentir incómoda—. Tú sigues siendo tan desagradable a la vista como siempre.

Raven abrió la boca y Murdock se apresuró a arrebatarse el tazón de gachas, plenamente consciente de que ella podría utilizarlo como arma.

A Raven se le humedecieron los ojos, miró alrededor desconcertada y abochornada por las palabras de su prometido, pero nadie más que ella pareció haberlas escuchado.

—Si me disculpan...

A Mairy se le partió el corazón al verla salir.

—Hijo mío... eres un bruto —dijo antes de partir tras su futura nuera.

En el entrenamiento de la mañana, Gabriel había estado verdaderamente entregado.

Uno podría pensar que la boda sería un tema que lo tendría distraído. Pero los cuatro hombres que lanzó por los aires en un combate cuerpo a cuerpo, jurarían que el *laird* se empleaba tan a fondo como siempre.

Cuando Gabriel salió del círculo de entrenamiento, se lavó la cara, el torso y los brazos con un bidón de agua que estaba ahí precisamente para que sus hombres pudieran sacarse el polvo después de los entrenamientos.

—Hoy has estado espléndido. Creo que Liam ha volado cuatro metros.

Gabriel asintió, mientras se secaba con un paño el exceso de agua.

—Será un buen *laird*. Creo que su gente lo respetará.

Murdock estuvo de acuerdo.

—Tú también eres un gran *laird* —dijo su consejero y el que había sido el mejor amigo de su padre—. Ahora solo falta por ver, si también serás un buen marido.

Gabriel puso los ojos en blanco.

—¿De verdad no vais a darme un respiro?

Sus más fieles guerreros se acercaron a él.

—¿De qué habláis? ¿De la boda? —Callum lo dijo sin maldad alguna, esperó una mirada de su *laird* y entendió que no tenía que sacar el tema.

Liam no parecía de la misma opinión.

—La ha llamado fea. —Tosió para disimular sus palabras.

—¿Quieres que vuelva a lanzarte como un saco de patatas? —preguntó Gabriel—. Además, ¿qué dije? Tampoco es que sea ninguna belleza.

—Está ciego —Owen murmuró a sus espaldas mientras los demás soldados intentaban ocultar su risa con una tos.

Gabriel lo fulminó con la mirada.

—¿Quieres atragantarte de verdad, Owen?

—No, mi *laird* —dijo el guerrero sin poder borrar de sus ojos un brillo burlón.

«Dios mío —pensó Gabriel—, que se celebre la maldita boda y acabemos con esto».

La comida había transcurrido sin incidentes. Al menos Gabriel había comido en silencio y se había dedicado a ignorarla. Ella también había hecho lo propio y solo cuando terminaron de comer y el salón se vació de hombres, el ambiente cambió por completo.

Se escucharon algunas risas después de que las mujeres retiraran la mesa y ella se hubiera puesto junto a la chimenea para ver a Mairy bordar y tener una agradable conversación con ella.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Mairy cuando escuchó más risas provenientes de la cocina.

—Eso es que los regalos han llegado.

Mairy había llamado a su doncella y poco después ella llamó a las otras mujeres que poco a poco llenaron el salón.

Durante el resto de la tarde, Raven se sintió en el paraíso. Estuvieron agasajándola con regalos. Mairy había mandado confeccionar un precioso vestido de novia, de un color dorado con unas cintas de la más exquisita seda.

—Es más de lo que me merezco.

Mairy la besó en la mejilla.

—Te mereces tantas cosas buenas... —le dijo sonriéndole— y las tendrás, Raven.

Mairy se quedó callada y ella supo que era porque la había llamado Raven.

—No me importa que me llames así. Todo el mundo lo hace.

—Sí que te importa —dijo con tristeza.

—No, no me importa —dijo sonriendo—, al principio sí, pero...

—Fue cruel por parte de Gabriel ponerte ese apodo.

La joven asintió.

—Sí, lo fue. Pero alguien me hizo cambiar de opinión. —Los ojos de Raven parecieron humedecerse—. Hubo un gran *laird* que me dijo que el cuervo era su pájaro favorito, y lo era porque el cuervo es un animal mágico, inteligente, muy astuto. No es ningún insulto para mí. Ya no.

Cuando Raven alzó la cabeza vio que Mairy estaba llorando.

—Mi Ian.

Ella ya sabía que ese gran *laird* había sido su marido, intentando consolar a una pobre niña de los insultos de su inconsciente hijo.

—Desde entonces cuando me preguntaban cómo me llamaban, yo respondía... Soy Raven McDowell.

Mairy sintió que los ojos se le humedecían.

—Era cierto que a mi esposo le gustaban los cuervos.

—Y a mí me gustaron también. —Raven pensó en el padre de Gabriel, él siempre había sido bondadoso con ella, mucho más que su propio padre—. Creo que la culpa de mi apodo es más mía que de vuestro hijo —dijo al fin—. Y no me ofende que se haya convertido en mi nombre, sino la manera en que él lo pronuncia.

La expresión de ella cambió al recordar los ojos del *laird* McDonald, su mentón alzado, el desdén de su mirada y el rictus severo de su boca.

—Lo hace como si quisiera ofenderme. Como un insulto, cuando en realidad ya no lo es.

Hubo unos instantes de silencio mientras algunas doncellas ponían más regalos a sus pies.

Mairy se puso en pie y fue a abrazarla.

—Te llamaré como desees.

—Entonces, Raven —dijo segura—. Todos me pueden llamarme así, menos Gabriel.

Agnes se emocionó y como para intentar controlarse empezó a reír. Como si la risa fuera contagiosa, todas acabaron haciéndolo.

—¿Qué tal si arreglamos el vestido para la ceremonia de mañana?

Raven más animada, asintió.

Tres doncellas, duchas con el hilo y la aguja, se pusieron en pie, dispuestas a empezar con la tarea.

Ambas mujeres se miraron y guardaron silencio al ver cómo desplegaban el majestuoso vestido. Por un rato, acariciaron la tela, cada una sumida en sus pensamientos de lo que depararía el futuro, en concreto ese matrimonio.

—Ya verás cómo todo saldrá bien.

Raven no estaba muy convencida de ello, pero asintió esperanzada.

No veía cómo podía tener un futuro en paz con Gabriel, pero le gustaba estar ahí, mucho más que vivir bajo el mismo techo que su padre. No podía decir que hubiera tenido un lugar en el mundo al que llamar hogar.

Para Raven fue un día extraño, había disfrutado realmente con todos los preparativos de la boda, pero disfrutar con algo, cuyo objetivo era eso mismo, su boda con Gabriel McDonald, la hacía estremecer.

Se sentía inquieta cuando él estaba a su lado.

Durante la cena, Gabriel tenía un humor de perros, aunque su madre le hablaba cortésmente y hacía que Murdock interviniera en la conversación con el *laird*, él fue parco en palabras. Ni siquiera la miraba a ella, aunque lo que Raven no sabía es que el joven señor estaba dispuesto a no discutir con ella esa noche.

La sola idea de tener a Quinlan en su casa, y a su otra hija Rowyn, le hacía arder las entrañas. Gabriel no sabía si sería capaz de soportar la presencia del *laird* McDowell. Y referente a Rowyn... ¿en qué estaba pensando Raven?

La hermana de su prometida había sido todo un premio de joven. Se hubiese casado con ella sin pestañear. Al menos cuando aún no conocía bien su carácter egoísta y su ambición sin límites. Se dio cuenta más pronto que tarde, que Rowyn no era la adecuada para él. Su madre en ese sentido había tenido toda la razón. Rowyn se le había ofrecido en un par de ocasiones, no hacía tanto que la había visto. Y con su esposo en cama, ella había hecho hincapié en lo sola que se sentía, en aquellos momentos en que su esposo estaba débil e incapacitado para ciertas atenciones.

No, sin duda Rowyn no hubiese sido una buena esposa para él.

¿Lo sería Raven?

La miró por encima de su copa y vio sonreír a su madre. ¿En qué momento esa niña desgarbada se había vuelto tan hermosa? Miró sus labios plenos, esos labios que la noche anterior había dejado hinchado por tantos besos. Sintió un profundo calor en el pecho y también... un tirón en la ingle al pensar en el cuerpo de Raven contra el suyo.

Volvió a agachar la cabeza con la copa en la mano, pensativo. Ella se rio de alguna broma que había hecho su primo Liam y él miró cómo sus pechos subieron y bajaron. Eran generosos, no cabía duda. Y ese vestido verde oscuro que le había prestado su madre podía hacer que cualquier hombre perdiera la cabeza por ella.

—¿No estás de acuerdo, hijo?

Él no escuchaba, pero antes de admitirlo, hizo una leve inclinación de cabeza. En ese momento tuvo toda la atención de Raven, que dio el último bocado al pichón y bebió un sorbo de vino de su

propia copa.

—Creo que, con vuestro permiso, voy a retirarme. —Raven hizo ademán de levantarse, pero se quedó a medio camino cuando Gabriel también lo hizo.

—Os acompaño.

Hubo un silencio expectante en ese lado de la mesa, hasta que Raven lo rompió.

—No es necesario. Agnes me acompañará.

Pero cuando quiso divisar a su doncella, la encontró aún cenando en una mesa apartada con las demás doncellas y con Collum que se había acercado para hablar con ella. Sus mejillas estaban sonrosadas por el vino, o quizás por otra cosa. Y sus ojos brillantes.

Raven suspiró y al voltear la cabeza, descubrió la mano de Gabriel extendida.

—De acuerdo —pronunciaron sus labios antes de siquiera darse cuenta.

Mairy agachó la cabeza para que nadie se percatara de su sonrisa. Pero Murrock sí lo hizo, y él alzó el mentón muy complacido porque los jóvenes se retiraran juntos e intentaran arreglar sus diferencias.

—Mañana será un gran día —dijo Mairy—. Espero que descanses.

—Así lo haré.

Mientras rodeaba la mesa, se liberó de la mano de Gabriel que la siguió por las escaleras hasta el piso superior.

Abajo, los guerreros de Gabriel y su madre no le quitaban los ojos de encima.

—¿Crees que debemos preocuparnos? —le preguntó Murdock a Mairy.

La dama negó con la cabeza.

—No. —Y Mairy lo decía sinceramente—. Creo que se merecen una conversación a solas. Gabriel jamás le haría daño a pesar de...

—¿Su lengua viperina?

Mairy soltó una risita.

—Sí. —Suspiró—. Aunque si me preguntas si Raven podría hacerle daño a él....

—He visto cómo miraba el cuchillo sobre la mesa. Peor, no se lo ha llevado consigo.

Ahora ambos rieron.

—No creerás que...

—De la futura señora McDonald podemos esperar cualquier cosa.

Subieron en silencio las escaleras y al llegar arriba, donde nadie podía verlos Raven se dio la vuelta.

—Hasta aquí.

—¿Cómo?

—No es necesario que me acompañes a mis aposentos. No sería decoroso. —Los dos estaban pensando exactamente en lo que había sucedido la noche anterior.

—¿No sería decoroso?

Gabriel sonrió. La agarró del brazo sin miramientos y la arrastró por el pasillo.

—¿Qué estás haciendo?

—Creo que va siendo hora de que tú y yo tengamos una conversación en privado.

—¡Basta! Eres un bruto —le espetó cuando sintió que la apretaba con demasiada fuerza.

Tiró de su mano para liberarse, pero fue inútil. Gabriel tenía demasiada fuerza. Entonces alzó la que tenía libre e intentó golpearle.

Al ver cómo esta descendía sobre él le cogió ambas muñecas y con un gruñido se agachó y la cargó sobre su hombro.

—Suficiente.

—No, no.... ¡Para! ¡Gabriel McDonald! ¡Suéltame ahora mismo o empezaré a gritar!

—Ya estás gritando —dijo él—. Y no me importa.

—¡Eres un animal!

Ante el insulto, Gabriel decidió que, si ella creía que era un animal, bien podría serlo. Le palmeó con fuerza el trasero y subió el trecho que le separaba de la entrada del corredor donde se encontraban sus habitaciones.

Abrió la puerta de la alcoba. Era el dormitorio que compartía con Agnes, bien cuidado, limpio y con una gran cama con finos cortinajes. La chimenea estaba encendida con un pequeño fuego que se apagaría en breve, pero no importaba, porque la estancia estaba lo suficientemente caldeada.

—Suéltame.

Y por primera vez, él obedeció a su petición, ¿o más bien era una orden?

La tiró sobre la cama y ella se quedó sin aire por el golpe.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Él no dijo nada, simplemente se dio la vuelta y cerró la puerta de un sonoro golpe.

—Vamos a hablar, Raven.

Ella se incorporó de rodillas sobre la cama y bajó de esta por el otro lado, alejándose lo más posible de su alcance.

—¿De qué vamos a hablar tú y yo? Parece que no tenéis don de la palabra, solo sabéis gruñir como un maldito...

Él alzó un dedo en señal de advertencia para que se callara.

—Cuidado.

Raven se maldijo por el efecto que Gabriel tenía sobre ella.

En la chimenea, el fuego estaba encendido y en un lugar de la alcoba el vestido de novia estaba doblado sobre un gran baúl. Raven le echó un vistazo y enseguida se puso entre él y Gabriel.

—No lo mires —extendió los brazos y alzó el mentón—, da mala suerte.

Gabriel se paró donde estaba. Alzó las cejas y una sonrisa torcida puso de peor humor a la futura novia.

—¿En serio crees que podemos tener más mala suerte?

Ella resopló. *Visto así...*

—Casarme contigo ya es suficiente mala suerte —insistió Gabriel al ver que ella no le atacaba. Sus palabras dieron su fruto.

—¡En algo estamos de acuerdo!

Él soltó una risa despectiva.

—Muchas mujeres matarían por ser mi esposa.

—Mujeres idiotas, que no os conocen. Pero te olvidas de que yo sí te conozco, desde que eras un maldito niño malhablado y sin modales.

Gabriel respiró hondo por la nariz.

—Eso no puedes decirlo.

Raven se mantenía a distancia, pero cuando él avanzó despacio hacia ella, no quiso retroceder.

—¿No puedo decir lo que siento? —dijo altiva—. Suelo expresar mi sincera opinión, ojalá te vayas acostumbrando pronto.

De pronto él estuvo muy cerca.

Las manos de Gabriel se posaron sobre los hombros de Raven y la atrajeron hacia sí. Con una sonrisa lobuna, que la hizo estremecer de la cabeza a los pies, le hizo una advertencia.

—A partir de mañana, voy a enseñarte un par de cosas sobre lo que se espera de *lady McDonald*. Harás bien en memorizar cada orden y advertencia que te dé, si no quieres vivir en el

infierno.

Ella no bajó el mentón, ni apartó la mirada.

—Puesto que viviremos juntos, espero que vos os acostumbréis también a él.

Se quedaron en silencio unos instantes. Gabriel la miró como queriendo recordar cada pulgada de su rostro, cada diminuta marca o poro de su rostro.

—Viviremos juntos como marido y mujer... —dijo Gabriel.

Por su mirada Raven supo exactamente a qué se refería y se sonrojó sin poder evitarlo

—No entiendo por qué tenéis tanta prisa, si tan desagradable a la vista me encontráis, mi señor.

Él apretó aún más los hombros de ella y la alzó ligeramente hasta sus labios.

—No me caso contigo por la consumación del matrimonio. ¡Bien lo sabe Dios!

Raven apretó los dientes, que esperaba una oda a su belleza. Ese hombre era un bárbaro sin tacto, ni sentimientos y moriría siéndolo.

—Jamás lo hubiera pensado —dijo entre dientes—. Eres...

—No obstante... hay una alianza que consumir.

—A mi parecer, esta alianza puede irse al mismísimo infi...

—Ssssh. —Gabriel tapó su boca con un dedo, obligándola a permanecer callada—. No me importa tu parecer, como ya te he dicho antes.

Ella intentó morderle el dedo y él lo apartó, pero siguió sin apartarse de esa tozuda muchacha.

—Si no te importa mi opinión, ¿por qué a mí debería importarme la tuya?

—Yo soy el hombre. El *laird*. Tú solo eres...

—¿Vuestra prometida? —dijo furiosa—. En mala hora a vuestro padre se le pasó por la cabeza forjar una alianza con el mío a base de este compromiso indeseado.

Gabriel tomó aire y echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

Pensó en su padre.

—Mi padre... veía algo en ti.

Sus facciones se suavizaron, y sus ojos parecían tristes al evocar a la figura de Ian McDonald.

Le habló con más familiaridad y ambos se quedaron en silencio por unos instantes mientras se sostenían la mirada. Pero entonces Gabriel recordó algo y volvió a agarrarla por los brazos. Y tiró de ella hacia arriba para que sus ojos quedaran a la misma altura.

—Por su memoria, quiero advertirte.

Raven tragó saliva, pero ni por un instante apartó la mirada.

—¿Qué deseas advertirme?

—Quiero que sepas que no consentiré que vuelvas a tratarme jamás como lo has hecho hasta ahora. No soy un niño, soy un hombre...

—¿Aunque a veces no te comportes como tal?

—¡Ves! —dijo alzando la voz y soltándola como si quemara—. ¡A eso me refiero! ¡No me hables así! Y mucho menos lo hagas delante de mis hombres.

—¿Hablarle cómo?, ¿con la verdad? —dijo ella punzante—. ¿Quieres que te mienta?

Él dejó de agarrarla por los brazos y enmarcó su rostro entre ambas manos. Las de Raven volaron a sus muñecas, dispuesta a hacer que la soltara y la librara de su contacto.

—Jamás —puntualizó la palabra— vuelvas a hablarme en ese tono frente a mis hombres.

—Si lo deseas, jamás volveré a hablarte.

—No es solo tu lengua endiablada. No hace falta que hables para desafiarme, tu sola mirada es suficiente para que todos vean el desprecio que sientes por mí.

—¿Y de quién es la culpa?

Raven tragó saliva y sus dedos se clavaron en la carne de Gabriel.



No estaba dispuesta a dejarse amedrentar sin presentar batalla, pero él era más fuerte y se lo hizo notar. Ahora eran las manos de Gabriel quien sujetaban sus muñecas mientras la hacían retroceder hasta la fría pared de piedra cerca de la cama.

—No hagas eso —dijo él entre dientes.

Alzó los brazos de Raven y los sujetó por encima de su cabeza.

—¿Hacer qué? Eres tú quien me tiene prisionera —dijo furiosa por ser incapaz de controlar sus nervios.

Raven se revolvió inquieta contra el musculoso pecho del *laird*, pero poco podía hacer contra un hombre tan fuerte como él.

—Desafiarme.

Ella parpadeó.

—¿Qué?

—Desafiarme. No me desafíes —le susurró—. Simplemente no lo hagas, ni siquiera cuando estemos solos. —Ella tomó aire para replicar, pero Gabriel la apretó más contra él y la dejó nuevamente sin aire—. Aprenderás a respetarme. Ya no soy ese niño del que te burlabas...

Calló apretando los labios, como si hubiera revelado algo que le dolía desde hacía mucho tiempo.

Raven le sostuvo la mirada en silencio mientras notaba cómo el cuerpo de Gabriel iba apretándose cada vez más contra ella. Apenas podía respirar, se le secó la boca y sintió cómo se enfadaba consigo misma por no presentar batalla.

—¿Ves? —Gabriel inclinó su cabeza sobre ella. Los labios rozaron su mejilla, hasta deslizarse hasta su oreja—, no es tan difícil dejarse llevar... rendirse.

Raven apartó el rostro, sin darse cuenta de que eso le daba mejor acceso a su cuello. Sintió cómo el corazón le martilleaba fuerte en el pecho, y es que no pudo obviar las imágenes de la noche anterior. Gabriel besando la sensible piel de su cuello, besándola a ella, en los labios, de una manera que pudo sentir su sabor muchas horas después.

Se acaloró.

—Suéltame.

Él era mucho más alto, más fuerte... él era el hombre. Pero que el infierno se la llevara si permitía que la doblegara.

Alzó la barbilla y apretó los dientes para que esta no le temblara.

Gabriel sintió que perdía el poco control que le quedaba. Allí estaba esa maldita barbilla respondona y orgullosa. Eso era lo único que no había cambiado en esa mujer, todo lo demás simplemente había desaparecido dejando paso a esa extraña criatura, que ni le respetaba, ni le temía.

No era la muchacha salvaje y desgarbada que había esperado. Su salvajismo no había desaparecido, seguía vivo en sus ojos, pero sin duda se había transformado.

Ahora ante él estaba aquella mujer que no reconocía y que, ¡malditos fueran los infiernos!, le seguía enfureciendo y además ahora... lo excitaba, como no había conseguido ninguna otra. Pues una cosa era atracción, que pudiera sentir por cualquier muchacha bonita, pero lo que sintió la otra noche por Raven... lo que sentía ahora, en esos momentos, iba mucho más allá de la palabra deseo.

¿Cómo había podido ocurrir?

¿Cómo había sido posible que deseara a la fea Raven?

—No voy a rendirme. —Las palabras de ella lo sacaron de su ensoñación, de querer memorizar cada centímetro de la suave piel de su rostro.

—¡Oh! Sí, lo harás.

Gabriel apretó más las caderas contra ella y pudo sentir cómo su cuerpo se tensaba.

Raven jadeó y abrió los ojos como platos. ¿Qué demonios estaba haciendo? Sintió que toda la sangre se le subía a la cabeza.

Con los brazos sujetos le fue imposible deshacerse de Gabriel. Luego se avergonzaría pensar que ni siquiera lo había intentado, porque maldita fuera, eso le gustaba. Su contacto le gustaba, y Gabriel McDonald... le gustaba.

Abrió los ojos por la sorpresa, al admitírselo a sí misma. Pero Gabriel pensó que la sorpresa venía por notar la manifestación de su deseo contra su abdomen. La sentía contra su cuerpo, tensa como la cuerda de un arco.

Lo que hacía Raven era aguardar que él diera el siguiente paso. No se hizo de rogar.

Gabriel deslizó los labios de su mejilla, hasta la piel sensible del cuello. Fueron movimientos lentos, muy lentos, como si no quisiera asustarla. Las manos que sujetaban las muñecas sobre su cabeza se fueron deslizando por sus brazos, hasta rozar sus costillas y llegar a su cintura, luego las subió suavemente por su espalda y fue cuando sintió el jadeo de Raven. Eso lo excitó más que cualquier cosa que hubiera escuchado en su vida.

Cuando Raven sintió el beso de Gabriel en el cuello y sus manos deslizarse arriba y abajo hasta posarse en sus nalgas y apretarlas, volvió a jadear.

Entonces sí intentó zafarse.

—Suficiente.

¿Qué pretendía con ese contacto tan íntimo?

Sin duda castigarla. Como siempre. No tenía dudas al respecto.

Se removió, pero lo único que consiguió fue apretarse más contra él. Gabriel pudo notar los pechos firmes contra su torso apenas cubierto por su *kilt*.

Le excitó sentirla contra él.

Raven era una mujer hermosa y cálida. Y olía de maravilla, lo supo al rozar la nariz de nuevo contra la piel sensible de su cuello.

Los labios de él se abrieron para besar la nívea piel y hasta morderla, tirando de la piel entre los dientes. Dios, cómo deseaba poder hacer eso en otras partes de su cuerpo, como en sus pechos.

—Jesús... —jadeó el *laird*.

Sus caderas ondularon contra ella y, como la noche anterior, las piernas de Raven parecieron separarse para que él tuviera cabida.

—Gabriel —susurró ella en un jadeo involuntario.

Raven cerró los ojos y sintió la humedad en su cuello.

Jadeó de nuevo intentando averiguar qué le estaba pasando, aunque creía saber perfectamente lo que era. Deseo.

Deseaba a Gabriel McDonald. Y en su mente, aquello era un hecho completamente... imposible.

Sintió cómo sus caderas cobraban vida propia para buscar las de él.

Gabriel hizo lo mismo.

Los labios del guerrero se abrieron de nuevo para que su lengua pudiera lamer la sensible superficie bajo la oreja. Sus caderas se sacudieron de nuevo hacia delante, buscando una proximidad que jamás pensó desear.

Él solo quería castigarla y se encontraba con aquello, con el deseo que no había experimentado desde hacía tanto tiempo, y que ahora aparecía con fuerza, e iba destinado a esa mujer, aquella que

se había propuesto odiar hasta el fin de sus días.

Raven sintió cómo su respiración se entrecortaba ante el roce de la lengua, le hubiera gustado decirle que se apartara y que la dejara en paz, pero no podía y por alguna extraña razón, no quería.

Buscó el rostro de Gabriel inclinando la cabeza hacia un lado, entonces él acarició su rostro, le puso el dedo pulgar en el mentón y tiró de él hacia abajo, abriéndole la boca. Fue suficiente para apoderarse de ella y besarla con la misma desesperación que solo había experimentado con ella la noche anterior.

Cuando él puso fin al beso, Raven notaba el corazón palpitar en sus oídos.

Entreabrió los ojos al sentir que ya no tenía el contacto de sus labios, y en ese momento pudo captar la mirada clara de Gabriel.

Había dejado de besarla y ahora su rostro estaba apenas a un aliento de distancia. Notó cómo la miraba intensamente y sintió las manos de él deslizarse por sus brazos.

No se apartó de él y Gabriel no hizo ademán de detener sus manos cuando estas descendieron aún más acariciando sus costillas hasta posarse en sus caderas.

Cuando Raven respiró hondo su pecho se hinchó apretándose contra el torso casi desnudo del guerrero. Dejó de notar las manos de su prometido en la cintura y se dio cuenta que era libre.

Él apenas la rozaba con su aliento.

Raven bajó los brazos, pero él no la dejó huir.

Gabriel subió sus manos apoyándolas en la pared, a cada lado de su rostro, impidiendo que se marchara.

—Me deseas. —Él sonrió complacido.

Ella apretó los labios y empujó su pecho. No pudo moverlo. Los pies de Raven patearon el suelo en señal de frustración.

—¿Y qué? ¡Tú me deseas a mí! —dijo ella mirándolo a los ojos.

Intentaba de alguna manera salir airosa de la humillación de que él se estuviera burlando de algo tan íntimo.

—Sí —fue lo suficiente sincero para admitirlo—. Te deseo.

No podía ocultar que estaba tan sorprendido como ella por ese hecho.

Estaba peligrosamente cerca, tanto, que podía notar su delicado olor a brezo y flores. Su entrepierna no parecía dispuesta a calmarse a menos que se alejara. No podía hacerla suya, no de ese modo y antes de la boda, así que solo pudo soltar una maldición entre dientes y apartarse.

Los dos se miraron unos minutos en silencio.

—Descansa bien esta noche —dijo con una sonrisa ladina— porque mañana ya no podrás hacerlo.

—Eres un... —Raven apretó el puño y lo alzó.

Gabriel no perdió la sonrisa, y alzó el dedo índice, como si le estuviera advirtiéndole que no toleraría más desafíos, ni insultos.

Raven apretó los labios con fuerza como si fuera a pronunciar una «p» perfecta. Finalmente la soltó:

—Puerco.

Gabriel tiró de ella y la encerró con un fuerte abrazo, ella intentó soltarse, pero era como intentar mover un muro del castillo.

—Te lo advierto... —dijo en un gruñido.

Raven intentó golpearle, pero él encerró ambos brazos en su abrazo y ella no pudo moverse más.

—¿Qué me adviertes...? Eres un...

—Sssssh, no voy a permitirte ese lenguaje, ¿no te lo he dejado claro?

—Dijiste delante de tus hombres, ¿pero ves a tus hombres? ¡No hay hombres!, estamos solos.

—Exacto —dijo él con la voz más dulce que hubiera escuchado jamás.

Ella se estremeció cuando las caderas de Gabriel se movieron contra las suyas y la obligó a abrir las piernas.

—¿Sabes qué significa eso?

Raven se horrorizó ante la expresión que vio dibujada en su rostro. Abrió desmesuradamente los ojos cuando sintió que él volvía a mover las caderas contra ella.

—Basta.

—¿Basta, qué? —Besó su cuello y una de sus manos descendió hasta su escote, acariciando sus pechos.

—Oh, Dios...

Ella jadeó a su vez cuando sintió ese contacto. Él no la había acariciado los pechos de esa forma, y por un instante su voluntad se dobló.

—Puede que me odies, que no desees este matrimonio, pero sin duda me desees a mí.

Ella intentó negar lo evidente, pero sus párpados apenas se mantenían abiertos mientras él la besaba en el cuello, en el mentón, en el escote...

Era una mujer odiosa. Pero le gustaba... le gustaba... ¿castigarla?, sí, eso iba a decir antes de que sus ojos repararan en la boca de la mujer. Por Dios, cómo podría haber cambiado tanto esa boca.

Otro tirón en la ingle le advirtió que debía parar antes de que fuera demasiado tarde.

—Maldición —gimió contra sus labios. Unos labios perfectos a los que estaría deseando regresar toda la noche.

Raven correspondió a sus besos de una manera mucho más apasionada de lo que ambos esperaban y él no pudo menos que soltar una maldición tras otra rezando para tener un poco más de autocontrol.

Le encantaban los labios de su prometida. Siempre había tenido los labios gruesos, pero era por su gordura, ¿no? Deberían haber adelgazado al igual que el resto de su cuerpo. Gabriel enarcó una ceja, pero no había adelgazado tanto, ¿no es cierto? Agarró sus nalgas con ambas manos. No, no había huesos ahí, sino un generoso trasero que estaba deseando ver desnudo.

Mientras la besaba las manos pasaron de su trasero a su cintura, acariciaron su vientre, para finalmente subir a su sitio favorito. Apretó uno de los pechos de Raven y ella jadeó contra su boca.

—Quiero saborearlos.

Raven jadeó cuando él la alzó del suelo y llevándola hacia la cama besó la suave piel de su escote, para después hacer lo mismo con sus pechos, sobre la tela del vestido verde. ¡Maldito vestido!

Mientras la besaba una y otra vez, no podía dejar de pensar que era redondeada en los lugares precisos y que pocas cosas le gustarían tanto como tenerla desnuda bajo su cuerpo.

Raven le devolvía los besos apasionadamente y disfrutó de cada caricia hasta darse cuenta de que la estaba midiendo. ¿Cómo se atrevía?

—Basta —jadeó.

Gabriel no hizo caso a sus protestas, estaba demasiado absorto en tocar su cuerpo, cuando la tendió sobre la cama.

Disfrutaba de cada centímetro de piel expuesta y deseando que los ropajes que la cubrían desaparecieran. Deslizó sus manos sobre la suave tela de su vestido, rumbo al dobladillo del

vestido, que ya había subido a sus muslos.

Sin duda, Raven tenía las proporciones adecuadas. Era perfecta, redondeada donde él lo deseaba, se sorprendió pensando.

Se incorporó sobre sus codos. Le examinó el cuerpo de tal manera, que Raven no pudo más que sorprenderse. ¿Era deseo aquello que veía en él?, ¿o la promesa de un castigo?

Gabriel se meció contra ella. Notó claramente el calor de su pecho contra su mismo torso. Esos pechos voluminosos no estaban allí en su niñez y esas caderas estaban lejos de ser estrechas.

Su erección tocó el centro del deseo de la mujer. No iba a poder detenerse.

—¡Mierda! —Se estaba excitando demasiado. Debía marcharse—. Dime que me marche.

Raven abrió la boca, todavía observando el agitado pecho de Gabriel sobre ella, y sintiendo la caricia de sus manos en sus niveos muslos.

—Dilo.

Raven respiraba con dificultad. Asintió, se juró a sí misma que estaba intentando echarle de la habitación.

—Quiero que te marches.

Él se quedó quieto sobre ella.

—¿Es eso lo que quieres?

—Es lo que me has dicho que dijera.

—¿Y desde cuándo me haces caso?

Volvió a apoderarse de su boca y ella envolvió su cintura con sus piernas.

No importaba lo que le hiciera decir, ciertamente él deseaba otra cosa.

Pero no debía pensar en ello. No debía pensar en quitarle la ropa y hundirse en ella hasta saciarse.

No debía pensar que deseaba más que a nada a su prometida, ni pensar que la fea Raven era tan hermosa que le había hecho olvidarse de su maldito carácter. Tan hermosa que no veía nada más. Ella no es hermosa, se dijo intentando convencerse y que su deseo menguara, lo suficiente como para escapar.

Maldita sea, no era hermosa. No lo era.

—No eres hermosa —se dijo, dispuesto a controlar su deseo.

Raven dejó de responder a su beso, y se lo quedó mirando fijamente.

La expresión de Raven mudó y no de tal manera en que él predijera que iba a arrancarle la cabeza de sus hombros. Más bien sus ojos pardos se inundaron de lágrimas. Herida. Ella estaba herida.

¡Oh!, pero esa fragilidad duró muy poco.

Raven intentó arañarle la cara y él le sujetó las muñecas para impedirselo.

—¡Quieta!

Ella se removió dejando que sus cabellos le rozaran el torso semidesnudo. Raven no estaba dispuesta a obedecerle y cuando se soltó de su abrazo volvió a atacar su cara. Pero Gabriel era rápido, demasiado. Sujetó sus brazos, la inmovilizó de tal manera que sus pechos quedaron expuestos a su mirada y su boca hambrienta a escasos milímetros de la suave carne expuesta. No quiso hacerlo, o mejor dicho, no quería desear hacerlo, pero no pudo evitarlo. Sus labios descendieron aprisionando la boca de la mujer, pero esta vez ella no estaba dispuesta a dejarse llevar.

Gabriel notó los dientes de su prometida clavarse en sus labios. Se sorprendió tanto que ni siquiera tuvo miramientos, se separó de ella con un sorprendido alarido de dolor y una maldición.

—Maldita sea. —Se tocó el labio y vio que manaba sangre del pequeño corte que ella le había

hecho con sus dientes.

—No deberías haberme besado así.

—¡No parecías quejarte mucho hace un instante!

Por el amor de Dios, jadeaba como una gata salvaje y le acusaba de... ¿de qué le acusaba?

Raven apartó la vista. «Debería haberlo hecho —pensó ella—, debería haber protestado...».

—No me ha gustado. —Lo empujó y se puso en pie, acomodó su vestido, totalmente arrugado por el peso de ese hombre.

—¿Ah, no?, ¿no te gustan mis besos, mujer?

Gabriel no sabía si su cara reflejaba el asombro que sentía, pero si era así, seguro que tenía la cara de un bobo sin cerebro.

Ella balbuceó para luego apretar firmemente los labios y negar con la cabeza.

—No.

—Ni la idea de ser mi esposa.

—¡A ti tampoco! —se defendió ella.

Ese comentario le pilló desprevenido.

—Eso no es el tema de discusión.

—Si no, no hubieras tardado nada más y nada menos que nueve años en llamarme a mi nuevo hogar...

—Por mí te hubieras quemado en el infierno antes de venir —explotó.

Ella quiso gritar, pero en cambio intentó clavarle las uñas nuevamente. Y de nuevo él la sujetó.

—Inténtalo otra vez y te cortaré los dedos. —Raven se detuvo ante el tono helado de Gabriel. La tiró de nuevo sobre la cama, pero esta vez para apartarla de él—. Nos casamos mañana. Así que la próxima vez que estemos en esta cama, espero que estés preparada. No es que arda en deseos de intimar con una mujer tan carente de atractivo como tú, así que procura facilitarme la tarea.

—Maldito cerdo. —Intentó levantarse, pero él puso su mano abierta sobre su cabeza y empujó hacia abajo—. No puedes...

Gabriel levantó un dedo en señal de advertencia.

—No vuelvas a decirme qué puedo y qué no puedo hacer, mi dulce novia, o te juro que te demostraré todo lo que puedo hacerte por el simple placer de demostrártelo.

Lo vio alejarse de la cama y salir de la habitación dando un portazo.

Raven gritó llena de frustración y porque todos los sentimientos y emociones que sentía se estaban agolpando en ella a la vez. Iba a volverse loca.

Apretó los puños y golpeó la almohada.

Se juró que no iba a ponérselo nada fácil a su futuro marido.

Si él la condenaba a vivir en un infierno, ambos lo harían.

A la mañana siguiente, Raven abrió los ojos sintiéndose cansada. Había conseguido dormir después de dar muchas vueltas a lo sucedido con Gabriel.

De todos los recibimientos posibles en el que sería su nuevo hogar, nada le hacía prever que las cosas podrían llegar a ser así entre los dos.

Suspiró dando una patada a la manta que cubría la cama.

Empezaba a hacer calor.

—¿Estáis bien, mi señora?

Al escuchar la voz de Agnes que dormía en su camastro situado contra la pared, Raven se sintió algo culpable de su mal humor.

—Sí, estoy bien. —Pero su respuesta no la engañaba.

—¿Todo bien con el señor? —dijo Agnes incorporándose de la cama—. ¿Tan bien como la otra noche?

Raven bufó y volvió a tumbarse en la cama, esta vez se puso una almohada en la cabeza para poder gritar.

Las carcajadas de su doncella y amiga no le sirvieron de ayuda.

—Eres una desvergonzada, debería castigarte por esa lengua.

—¿Y qué tal la lengua de mi señor...?

—¡Agnes! —Raven enrojeció como el interior de una granada—. Ya es suficiente.

—¡Sí, lo es! —gritó la muchacha—. ¡Porque hoy os vais a casar!

Sin previo aviso, Agnes tiró de la sábana y empezó a bailar con ella.

—Eres una loca.

—Sí, pero una loca enamorada —dijo soñadora—. Estoy tan contenta de haber venido con vos.

Raven se levantó de un salto.

—¿Es Callum, verdad? ¿Cómo ha pasado? ¿Se puede enamorar una tan rápido?

La sonrisa de Agnes le indicaba que sí, pero antes de poder explicar nada, una doncella abrió la puerta con sigilo y ambas la miraron.

—Buenos días. Vengo a encender el fuego y a prepararos el baño.

Raven asintió y Agnes hizo una mueca de desencanto.

—Os lo explicaré luego —le dijo a su señora—. Aunque, de todas formas, hoy no debería hablar de mí, es el día de vuestra boda.

*Para mi desgracia*, quiso decirle Raven, pero se calló ante el ejército de criadas que entraron con baldes de agua caliente y una enorme tina de madera.

Se abrieron las dos ventanas de la habitación y Raven vio claramente que la primavera había llegado con fuerza. Pronto disfrutarían del verano y los baños a escondidas en el mar.

Se estiró desperezándose.

Quizás en las tierras McDonald no tendría tanta libertad como para irse con Agnes al mar. Sería la nueva señora del clan, y Raven dudaba que su marido le diera tanta libertad como su padre, que prácticamente había pasado su vida ignorándola.

No, sin duda Gabriel la ataría en corto. No por su bienestar, por supuesto, sino solo para prohibirle cualquier cosa que le diera placer. Pero ya encontraría la manera. Siempre lo hacía.

Resopló y se levantó de la cama dispuesta a afrontar aquel día.

El día de su boda, miró su vestido de novia sobre el arcón. Se quedó quieta, muy quieta. Como si esa verdad hubiera aparecido de repente de la nada y no fuera un hecho que sabía que

acontecería desde hacía mucho. Observó por la ventana y tragó saliva.

Cuando la bañera estuvo preparada, Agnes la ayudó a desvestirse. Poco después se sumergía en ella para disfrutar de unos minutos de paz. Agnes le lavó la cabeza y le frotó los brazos y la espalda con un jabón aromático que olía a lilas.

—Huele de maravilla.

—Olerá a flores y se verá aún más hermosa con el ramillete que las muchachas han traído para usted —dijo Agnes aclarando su cabellera.

—Son todos muy amables.

Todos menos su prometido, quiso decirle, pero con las advertencias de la noche anterior, ya había tenido más que suficiente.

Raven se hundió bajo el agua. ¡El día de su boda! ¿Estaría alguna vez preparada para ser la mujer de Gabriel McDonald?

Cuando estuvo limpia se levantó de la bañera de madera y la doncella la envolvió con una toalla de lino. Se puso junto a la chimenea y empezó a ver un desfile de sirvientas que la agasajaron como si fuera una reina.

—Buenos días. —Cuando Mairy entró en la habitación, Raven no pudo menos que sonreír, pues en verdad extrañaba su compañía—. He traído estas manzanas para que comas algo. Nadie quiere que te desmayes en medio de la ceremonia.

—Si me desmayo no será por el hambre.

Mairy sonrió y sin previo aviso, se acercó a ella para besarle la coronilla.

—Será un día maravilloso.

Raven asintió.

—Eso parecéis pensar todos —susurró apenas. Pero ella no estaba tan convencida de que todo se desarrollara tan bien.

—Mis damas te traerán tu ajuar. —Raven la miró por encima del hombro al ver que Mairy se sentaba tras ella.

—¿Mi ajuar? ¿Han llegado mis cosas?

Mairy negó con la cabeza, mientras tomaba un peine de finos ornamentos.

—No, es el que he hecho durante estos años y he estado guardando pacientemente para ti. —Raven se ruborizó, ya solo el regalo de aquel vestido maravilloso con hilos de plata era suficiente para hacer sonrojar a una reina.

—Yo... no sé cómo darte las gracias.

—Qué te parece si lo haces, siendo feliz... y haciendo feliz al cabezota de mi hijo.

Raven cerró los ojos y evitó abrir la boca para no ofender a la dama.

Sintió las manos de Mairy trabajando con su pelo, con la suavidad con que lo haría una amorosa madre la peinó, haciendo que el cabello se secase junto al fuego.

Las doncellas se habían retirado, hasta Agnes, había ido con ellas en busca del ajuar, así que se quedaron solas en la habitación. No hablaron, pero Mairy canturreó una preciosa melodía celta que le había escuchado cantar hacía tantos años.

—Siempre me gustó esa canción.

—Es hermosa. Habla de una novia... —De pronto calló y Raven rio por lo bajo.

—Al que su enamorado abandonó el día de la boda.

—Bueno... no es muy apropiada.

—No lo sé —dijo Raven sin perder la sonrisa—. No hay muchas esperanzas de que el novio me abandone en el altar.

—No hay ninguna —dijo ella volviendo a besar su coronilla.



Raven no tenía una madre, pero sin duda no se imaginaba nadie mejor que Mairy para estar en esos momentos.

—Sé que estás nerviosa por todo lo que vendrá, pero quiero que sepas que yo estaré aquí a tu lado para lo que necesites. Y mañana también estaré, y al otro y al otro. —Mairy no supo cuán agradecida estaba Raven por sus palabras.

—Gracias, significa mucho para mí.

La mujer asintió mientras continuaba cepillándole el cabello.

—Mi muchacho es un buen hombre, Raven —le dijo inclinándose hacia un lado para que la mirara. Cuando Raven contempló sus ojos, supo que esa orgullosa madre, estaba convencida de que así era.

—Yo...

—Sé que a veces puede ser un poco...

—Insufrible —masculló entre dientes y enseguida se arrepintió de haberlo dicho, pero la carcajada de Mairy la animó.

—Insufrible es una buena palabra, pero quería decir cabezota. —Siguió cepillándole el cabello —. Recuerdo mi boda, y he de decir que no estaba nada conforme con casarme con mi Ian. Era un guerrero rudo y carente de modales, un déspota.... Insufrible.

Raven parpadeó algo sorprendida por sus palabras.

—¡No era así! Su esposo era el mejor hombre que he conocido jamás —dijo apasionadamente dispuesta a defender a Ian.

Al mirarla a la cara intentó averiguar si le estaba mintiendo, pero las palabras de Mairy parecían más que sinceras.

—Sí, lo era. Insufrible —insistió en ello, mientras asentía levemente con la cabeza, aunque todo ello sin perder la sonrisa—. Lo era y yo le amé como no amé ni amaré jamás a nadie.

Raven volvió a mirar el fuego y dejó que siguiera cepillando sus cabellos.

—Usted cree que yo amaré a Gabriel, ¿verdad?

Hubo un silencio largo, pero Mairy finalmente habló:

—Sé que será así, y que Gabriel te amará a ti.

«Eso no iba a suceder», pensó Raven. Pero no quiso ser tan sincera con ella y dejarla sin ilusión.

La mujer parecía tan convencida en que un futuro de prosperidad la aguardaba que hubiera sido cruel insistir en lo contrario.

—Dios la oiga.

—Nos oirá —aseguró—. Gabriel es cabezota, testarudo y tiene un carácter difícil, pero sabe perfectamente lo que está bien y lo que está mal. Como también sabe lo que conviene a este clan. Y la boda nos conviene a todos. No solo porque es una alianza concertada por mi marido y tu padre hace tanto tiempo, sino porque realmente es necesaria para dar estabilidad a nuestras gentes.

—Hay muchas tensiones entre los clanes, ¿verdad?

Raven no sabía mucho de las relaciones entre unos y otros, siempre había pensado que los McDowell y los McDonald se soportaban mutuamente con más o menos disputas que no pasaban de simples rencillas y robo de ganado. Ahora, visto cómo se miraban unos y otros guerreros, podía notar el odio entre ellos. ¿Eso iba a desaparecer por una boda? Supuso que no, pero, una vez emparentados, les sería mucho más difícil justificar tal animadversión frente al rey.

Los McDonald odiaban a su padre, y ella no sabía muy bien por qué. Jamás se había metido en los asuntos de su padre, se había limitado a obedecer, bueno... a veces no obedecía, pero en el

asunto de su compromiso... ahí sí que se dio cuenta de que era algo importante, que la alianza debía llevarse a cabo.

—Hay tensiones —aseguró Mairy cuando ella pensó que ya no hablarían más del tema—, Gabriel cree que tu padre...

Se hizo el silencio y Raven se quedó escuchando.

—¿Sí?

—Nada. Pensó que no te enviaría para que por fin se realizara la boda —mintió—, pero al fin estás aquí. Y hoy es un gran día para todos.

Cuando hubo acabado de cepillarle el cabello, Mairy le dio la vuelta y la miró a los ojos, mientras sus manos reposaban en los hombros de su futura nuera.

—Sé que mi hijo tiene muchos defectos, pero deseo con todo mi corazón que descubras también sus grandes virtudes —Raven asintió, aunque jamás había visto demasiadas en él—. Mi hijo es valiente, fiel y el hombre más leal que se pueda conocer.

Esas palabras tan solemnes le llegaron al corazón. No pudo burlarse de ellas, ni quiso hacerlo.

—Si te ganas su corazón, te amaré, te será fiel —dijo Mairy—, y se cuidará hasta el día de su muerte. Él se sacrificará por ti, siempre se ofrecerá por el bien de los que ama.

—Se casa conmigo —dijo con un hilo de voz, ese es un gran sacrificio.

Así que sí, al menos le concedería eso. Su predisposición al sacrificio.

Mairy enmarcó su rostro entre sus manos.

—No puedes pensar así, Raven, qué hombre no te querría como esposa.

—Vuestro hijo.

Mairy sonrió.

—Ya te he dicho que es un cabezota.

Ella asintió, pero eso no la hizo pensar diferente.

—Jamás le gusté, la fea Raven gusta a muy poca gente.

Mairy la abrazó y le dio un beso en el pelo.

—El tiempo de la fea Raven pasó, *lady* McDonald —le dijo en un susurro junto a su oído—, ahora empieza tu próspera vida. Será maravilloso tenerte entre nosotros y estoy segura de que llamarás hogar a estas paredes, donde la gente no tardará en amarte. Yo te amo, mi querida niña, y desde hace mucho tiempo.

Raven estrechó el abrazo y una lágrima rodó por su mejilla.

—Yo también te quiero, Mairy.

Las dos mujeres se quedaron así por largo rato, hasta que su abrazo fue interrumpido por los golpes en la puerta. Las doncellas y damas se arremolinaron alrededor de ellas, con pequeños arcones y telas de seda y terciopelo que maravillaron a Raven con sus colores.

—Su ajuar de novia —dijo Agnes dando saltitos de alegría.

Ciertamente no el suyo, quería decir que no eran sus cosas que habían llegado de tierras McDowell, sino los regalos que Mairy había ido confeccionando y atesorando para cuando su hijo se casara. Había zapatos, pequeños frascos de un aroma embriagador y unas joyas que hicieron que le brillaran los ojos maravillada.

Y cuando se puso el vestido...

—Que me aspen si no es el vestido más glorioso que hayan visto mis ojos.

La madura mujer no podía tener más de cuarenta años y, no obstante, su pelo atado en un sencillo moño era ciertamente blanco. Se notaba en los ojos que el comentario estaba hecho con buenas intenciones.

—*Lady* Brenna siempre dijo lo que piensa —dijo Mairy.

—Y suelo pensar bien de la gente que me cae bien, querida.

Raven acarició el maravilloso bordado sobre el corpiño. El escote no era demasiado exagerado, pero le hacía de igual modo unos pechos generosos. Y las mangas eran de la tela más fina que ella hubiera visto jamás.

—Nadie podrá apartar la mirada de usted, señora —dijo otra muchacha.

Con unas tiras de fina seda blanca abrazaron la cintura de aquel vestido immaculado, Raven supo que sería el sueño de toda doncella. Sonrió con dulzura, ese obsequio de la madre de Gabriel la hizo sentirse más que especial.

Con delicadeza, cubrieron su pelo de flores y lo trenzaron cuidadosamente. Al acabar de colocar sus ornamentos en brazos y cuello, Mairy retrocedió algunos pasos y la miró con lágrimas en los ojos.

—Estás tan bonita, hija.

Raven sintió ganas de llorar, pero en lugar de eso sonrió y dio media vuelta para ver cómo el vestido ondeaba alrededor de su cuerpo. Pensó en que debería sentirse agradecida y dichosa. Y, ciertamente, así se sentía en aquel momento.

De pronto se descubrió pensando en si le gustaría a alguien en particular. Alguien con nombre angelical, dotado de unos grandes ojos grises que podían demostrar amor y ternura a todos... menos a ella.

Sí. El único problema de esa boda era el novio.

Respiró hondo dispuesta a olvidarse de ello por un momento, hasta que recordó la sonrisa de Gabriel, esa sonrisa ladina que no podía presagiar nada bueno. «Te deseo» le había dicho la noche anterior. Sintió arder sus mejillas cuando pensó en los besos robados, en sus indecentes caricias, en cómo la tocaba... apasionadamente y juraría que, en algunos momentos, con cierta reverencia.

—¿Tienes calor? —se apresuró a preguntar Mairy al verla enrojecer—. Es mejor que te apartes del fuego.

—Sí —asintió ella, aunque sabía que sus mejillas ardientes poco tenían que ver con las llamas de la chimenea.

—Es hora de bajar, Gabriel debe estar esperándonos en la capilla.

—¿Tan pronto? —preguntó ella.

Mairy asintió.

—Sí, de hecho, se nos hace tarde.

Las mujeres se apresuraron a salir de la habitación y se quedaron a los pies de la escalera viendo cómo ella descendía hasta el salón. De allí la escoltaron hacia la entrada, donde Murdock la esperaba.

—Si me permite —dijo ofreciéndole el brazo—, será un honor escoltarla hasta la capilla.

Mairy asintió emocionada.

—Nadie podría hacer mejor ese trabajo.

Raven asintió.

—Sé que su padre no está aquí, y como mejor amigo de Ian que fui, déjeme en su recuerdo hacer el corto recorrido hasta entregarla a su hijo.

Al mencionar a Ian las dos mujeres se emocionaron.

—Será todo un honor que me entregue en el altar.

El hombre rio, y sus ojos se humedecieron. Parecía tan complacido y emocionado como Mairy.

—Entonces, vamos.

Fuera del salón, todo el clan estaba reunido en el patio de armas. Y, por consiguiente, toda la

pequeña capilla debía estar abarrotada por personas que iban a presencias como ella pronunciaría unas simples palabras: «Sí quiero».

Murdock y ella habían dejado atrás la sólida escalera de piedra que conducía al patio. Justo en la entrada, Owen y Callum la aguardaban para despejar el pasillo de gente, antes de su avance. Raven no se fijó en sus miradas, si lo hubiera hecho se habría dado cuenta en que ambos guerreros estaban embelesados por la belleza de la fea Raven. Puede que ella no se hubiese dado cuenta en ese instante, pero aquel apodo, desde ese momento, quedaba para siempre en el olvido. Y no porque fuera a convertirse en su nueva señora, sino porque simplemente no tenía razón de ser. La fea Raven era una de las criaturas más hermosas que hubieran visto jamás los ojos de los miembros del clan McDonald, y así recordaría siempre aquella criatura que entró como Raven McDowell y salió convertida en la señora de los McDonald.

—¿Por qué demonios tarda tanto?

Liam, que hacía de padrino, estaba a su lado y resopló. Esperaba que las mujeres llegaran pronto, o de lo contrario, estrangularía al impaciente novio, y todo aquello se habría acabado antes de empezar.

Dentro de la capilla, Gabriel la aguardaba, como quien espera su ejecución, o quizás eso es lo que él quería creer. Se decía que su objetivo no era otro que acabar todo aquello cuanto antes. Como aquel que intenta quitarse la costra de una herida de un tirón, para no volver a pensar en ella. Pero si fuese sincero consigo mismo, admitiría que lo que deseaba es empezar cuanto antes aquel tortuoso camino que llamaban matrimonio. La incertidumbre de cómo sería este, era peor que el hecho de estar casado.

No habían empezado con buen pie, bien lo sabía Dios. Sentía una quemazón en su vientre y pecho al estar frente a ella, quizás rabia y algo de furia, por ser la hija de quien era y también por burlarse de él hacía tanto tiempo.

A pesar de que ahora era el *laird* de los McDonald, temido por muchos y envidiado por tantos, frente a Raven... era como volver a tener quince años. Se sentía pequeño e insignificante. Jamás una mujer le había humillado tanto como la que se convertiría en su esposa.

El murmullo general hizo que prestara atención a la entrada de la capilla. Después, el silencio.

Entonces supo que pasaba: todos se habían quedado sin habla.

Cuando su futura esposa avanzó hacia él, atravesando el umbral, a Gabriel se le olvidó todo pensamiento coherente. Solo uno quedó grabado a fuego. Su esposa nada tenía que ver con la antigua niña odiosa de antaño.

Raven era bella. Unos inmensos ojos almendrados y un cabello sedoso y del color de la miel clara, hacían de ella un bocado tan apetitoso que ningún hombre podía evitar pensar en actos lujuriosos cuando la contemplaba. Sintió cómo su cuerpo reaccionaba, inflamándose de deseo como la noche anterior. Se apresuró a llevar la mirada hacia el cura desdentado, que parecía presa del mismo embrujo que todos los presentes, y quien levantó la vista e hizo algo que Gabriel no le había visto hacer antes. Sonrió feliz y contento, mientras ambos esperaban al pie del altar.

Las campanas resonaron mientras dos niñas esparcían pétalos de flores frente a los pies de Raven que cada vez estaba más cerca de ellos. Gabriel sintió cómo su pecho se hinchaba al respirar profundamente. De pronto, la voz de su primo lo distrajo de su angelical visión.

—¿A que ya no te sientes tan desgraciado? —le susurró Liam.

No obstante, no pudo replicar, centrado como estaba en mirar a la novia que Murdock llevaba del brazo. Unos pasos más y ya estaría a su lado.

Gabriel observó la primera fila donde su madre lloraba emocionada y tuvo que reprimir poner los ojos en blanco. Callum y Owen se habían sentado a su lado, dejando otro asiento libre para Murdock.

Cuando miró de nuevo a Raven un escalofrío le subió de la base de la columna hasta la nuca. Un fogonazo de deseo se esparció por su vientre y lo dejó atontado y sin habla.

Parpadeó varias veces ante la visión que era su futura esposa. El largo vestido le estilizaba la figura, sin embargo, la fina cinta anudada en la cintura revelaba unas caderas plenas. Igual de plenos y abultados se dejaban ver sus pechos, hermosamente altivos sobre el escote redondeado. Entre las manos, Raven estrujaba un pequeño ramo de flores blancas. Sus nudillos estaban pálidos y por eso se dio cuenta que no estaba acostumbrada a ser el centro de atención.

Estaba nerviosa.

Gabriel sonrió, no por maldad. Verla pasarlo mal le tranquilizaba a él.

Si no le gustaba ser el centro de todas las miradas, sería mejor que se fuera acostumbrando. Ningún hombre volvería a ignorarla jamás cuando ella pasara por su lado, y ese era un hecho que le molestó bastante. Se fijó en los congregados y pudo ver alguna que otra mirada de deseo. Apretó los puños y se dijo que tendría que dejar claras un par de cosas a esos irrespetuosos. Por otra parte, ninguna mujer dejaría de envidiarla por su belleza y por el acontecimiento que iba a producirse entre las paredes de la capilla.

Su señora McDonald. El pecho se hinchó de nuevo al tomar aire. Sorprendido, se dijo que debía tener cuidado. ¿Podría empezar a sentir orgullo por llamarla esposa?

Raven la fea había muerto, como quien mata una leyenda, esta se había transformado creando una nueva. Raven la hermosa, la gran señora de los McDonald.

Cuando Murdock llegó al altar y entregó a la novia, Gabriel tomó su delicada mano entre sus dedos. La sintió tibia al tacto y notó cómo temblaba ligeramente. Sus dedos entraron en calor por el mero contacto y se preguntó cuánto tiempo tendría que transcurrir hasta que dejara de sentir aquellas sensaciones cada vez que la tocara.

No se hablaron, pero sí se miraron intensamente.

Cada uno con inescrutables semblantes.

—Queridos hermanos...

A la señal del párroco se arrodillaron al unísono y todo pareció marchar tal y como se esperaba que debía ser una cristiana ceremonia. No hubo novia llorosa ni miedosa, no hubo novio reticente, y se escucharon los votos con voz alta y clara para que todos los testigos pudieran dar fe del enlace en el futuro.

Mairy lloró Murdock quien le dio leves palmaditas en las manos para que se calmara. Gabriel escuchó el sollozo de su madre e inevitablemente meneó la cabeza con una sonrisa. Echó un vistazo a sus espaldas el tiempo justo para verla secándose las lágrimas. No podía culparla, sabía demasiado bien cuánto tiempo había esperado la mujer todo aquello. Ahora en lugar del enlace esperaba el bautizo de sus nietos y mucho se temía que iba a tener mucha más presión en ese aspecto.

Cuando los congregados aplaudieron, Raven sonrió aliviada de que todo hubiera terminado. Se volvió hacia él y a sus oídos estallaron más vítores y aplausos. Un tierno rubor cubría sus mejillas y Gabriel la encontró tan irresistible que no pudo evitar inclinarse sobre ella.

—Puede besar a la novia.

Los labios de Gabriel rozaron los de la que ahora era su esposa. Eso estaba destinado a ser un gesto de aceptación, un suave roce para sellar la unión ante Dios y los hombres, pero al recordar cuán dulces eran esos labios, Gabriel se olvidó de todo cuanto les rodeaba.

Una mano rozó la cintura de su esposa y la otra ascendió hacia su nuca, acariciando la sensible piel del cuello para atraerla hasta él y obligándola a permanecer allí, sin apartarse, disfrutando del suave roce de sus labios.

Raven se vio envuelta entre sus brazos y antes de darse cuenta lo que estaba haciendo sus manos rodearon el cuello de su esposo.

—Deberías dejar algo para esta noche —la voz de Owen rompió el hechizo.

Gabriel separó sus labios de los de su esposa, pero no dejó de abrazarla.

—Y apiádate de tu esposa —gruñó Liam con una sonrisa—. Sabes que si la asfixias tu madre te matará antes de abandonar la capilla.

Gabriel soltó a Raven con aturdimiento y la miró. Sus mejillas parecían arder y jamás la había

visto tan hermosa.

Raven parpadeó varias veces. Los labios se habían hinchado levemente a causa del roce con los suyos. Por los ojos vidriosos asomaban lágrimas que él esperó que no fueran de miedo o repulsión.

Carraspeó ante todos.

—Es hora de irnos —le dijo Gabriel apartando la mirada y sin ganas de saber qué pensaría realmente ella en aquellos momentos—. Debemos celebrar un banquete.

Bajaron juntos los peldaños que conducían al altar. Gabriel miró las caras sonrientes de los congregados que se apresuraban a salir al patio para compartir la buena nueva con los demás.

Mairy se apresuró a ir junto a su nueva hija para felicitarla.

—Una ceremonia preciosa, hija mía. Bienvenida a la familia. —La abrazó con fuerza y se le saltaron las lágrimas de nuevo.

Raven seguía ruborizada, notaba la presencia de Gabriel a su lado, aunque no lo miraba.

Se sintió furiosa consigo misma, ese bárbaro la besaba y ella parecía perder todo entendimiento. Había disfrutado de aquel beso en un lugar sagrado y se sentía avergonzada. Lo peor es que, hombres y mujeres, sabían exactamente qué estaba sintiendo entre los brazos de su esposo y desde luego lo que pasaría esa noche entre ellos. Intentó no pensar en ello, pero le fue difícil conseguirlo.

Gabriel, por su parte, sentía tanto calor como ardientes estaban las mejillas de Raven. Ardía de puro deseo, y necesitaba serenarse o adelantaría la noche de bodas antes de que el sol se pusiera.

Era inútil estar cerca de ella y no querer tocarla. No podía imaginar cómo había ocurrido aquello, parecía una broma macabra del destino, pero era cierto que no podía estar en la misma habitación y no pensar en mil formas diferentes de poseerla.

Debía serenarse y encontró la manera: decidió ignorar a su mujer. Si centraba toda la atención en las conversaciones de su alrededor y en las felicitaciones de familiares y amigos, tal vez no acabara avergonzándose ante ella.

Alec McAlister estaba ocupando uno de los bancos cercanos al altar. Uno de los más poderosos *lairds* de Escocia se levantó para, con paso firme, acercarse a saludar a los recién casados. Su esposa Roslyn permanecía sonriente a su lado. Saludó a Gabriel afectuosamente.

—Gabriel —la voz melodiosa de Roslyn acompañada de una sonrisa le daban un aspecto angelical—, felicitaciones.

Él sonrió y la risa se convirtió en carcajada cuando Alec le palmeó enérgicamente la espalda. Sin duda, Alec McAlister estaba anonadado por el hecho de que su amigo finalmente decidiera casarse con la fea Raven.

—¿No vas a presentarnos a la novia? —Alec volvió a hacer desaparecer su sonrisa del rostro, más por costumbre que por cansancio. Estaba feliz por su amigo y aquel día era para festejar.

Gabriel se volvió buscando a su esposa y la encontró avanzando hacia ellos con Mairy detrás alentándola a tranquilizarse.

—Os presentó a la nueva señora McDonald. La hermosa *lady* Raven McDonald —añadió para asombro de todos, incluso para el suyo propio.

Raven lo miró como si intentara averiguar si aquello había sido o no una burla. ¿De verdad la había presentado como hermosa?

—Es un placer conocerla —dijo *lady* McAlister.

Gabriel volvió a coger la mano de su esposa con dedos delicados y la hizo avanzar un paso por delante de él. Roslyn sonrió y se apresuró a felicitarla, ella agradeció esa amabilidad.

—Gracias por vuestros buenos deseos.

Minutos después cuando la capilla empezó a quedarse vacía, Raven contempló a la extraña pareja formada por los McAlister. Había oído hablar de ellos, del poderoso *laird* que había compartido formación con su esposo Gabriel en casa de los Kincaid, el cual se había casado con una bella extranjera, a la que, por cierto, había salvado la vida, después de encontrarla moribunda en un páramo de sus tierras.

Raven sonrió al ver cómo avanzaban hacia la salida. Alec McAlister no era apuesto, al menos, no en su criterio. No es que sus rasgos estuvieran carentes de belleza, pero la dureza y tosquedad de estos hicieron que le adjudicara un carácter demasiado severo. Pero Roslyn parecía mirarle como si no hubiera ángel más en el mundo. Y ella en sí era otro ángel. Era bella, más que eso, resultaba hermosa y delicada como una rosa. Sus oscuros cabellos caían en cascada sobre sus pechos e intentaban sin ninguna clase de éxito ocultar su embarazo, visible para aquellos que se fijaran lo suficiente en su vientre.

Cuando un musculoso brazo rodeó los hombros de Roslyn, Raven encontró algo distinto en ellos, quizás la forma con que Alec miraba a su esposa, la protección de su cuerpo, el cuidado que ponía en observar el suelo y sus pies para que no tropezara ni cayera... Eso era amor.

Una puñalada de envidia la atravesó e hizo que se volviera a mirar fijamente a Gabriel. Al cabo de un rato, paró de hablar con Alec y la miró, preguntándose el porqué de su escrutinio. Pero cuando las miradas de ambos se cruzaron Raven apartó los ojos para no tener que admitir lo mucho que le hubiera gustado que Gabriel se casara con ella por un motivo diferente que una obligación.

—¿Ocurre algo, esposa?

Raven cogió aire sorprendida de cómo se escuchaban aquellas palabras en boca de Gabriel. Un hormigueo se extendió por su vientre y negó con la cabeza.

—No, nada malo.

Miró a los McAlister que ya salían al exterior para que ellos fueran los últimos en hacerlo. Alec le ofreció el brazo a su esposa y Raven no pudo menos que notar que Gabriel la sujetaba de igual manera.

Sin prestarle demasiada atención, se dirigieron hacia la salida. Raven agradeció sentir el aire fresco del exterior en sus mejillas.

La celebración siguió en el patio, entre lluvia de pétalos de rosa y vítores de su gente. Un par de comentarios obscenos de los hombres cuando creían que ella no les escuchaba, fueron suficientes para acercarse más a su esposo.

Gabriel clavó su mirada en ella, pero siguió hablando amablemente con los McAlister que tuvieron a bien incluirla en la conversación.

—Llevas un vestido precioso. Tú estás preciosa.

—Muchas gracias.

—Mi boda no fue tan bonita como esta.

Alec rio por lo bajo, y Gabriel lo acompañó en su risa.

—No, creo que fue muy diferente —mientras el *laird* McAlister sonreía, Roslyn le explicó:

—Yo estaba postrada en una cama, cuando Alec se casó conmigo.

Ante la cara de horror de Raven el hombre rio más fuerte.

—Qué horror.

—Por suerte todo quedó atrás. —Roslyn estaba radiante y las miradas que se lanzaban los esposos le decían que todo había salido bien y que ese era un matrimonio por amor que despertaba la envidia de todos.

Sus pensamientos vagaron de una cosa a otra mientras el tiempo avanzaba. Cuando Gabriel la



agarró nuevamente del codo de manera posesiva pero delicada, la hizo subir las escaleras que daban a la entrada del salón.

—Debemos dar la salida a las celebraciones y empezar el banquete.

Raven asintió mientras subían los peldaños.

—Me caen bien los McAlister —dijo Raen para tener algo de conversación con su esposo—. ¿Lo suyo también fue un matrimonio concertado?

—Eso no es asunto tuyo, esposa —dijo algo molesto por creer que iban a compararles con ellos—. Fue un matrimonio por pura conveniencia, algo práctico que salió bien.

«No como el nuestro, que no saldrá bien como sigas con esa actitud», pensó Raven. Pero se mordió el labio y se mantuvo en silencio. No quería ser ella quien estropeará el día.

—Intentemos que el nuestro salga igual de bien.

—Lo dudo —espetó Gabriel recordándole que él se veía obligado a un matrimonio indeseado y que ella jamás sería de su agrado.

El comentario la enfureció y ciertamente le hubiera encantado golpearle, pero no era tan estúpida como para saber que sus actos traerían represalias aún peores.

Lo miró de reojo, más que golpearle, quisiera estrangularle, pero se miró las manos, demasiado pequeñas para su cuello. Y es que él era robusto, musculoso, como lo eran sus hombros, su espalda, su... «Deja de pensar en su cuerpo, niña».

Raven volvió a mirar al frente. Esperaba sinceramente no volver a tener pensamientos que le hicieran arder sus mejillas. Sería mejor no olvidar lo irritante que era ese bruto insensible, pero claro, todo era culpa de él si no tuviera un físico tan impresionante, ella no tendría motivos para distraerse de la manera que lo hacía.

—¿No me has oído? —Gabriel volvió a darse la vuelta para reclamar su atención.

Raven parpadeó. Y Gabriel frunció el entrecejo.

—¿Qué?

—¿Qué miras?

Ella frunció más profundamente el ceño.

—Tu cuello —dijo con una sonrisa. Se rio de que solo ella sabía que quería estrangularlo.

Raven quería añadir algo más, pero puesto que no sabía si tenía suficiente sentido común para detenerse, agradeció que Gabriel olvidara sus palabras y la arrastrara a la mesa principal del salón. El bullicio ahí dentro era ensordecedor, pero la fiesta estaba tan animada que Raven pronto se olvidó de cualquier pensamiento oscuro y disfrutó como nunca de la bebida, de la comida e incluso del baile. Hubo momentos en aquel salón que realmente no parecían dos enemigos obligados a casarse.

Gabriel le dio de beber de su copa, y sintió que las mejillas volvían a arderle, esta vez gracias al vino, o quizás por la mirada extraña y tan profunda con que su marido la miraba.

—Gabriel... —Quiso preguntarle por qué la miraba así, y por qué estaba tan cerca de ella.

Bebió otro trago al tiempo que escuchaba la voz ronca de su esposo.

—Estás realmente precioso...

—¡Gabriel!

La interrupción no pudo llegar en peor momento. El grito de Owen rompió el hechizo. ¿Qué iba a decirle Gabriel? No encontró ninguna burla en las palabras que había empezado a pronunciar.

—¿Que ocurre? —el tono fue el que se usa cuando alguien está realmente molesto y no quiere aparentarlo.

Owen alzó las cejas, como si no quisiera gritarlo a los cuatro vientos. Se acercó deprisa y se inclinó sobre Gabriel para susurrarle...

—Tenemos visita.

Por el ceño fruncido de su esposo, a Raven no le pareció que fuera nada bueno.

—¿Rowyn?

Cuando Raven salió a exterior del salón, Gabriel la acompañó. Dentro, los invitados seguían con la fiesta, pero allí, en el último peldaño, mientras vislumbraban avanzar a los recién llegados, la expresión de Raven era más bien de funeral.

A sus pies, en el patio, Rowyn apareció como la reina que siempre había creído ser.

Raven miró por encima de su hombro a Gabriel. Lo vio absorto hasta que se dio cuenta de que su esposa intentaba averiguar cuál era su parecer. Pero él no estaba dispuesto a revelar ninguna emoción.

Con un gesto de su mano y otro de su cabeza, alentó a sus soldados para que rodearan a los McDowell que habían llegado. Rowyn desmontó con ayuda de uno de sus hombres, ya no la escoltaban los hombres de su difunto marido, sino guardias de su padre.

Raven volvió a centrar su atención al frente, en el carro cargado con baúles que su hermana se había encargado de llevar hasta allí el día de su boda.

—Querida hermana... —la voz de Rowyn se levantó y voló hacia ella entre la brisa de la tarde.

Se limitó a respirar hondo y a revisar que su vestido siguiera tan imaculado como durante la ceremonia.

—Bienvenida.

Rowyn subió los peldaños bajo la atenta mirada de todos.

—Estás hermosa.

Raven frunció el ceño ante la sonrisa radiante de su hermana. ¿Cuándo le había dedicado una palabra amable ella? ¿Sería posible que tantos años fuera de casa la hubieran cambiado? Sin demasiado ánimo le respondió a su abrazo.

Luego se apartó y miró a Gabriel.

—Querido... Gabriel —dijo Rowyn perdiendo la sonrisa por un instante... pero solo por un momento.

—Bienvenida —arrastró la palabra para que no le quedara ninguna duda que no se alegraba en absoluto de verla. No, después de lo que había pasado entre ellos la última vez que se vieron.

Pero a Rowyn no le importaba del humor que él estuviera. Tenía un objetivo, el de quedarse, y lo conseguiría a toda costa.

—No sabía que hoy era el día de tu boda —dijo mirándola de arriba abajo.

Sí, estaba hermosa. Apretó los dientes sin dejar de sonreír. ¿Cuándo su hermana se había convertido en algo digno de admirar? Le tomó de nuevo las manos, centrando toda su atención en ella.

—Siento haberme perdido la ceremonia, quise venir antes, pero hubiese sido grosero abandonar a padre el mismo día de mi llegada. Pero ya estoy aquí...

—Ya veo...

—Y he venido a quedarme.

Eso sí que era una puñalada en el vientre.

Raven cabeceó, sin atreverse a separar los labios.

No es que odiara su presencia, esa era una palabra muy fuerte. Pero, sin lugar a duda, su presencia no presagiaba nada bueno en su vida.

—Siento tanto haberme perdido el enlace. Lo lamento profundamente.

—Seguro que sí.

Al escuchar esa voz los tres se volvieron.

Mairy había salido del salón y con una expresión que no dejaba intuir lo que realmente pensaba, se acercó a ellos, parándose junto a su hijo y tomándole del brazo.

Rowyn tenía artes y belleza para engañar a cualquiera, pero no a ella.

Era muy mala idea que aquella mujer estuviera en las tierras McDonald por muy hermana que fuera de su dulce nuera. De todas formas, iba a optar esa noche por la diplomacia.

—Bienvenida. Pasa a celebrar con nosotros el matrimonio de tu hermana con mi hijo, por favor.

Mairy extendió el brazo, sin darle opción a negarse.

Aunque no era lo que deseaba, avanzó escoltada por ella, dejando atrás a los dos recién casados que se miraron sin saber muy bien qué decirse el uno al otro.

En el salón el calor era asfixiante, la comida copiosa y el vino rodaba a raudales.

Rowyn se sentó junto a su hermana, acaparando las miradas de sus soldados que ella disfrutaba. No había perdido ni un ápice de belleza y eso aumentaba la seguridad en sí misma, seguridad que, no cabía duda, iba a ayudarla para reclamar la atención del *laird*, que apreciaría la belleza, tanto como hacían sus soldados.

—Bueno, menudo recibimiento —dijo Rowyn absorta en todo el trajín que la rodeaba.

—Me gustaría haberte recibido como es debido, pero no esperaba tu visita... tan pronto —se atrevió a añadir.

Rowyn enarcó sus perfectas cejas.

—Así que, ¿no soy bien recibida?

Raven parpadeó y se apresuró a corregir el malentendido.

—Por supuesto que eres bienvenida.

Como si Rowyn aceptara que todo había sido un malentendido desvió la conversación.

—Mi hermana casada, quién lo iba a decir, después de tantos años esperando que el compromiso...

—¿Un dulce, querida?

Mairy le acercó la bandeja de pastas con miel.

Gabriel sin poder contenerse soltó una leve carcajada que se apresuró a camuflar con una tos. Sin duda, su madre sabía cómo lidiar con semejantes mujeres.

—No, gracias —dijo mirándola de pronto en silencio.

Sí, la bruja sabía demasiado bien a qué había venido, y no estaba dispuesta a que ninguneara a su flamante nuera delante de nadie y mucho menos de su hijo.

—Esperaba que hicieras una cena en mi honor cuando llegara —dijo su hermana a Raven—. No pensaba encontrarme con tu espléndida boda.

Mientras las mujeres hablaban, Gabriel pasaba sus ojos por ellas, fijándolos más adelante en su esposa, que había recogido sus manos en su regazo y permanecía con la cabeza gacha y en silencio.

—No pareces muy feliz, Raven.

Ella alzó la mirada al percatarse de que esa voz era la de Gabriel derramándose en su oído.

¿Ella? ¿Feliz? No... no sabía ni siquiera qué debía sentir.

—Yo... ha sido un día muy largo.

Al responder y mirarle a los ojos, Gabriel se quedó tan en silencio como ella. De pronto, el bullicioso salón parecía haber dejado de existir y solo estaban ellos dos, solos, en silencio, a no

ser por el latido de sus propios corazones.

Al verlos tan juntos, Rowyn no pudo soportarlo. Era hora de poner en marcha el primer plan de su estancia allí, pero para eso debía conseguir una fuerte distracción. De momento se divertiría con la ingenuidad de su hermana.

—Y dígame, *lady* McDowell, ¿sabrá adaptarse mi hermana a la administración de la fortaleza? —dijo Rowyn con toda intención.

Eso hizo que Raven desviara la atención de su esposo y la pusiera en ella y en Mairy, que enseguida le lanzó una mirada tranquilizadora. Bendita fuera.

—Perfectamente, diría yo. —Cogió con cariño la mano de Raven por encima de la mesa y se la apretó—. Ella será el soplo de aire fresco que necesitamos y me liberará pronto de todas las cargas. Esta pobre anciana no podría desear que nadie más se hiciera cargo de sus obligaciones.

Raven se ruborizó y se le llenaron los ojos de lágrimas por el agradecimiento.

Rowyn no tardó en soltar una risita exasperante.

—Lamentablemente debo decir que mi hermana no es muy virtuosa en el dominio de las artes femeninas, por no decir que no posee ningún atributo que todo el mundo cabría esperar en una dama...

Murdock, a la izquierda de Mairy, gruñó y miró a Gabriel como si se hubiera dado cuenta de que habían puesto a una serpiente en el cesto de manzanas. Gabriel meneó la cabeza, dispuesto a no dejar pasar por alto aquello, pero enseguida la mano de su madre se puso sobre la suya. Como también tenía la de Raven, las juntó sobre la mesa.

—¿Por qué no bailáis para nosotros? Festejemos que estáis casados, que sois jóvenes y la pareja más envidiada de la noche.

Raven sintió cómo la palma de la mano de Gabriel calentaba la suya, y también se calentó su pecho, cuando Gabriel asintió y la miró tan intensamente que creía su corazón iba a pararse.

—Me parece una idea excelente.

¿En serio? Ella era muy torpe bailando y... cuando su esposo la tomó de la mano y la llevó al centro del salón, las gaitas empezaron a sonar melodiosamente. El tambor resonó en el salón y cuando Gabriel empezó a bailar delante de ella, sus mejillas ardieron y no pudo menos que ponerse a reír entre los vítores de su gente. No supo muy bien cuándo, pero en algún momento, cuando él la hizo girar entre sus brazos, pensó que era la mejor noche de su vida.

Sentada a la mesa, Rowyn desplazó su mirada sobre los hombres y mujeres del salón, nadie la miraba a ella, a excepción de un apuesto guerrero, con el cabello rubio, que le sonrió y alzó la copa hacia ella a modo de saludo. Ella alzó el mentón como si no estuviera interesada en sus atenciones. Pero pronto dejó el juego del coqueteo al sentirse invisible por todos los demás.

Ahora todas las miradas estaban puestas en la pareja de amantes. Rowyn rio acariciando su anillo. ¿Amantes? No, ella no estaba dispuesta a que eso sucediera.

Con un movimiento casual tomó la copa de vino de Gabriel, que estaba justo a su izquierda, y poniendo la copa sobre su falda, vertió el contenido del anillo.

Rio más fuerte mientras removía el polvo con el dedo. Entonces agarró la jarra y vertió vino en la copa de Gabriel, llenándola hasta el borde. Cuando la puso en su lugar, la mirada de Mairy se paró en ella. Rowyn le sonrió con candor, y al instante vertió también vino en la jarra de su hermana, hasta que se convenció de que Mairy no había visto nada más que una atenta hermana llenando las copas de sus seres queridos para festejar ese acontecimiento tan especial.

La cena consiguió celebrarse sin más incidentes.

Raven estaba relajada y contenta. Muy contenta. Algo que no le extrañó los más mínimo a su marido después de semejante ingesta de vino. Él también había bebido más de la cuenta; al llegar a la mesa de nuevo, se había encontrado su copa rebosante. Antes de que pudiera hacer nada, su madre bebió un sorbo.

—Para brindar contigo.

—Gracias, madre.

Al darse cuenta de que el vino de la copa tenía el sabor de siempre, y no encontró nada amargo en ella, sonrió. Rowyn frunció el ceño y se fingió ofendida. Sin duda, la maldita vieja bruja había pensado que le había puesto algo en la bebida, y con cuánta razón. Para que no pensara mal, ella misma cogió la copa de su hermana y bebió a su salud. Al hacerlo, vio que Mairy se relajaba.

Esa condenada mujer debería tener mucho cuidado con cualquiera de sus planes. Había prometido a su padre que no le haría daño, y así pensaba hacerlo, al menos que se interpusiera demasiado en sus planes.

Una hora después, Gabriel decidió que había llegado el momento de despedirse de sus invitados e iniciar a los ojos de Dios y de los hombres la vida con su esposa.

Su invitado de honor, Alex, se levantó de la mesa justo en el momento que él iba a hacerlo.

—Nos retiramos, querido amigo. —McAlister agarró firmemente a su mujer por el codo y la ayudó a levantarse—. Mi esposa necesita descansar.

Roslyn asintió con la cabeza y miró a Raven agradecida.

—Ha sido un día maravilloso.

—Espero que paséis buena noche.

—Lo mismo os deseo —al decirlo, Alec miró a Gabriel y este puso los ojos en blanco mientras el enorme hombre reía.

Cinco minutos después de que sus invitados de honor desaparecieran del salón, Gabriel se sintió impaciente. Su pierna se movía arriba y abajo. No veía la hora de estar junto a su esposa, a solas encerrados en su maldita alcoba.

—¿Raven? —captó su atención de pronto.

—¿Sí?

—Vete a nuestra habitación.

Ella tardó en reaccionar.

A sus oídos llegaron las risotadas de Laim y Callum que habían escuchado la tan poco delicada orden de su esposo.

—Hijo. —Mairy meneó la cabeza con desaprobación.

—Quiero decir... ¿estás cansada? Deberíamos retirarnos ya.

Mairy asintió. Bien hecho.

A su esposo le faltaban algo de modales, se dijo Raven, pero realmente había sido un día agotador y necesitaba descansar.

—Por supuesto. —Miró a Agnes que enseguida se levantó dispuesta a atenderla.

Llevaba una sonrisa deslumbrante en el rostro.

—Yo te acompañaré, querida hermana.

La sorpresa se apoderó del rostro de Raven. Mairy iba a decir algo cuando escuchó que su nuera asentía.

—Claro, eso me complacería mucho.

—Una chica debe prepararse para una noche especial, no todos los días una disfruta de su noche de bodas.

Las rodillas se le aflojaron y Raven cayó de nuevo en su silla. Tragó saliva e intentó sonreír.

—He bebido un poco.

Pero lo que realmente la azoraba es que esa... era su noche de bodas.

El estruendo de copas entrecrocando, los cánticos y la música melodiosa de las gaitas subían por las paredes de la fortaleza y se perdían por los corredores del castillo. Hacía buen tiempo y las celebraciones de aquellos que no habían sido invitados en el salón se seguían celebrando fuera junto a los grandes barriles de vino y cerveza que Gabriel había mandado sacar de la bodega para la ocasión.

Hacía calor en el salón, por eso cuando subió hacia el corredor del piso de arriba, junto a Agnes y Rowyn, ella agradeció el ambiente más fresco.

Aquella era su noche de bodas y Raven no sabía lo que iba a pasar entre esas cuatro paredes, aunque más o menos tenía una ligera idea. Cuando llegaron a la alcoba, Agnes sacó su hermoso camisón blanco bordado. Ella le dedicó una sonrisa agradecida. La ayudó a quitarse el vestido y desató los lazos del corpiño.

Raven miró al fuego y pensó en los besos que Gabriel le había dado. No podía salir tan mal, cuando pensaba en las noches anteriores. Era un arrogante insufrible, y un patán, pero había despertado el deseo en ella. Sería gentil y...

Al ver cómo Raven sonreía a la luz del fuego, Rowyn no pudo soportarlo más.

—Agnes, vete a la cocina y trae un balde de agua tibia.

La doncella la miró y después a Raven.

—Yo... me he bañado esta...

—Vamos, tendrás que refrescarte un poco, siempre es mejor que la novia huela a rosas.

—Aquí hay agua...

—A la cocina, Agnes... ya.

La doncella hizo una reverencia y miró a Raven con pena, y de igual modo ella le devolvió la misma mirada.

Cuando escuchó que se cerraba la puerta, Rowyn acabó de deshacerle los lazos del vestido.

—Como no tenemos madre... creo que es mi deber de hermana ya casada de advertirte sobre lo que pasará hoy.

Raven se puso tensa.

—Tengo una ligera idea.

—¿De verdad?

La sonrisa maliciosa de Rowyn acompañó a su rostro mientras empezaba a hablar.

—La primera vez, porque supongo que eres virgen y no una ramera...

—¡Claro que lo soy!

—Bien, porque sé de alguna novia, de cuya virtud su marido estaba dudoso de haberla arrebatado y que terminó muy mal.

Un nudo se creó en estómago de Raven.

—Yo soy doncella.

—Eso carece de importancia, lo primordial es que Gabriel lo crea así.

—¿Quieres decir que no será evidente?

—Claro... estoy segura de que sí. Solo que... por si acaso, asegúrate de ello.

¿Cómo? Quiso preguntarle, pero estaba segura de que su hermana todo eso lo hacía para fastidiarla.

—Me estás poniendo nerviosa.

—Oh, no es esa mi intención. Solo quería contarte mi experiencia.



Eso no pareció tranquilizarla en lo más mínimo.

—¿Cómo fue? —preguntó al cabo de unos minutos en silencio.

Rowyn sonrió acabando de desanudar todos los lazos de su ropa interior y la ayudó a quitársela.

Rowyn suspiró como si lo que iba a decirle era lo más normal del mundo.

—Habrá sangre y te dolerá espantosamente. Dicen que tu esposo es un hombre de apetitos bastante intensos.

Raven intentó darse la vuelta para mirar a la cara a su hermana; cuando lo hizo, ella tomó el camisón y se lo pasó por la cabeza.

—¿Quién lo dice?

Rowyn se encogió de hombros.

—Mujeres... en la cocina, las mujeres hablan.

—No has estado en la cocina.

—De esta casa no —le dijo con una sonrisa cruel—. Los apetitos de tu esposo son bastante legendarios. Tiene muchas amantes esparcidas por todas las Highlands.

A Raven se le entrecortó la respiración.

—Yo, no...

—¿No tenías ni idea? —preguntó con un mohín de disgusto—. Pobrecita. Pero, no debes preocuparte, todos los hombres tienen amantes. Y algunas lo agradecemos mucho, ya que gracias a eso no tenemos que pasar cada noche por algo tan espantoso como la noche de bodas.

—¿Qué? —Estaba mintiendo. ¿No iba a ser horrible?—. Gabriel me ha besado, y no me ha parecido horrible.

Rowyn intentó ocultar su enfado y a duras penas lo consiguió. Así que la zorra de su hermanita ya había intimado con su prometido. ¿Hasta dónde habrían llegado? Ciertamente no hasta el final, o habría descartado sus palabras acerca del mal trago que tenía que pasar.

—Eso es aún peor. Si has disfrutado de sus besos y te entregas demasiado alegremente a él, pensará que eres una ramera.

Raven la perforó con la mirada. Y Rowyn se limitó a asentir.

—Así es.

—No es cierto, él no pensará eso de mí.

—Bueno, quizás si haces lo que yo te digo...

Raven dudó, pero... Rowyn era la que había estado casada. La que tenía experiencia sobre el tema del matrimonio y lo que pasaba en una alcoba.

—¿Y qué debería hacer?

Rowyn intentó ocultar una sonrisa maléfica. No lo consiguió, porque Raven no la vio.

Alguien golpeó a la puerta, y Rowyn estaba dispuesta a echar a patadas a Agnes, pero no solo entró ella, sino que Mairy se abrió camino hasta Raven y la abrazó cariñosamente.

—Te llevaré a la alcoba del *laird*. Esta solo era provisional. Ahora la podrás ocupar tú, querida Rowyn.

—Es muy amable —intentó contener su enfado y creyó hacerlo demasiado bien.

—Que descanses.

—A mí me gustaría acompañar...

—Creo que no será posible —dijo Mairy con una sonrisa perenne en la cara.

La voz de Mairy era la de una mujer amable, pero con mano fuerte. Acostumbrada a mandar y hacer prevalecer su voz sobre las demás. Algo a lo que Rowyn no estaba acostumbrada, pero aquella vez tenía que morderse la lengua y retirarse.

Tomó a Raven por los hombros y la acompañó fuera, después de ponerle una manta sobre sus hombros.

Agnes soltó una risita y salió tras ellas, con la jofaina de agua caliente en las manos.

—Acompáñanos, Anges —le rogó Mairy detrás de ella.

La condujo por el corredor y al final de este dobló la esquina.

—Esta es mi habitación —dijo Mairy—. Por si necesitas algo, y esta... —al final de ese corredor una robusta puerta de madera con adornos en hierro le dio la bienvenida— es la tuya.

Al abrir la puerta, Raven se quedó sin habla. Era enorme, y con techos altos. Las paredes estaban forradas de tapices. Frente a la chimenea había una piel de algo que no supo identificar, una gran mesa llena de pergaminos estaba al fondo, junto a la ventana. Pero lo más impresionante de todo era la cama. Una enorme cama con doseles de color borgoña parecía desafiarla a meterse en ella. La suave manta había sido apartada para dejar ver las immaculadas sábanas blancas.

Fue ahí cuando Raven se puso nerviosa y empezó a temblar.

—Vamos, mi niña, no tengas miedo. Mi Gabriel será gentil. Nada tienes que temer.

—Pero... —Raven calló. No quería decirle lo que su hermana le había dicho.

—No hagas caso a nadie, más que a tu cuerpo y tu corazón. Esta experiencia para cada mujer es diferente. Cierto es que para algunas es el infierno, pero para otras es el paraíso.

Alzó los ojos, miró a Mairy esperando que dijera algo más para tranquilizarla, y cuando no lo hizo, se armó de valor para preguntar:

—¿Vos y... el *laird*...?

Agnes se retiró un poco más y dejó la jarra sobre el mueble junto a la puerta, agachó la cabeza como si no quisiera escuchar la conversación.

—Ian era un hombre maravilloso que sabía hacer cosas maravillosas. —Rio Mairy—. Puede que la primera vez no fuera todo lo atento que debería, pero lo compensó con creces en el viaje de nuestras noches conyugales. Y creo poder aventurar que, si a una mujer le encantan los besos de su esposo, le gustarán otras cosas, que esperemos ellos sepan hacer.

Agnes soltó una risita y Mairy también.

Le palmeó las manos y Raven no recordó haberse sentado en una silla frente al fuego. Pero lo cierto es que lo estaba y Mairy ya se estaba alejando.

—¿Y ya está? —dijo algo decepcionada y enfadada—. ¿Eso es todo?

Mairy se encogió de hombros y salió de la habitación. Agnes iba a seguirla, salió, pero entonces su cabeza volvió a entrar.

—No voy a preocuparme lo más mínimo por usted, mi señora —dijo sonriendo—, de hecho, le tengo mucha envidia.

Dijo esto y cerró la puerta. Raven quedó a solas con sus miedos y preocupaciones.

—Pues vaya ayuda.

Gabriel seguía en el salón, no sabía cuánto tiempo necesitaba una novia para prepararse para la noche de bodas, pero supuso que no demasiado. Cuando la vio desaparecer con Rowyn, temió por ella. Si esa arpía le llenaba la cabeza de miedos, no iba a tener una noche demasiado divertida.

Como si su madre hubiese tenido el mismo pensamiento, se había levantado para ir a ayudar a Raven.

—En media hora dirígete a tu alcoba. —Antes de poder dar dos pasos, se volvió de nuevo hacia él— Solo. No quiero que tú y tus hombres montéis un espectáculo.

Collum fue el primero en alzar los brazos en señal de rendición.

—Señora, nos ofende.

Pero Mairy se había limitado a mirarlos uno por uno. A Callum, a Liam, a Owen y, finalmente, a Murrock.

—Yo pondré orden, se lo había prometido a su señora.

Mairy confiaba en Murdock ciegamente, y se había ido hacia la alcoba de Raven para poder tranquilizar a su esposa.

De eso hacía ya casi media hora, así que era momento de marcharse. Cuando se levantó, Callum empezó a golpear la mesa, y todos le siguieron.

—No podéis ser más pueriles.

Pero a esas palabras solo le siguieron más risotadas.

—Murdock.

—Señor. —Había orgullo en la cara del hombre. Al mirarlo, a Gabriel le recordó a su padre.

—Mantenlos alejados.

Murdock hinchó el pecho, como si le hubiesen encomendado una misión de honor.

—Descuida y... —Una sonrisa se dibujó en su arrugada cara—. Me alegra...

Gabriel levantó una mano sin que su sonrisa dejara de ser visible.

—Lo sé. Ya he cumplido tu santa voluntad, la de madre y la de padre... Y la del padre de Raven por añadidura, aunque esta última me trae sin cuidado. Cumpliré esta noche...

—Y esperamos que muchas más, mi señor. —Esta vez fue Liam quien habló.

Con el ruido de sus hombres, los vítores, la música y los aplausos, Gabriel subió las escaleras para ir hacia su noche de bodas. Pero antes de poder llegar al corredor donde estaba la habitación del *laird*, un muchacho llamó su atención.

—¡Mi señor!

—¿Qué ocurre, William? —Conocía al chico, de no más de doce años, de haberlo visto trabajar en las cuadras. Su madre era una chica de confianza en la cocina y estaba muy orgullosa de él.

—Me han entregado este mensaje para usted.

Gabriel lo miró entrecerrando los ojos.

Era inútil preguntarle al chico si lo había leído, porque entendía que no sabía leer.

El sencillo pergamino había sido sellado con cera roja, sin duda de un noble, quizás Alec o alguno de los suyos burlándose de él. Evidentemente la cera no llevaba sello alguno.

Lo abrió y leyó la nota.

El chico inclinó la cabeza y cuando iba a marcharse corriendo, Gabriel lo detuvo.

—¿Mi señor?

—¿Dónde está el mensajero que te ha entregado esto?

La expresión de Gabriel era indescifrable, pero por el tono seco de su señor, el chico pensó que había hecho algo malo.

—No lo vi bien. —Era alguien que no conocía.

—¿Quizás un McDowell?

El chico negó con la cabeza.

—Estaba oscuro, pero juraría que llevaba nuestros colores.

—Bien... —fue lo último que dijo con aire pensativo.

Cuando el chico hubo desaparecido, Alex se quedó de pie en medio del corredor.

Lo que le faltaba, por si no fuera poco haber tenido que casarse con Raven McDowell, ahora esto.

Furioso, respiró hondo varias veces, hasta que pudo pensar con claridad.

Bien, era hora de averiguar cuánta verdad había en esa carta.

Un rato después a Raven le corrió un sudor frío por la espalda.

Pero se enderezó. No, no iba a tenerle miedo a ese bruto insufrible. Que, por cierto... la había dejado sola por más de una hora. ¿Dónde estaría?

Dejó vagar su mirada por entre las vivas llamas del fuego. Se le calentaron las mejillas, y quizás no fuera por el calor que desprendían. Pensó en ese salvaje carente de modales. Sin duda, sería una noche horrible. No era tonta, había visto mil veces el acto sexual entre animales. Bueno, puede que no mil veces, pero un par de ellas. Y si lo que tenía que introducirse entre sus piernas era... bueno... era lo que ella ya había visto años atrás, no tenía por qué preocuparse. Ese pequeño gusano entre las piernas de Gabriel no debería atemorizarla.

Bufó al recordar la escena hace tantos años atrás. Gabriel se había defendido diciendo que el agua estaba muy fría y que ese motivo era el causante de su estado. Raven no le creyó que el agua podía causar semejante efecto, al fin y al cabo, el resto del cuerpo no se había encogido. ¿Cómo iba a ser eso posible? Estaba mintiendo. Años después, Agnes le había dicho que al parecer el tamaño les preocupaba mucho, y lo medían como si fuese su única cosa que los hicieran hombres.

Según había comprobado a través de los años, por conversaciones groseras escuchadas por casualidad o a escondidas, los hombres se vanagloriaban de «eso», aunque en realidad no midiera más que medio dedo meñique, y eso parecía ser el caso de Gabriel, aunque él actuara como si fuera todo lo contrario.

Raven estaba tan concentrada en sus cavilaciones que dio un grito al escuchar la voz de su esposo tras de sí.

—Veo que me esperas, esposa. ¿Vas a volverte obediente?

Raven dio un respingo, y se volvió hacia la puerta que él acababa de cerrar.

Él sonreía.

Gabriel quedó inmóvil observando el tapiz con el que se cubrían los portones de madera de las ventanas. Todo en aquella habitación parecía ser más cálido de lo habitual, y quizás fuera por ella. Su esposa. Así lo pensó hasta que su lengua de serpiente volvió a moverse.

—Tu madre me ha llevado hasta aquí. Puedes suponer que yo hubiese preferido cualquier sitio.

Gabriel puso los ojos en blanco.

—¿Incluso el establo, esposa?

Ella se levantó para encararlo. De hecho, tomó aire y después cerró lentamente la boca, como si se lo hubiera pensado mejor.

«Sí —pensó Gabriel—, definitivamente todo estaba más cálido, menos el corazón de su esposa».

Raven escuchó los pasos rápidos de Gabriel avanzar hacia ella. Notó cómo las manos masculinas la agarraban de los hombros y le daba la vuelta sin ninguna clase de preámbulos. Al instante, le sujetaban las muñecas, mirándolas ansiosamente, como si esperara encontrar algo en ella.

Raven hizo una mueca de extrañeza.

—¿Qué ocurre?

Él la miró de arriba abajo, frustrado. Como si hubiera un misterio delante de él que no pudiera resolver.

—Gabriel —susurró Raven con el ceño fruncido.

Él la soltó, apartándose un paso. Entonces alzó el mentón y la miró de arriba abajo.

—Desnúdate.

—¿Qu... qué?

Raven palideció. ¿Ya estaba? ¿Eso era lo que iba a ocurrir? ¿Tan pronto?

Pues vaya, al menos la ansiedad para saber cuánto debía esperar antes de consumir el matrimonio, había acabado.

—De acuerdo —murmuró molesta.

—Bien.

Alzó la mirada hacia él cuando Gabriel le replicó. En sus ojos, Raven pudo ver claramente que no sería cortés ni amable. Realmente el semblante de su esposo era frío y serio, incluso puede que furioso, pero ¿por qué? ¿Qué había hecho esta vez?

Raven encontró dificultad en deshacer el lazo frontal de su camisón que adornaba su escote. Se le entrecortó la respiración. Él la miraba demasiado intensamente. Le entraron ganas de llorar.

Quizás las lágrimas lo alejaran y esa fuera una solución...

No tuvo tiempo de pensar en ello, Gabriel dio un paso hacia ella y de un tirón deshizo el lazo, incluso rasgó la fina tela de la hermosa prenda, uno de sus hombros quedó desnudo y abrió la boca sorprendida.

—¡Estás enfadado! —dijo sorprendida y furiosa.

Aquello no era una pregunta y desde luego la cara de Gabriel no era la de un hombre felizmente casado que esperaba que su esposa estuviera feliz por sus atenciones.

—Quizás sí.

Ella pateó el suelo. Algo muy infantil, pero que al menos aliviaba un poco la tensión que sentía. Era eso o abrirle la cabeza, y esa segunda opción no era válida. Él era más grande, más fuerte y, sobre todo, mucho más cruel que ella.

—A mí también me han obligado a casarme, Gabriel. Te lo digo por si lo has olvidado, o crees...

—Cállate —dijo acercándose de nuevo a ella.

Ante su tono imperativo, ella obedeció. Pero no ocultó el rostro, alzó el mentón y lo miró a la cara.

—Siempre tan desafiante, ¿verdad?

Ahora era ella la que no respondió. Quizás no lo fuera si él no se comportara con un patán siempre que estaba en su presencia.

Gabriel alzó una mano que posó en su delicado hombro. Ella era una mujer menuda, al menos para él. Su cabeza le llegaba a la barbilla, y si ella quisiera besarle alguna vez, debería ponerse de puntillas para alcanzar sus labios.

¡Maldita sea! En serio estaba pensando en besos. La nota le quemaba, estaba prendida a su cinto, y él pensaba en besar a su esposa, o peor, que su esposa lo besara a él por propia voluntad.

Cerró los ojos por unos instantes y agradeció que Raven estuviera en silencio. Mientras veía cómo ella intentaba cubrirse los pechos con sus delicadas manos y miraba hacia el fuego, él, en su mente, podía volver a leer las palabras del mensaje.

Sí podía repetir las, leerlas una y otra vez, y su significado no iba a cambiar.

*Tu esposa busca tu muerte, y pronto.*

Le alzó la barbilla con el dedo índice para que lo mirara a la cara.

Ella no se resistió y él pudo ver esos intensos ojos pardos, mirándola con rabia y cierto miedo. ¿Sería Raven capaz de eso? Aquella mocosa, aquella mujer insignificante que se había convertido en blanco de su ardiente deseo, ¿sería capaz de matarle?

¡Maldición!, debería estar prohibido desear algo con tanta fuerza.

No sabía muy bien qué hacer, pero sin duda lo que se hacía en una noche tan señalada era más que obvio.

Era su noche de bodas y, por otra parte, qué mejor momento para deshacerse de él que este, antes de que él la tocara, de que según ella la mancillara con su cuerpo. Pero cuando había entrado, él no encontró arma alguna en sus manos. Y estaba seguro que, de querer matarlo, no lo haría a sangre fría. Quizás acabar con él con algo de veneno... era otra posibilidad, pero miró a su alrededor y no encontró que le hubiese servido vino en su copa.

—¿Tienes sed? —dijo al ver que miraba la jarra.

—¿Por qué?, ¿quieres que beba?

Ella lo miró extrañada.

*Por mí como si te ahogas.*

—Solo preguntaba porque estabas absorto en la jarra.

—No buscaba la jarra.

Ella se encogió de hombros. Lo vio buscar algo bajo la luz mortecina de las velas. ¿No pretendería azotarla, no?

—Si buscas algo podría ayudarte.

—No —dijo Gabriel, y su voz sonó increíblemente grave—. Todo lo que busco está ante mis ojos.

No supo por qué, pero ella se estremeció y no era precisamente de miedo.

—Está bien —susurró Raven. De nuevo apartó la vista hacia las llamas.

Sería mejor acabar con eso cuanto antes. No estaba dispuesta a que se burlara de ella, ni que la tratara con frialdad y total indiferencia, como tampoco quería recordar aquella noche y odiarle. Así que... sin más, tiró de la tela y sacó sus brazos de las mangas. El vestido desgarrado cayó hasta su cintura. Abrió la boca para decir algo, pero no encontró las palabras.

La contempló como jamás había sido apreciada, y ella sin saber por qué, se sintió dichosa al ver las sensaciones que bailoteaban en sus ojos.

Deseo, simple y llanamente, deseo.

Gabriel respiró con fuerza.

Allí estaba ella, la niña que tantos dolores de cabeza le había dado. Esa mujer a quienes sus padres parecían adorar, esa que sabía que a la mínima ocasión le hundiría una daga en el corazón, o esperaría a clavarle el puñal por la espalda.

La miró y una respiración entrecortada delató su deseo. Ella tenía las manos sobre sus pechos, aguardando que él mismo las apartara para tener una visión más completa de todo cuanto tenía por ofrecerle aquella noche. No esperó y delicadamente se las apartó. Contuvo el aliento. Sus pechos eran una delicia, altos y plenos. Mujeres hubieran matado por ser tan hermosa como lo era Raven bañada por la luz del fuego.

Uno de sus mechones color miel cubrían una de esas generosas curvas. Cuando lo apartó con un dedo, rozó la satinada piel y ella pareció estremecerse.

La miró a los ojos y ella no bajó la vista. Lo miraba directamente, como retándole a decirle que no la deseaba.

—Eres hermosa, maldita bruja.

Ella soltó un poco de aire y parpadeó para que sus lágrimas no cayeran.

—Y, aun así, siento que no te complazco.

Gabriel se acercó un último paso y su pecho tocó los de Raven, sus manos cayeron a ambos lados de su cuerpo, hasta que se introdujeron en la fina tela del camisón y tiró de ella, para que superara la barrera de sus caderas y tenerla por fin totalmente desnuda ante él.

No importaba cuantas veces se la había imaginado a lo largo de la noche, nada hacía justicia a la realidad de lo que tenía realmente delante de él.

Pero era una traidora. Había venido aquí a asesinarle. Igual que el padre de ella mató al suyo.

La besó para castigarla. Agarró su nuca y la atrajo hacia él.

Raven se puso de puntillas sobre sus pies desnudos, mientras él la levantaba, rodeándole la cintura desnuda con su brazo. La apretó contra él sin apenas dejarla respirar. Sus pulmones apenas podían tomar aire a través de esos labios entreabiertos que él estaba devorando.

Gimió apretándose más contra el salvaje.

Puede que fueran enemigos, pero... Dios del cielo, podía olvidarse de ello, podía olvidarse de todo cuanto Gabriel McDonald la besaba. Alzó los brazos y se colgó de su cuello, mientras él siguió besándola. Alzó una de sus rodillas para que su muslo se apretara contra él. Rodeó la cintura con su pierna, mientras Gabriel la llevaba a la cama.

Los labios de él siguieron besándola, su lengua penetraba esa exquisita boca, como si fuera la plegaria a su sed. Gimió acariciándola aun de pie frente a la cama. Estaba desnuda y por fin ambas piernas rodeaban su cintura, la tenía totalmente entregada. Y eso... eso era un maldito problema, porque no podía hacerlo.

—Maldita sea. —Separó la boca de los labios de Raven que lo miró completamente azorada. Sus mejillas estaban rojas por el deseo y sus labios hinchados.

—¿Qué? —preguntó ella desconcertada, pero antes de que él le respondiera, Raven se lanzó de nuevo contra su boca, dispuesta a reclamar de nuevo toda su atención.

Rowyn había recorrido todo el corredor con el corazón en un puño. No quería hacer ningún ruido. La alcoba del *laird* estaba más allá de la de su querida madre. Si *lady* Mairy se despertaba y la encontraba ahí... no duraría mucho tiempo en tierras McDonald y lo que ella quería era quedarse para siempre.

Cuando llegó al final del pasillo, pegó la oreja a la puerta.

En una noche de bodas normal, era muy consciente de lo que los esposos deberían estar haciendo. Pero esa no era una noche de bodas corriente, Rowyn se había encargado de ello.

Rio con malicia y se puso la mano sobre la boca.

Escuchó atentamente, y frunció el ceño. Su rostro se llenó de fealdad por la ira incontenible que la invadió.

Gemidos, jadeos... su hermana jadeaba.

Esa maldita perra. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Disfrutar de Gabriel, del hombre que debería haber sido suyo?

Maldita fuera. Eso no podía estar pasando.

Cuando vertió los polvos en la copa de Gabriel, había visto claramente como él hacía buen uso de ella. Era imposible, que un hombre después de beberse aquello, pudiera complacer a una mujer, al menos usando su...

Rowyn se apartó unos palmos de la puerta y la miró con fijeza, como si esperara una respuesta a todo aquello. Y esta no tardó en llegar.

Se escuchó la voz amortiguada de Gabriel, pidiendo algo.

—Para... espera, espera.

—¿Qué? —la voz de su hermana era un gemido—. Has dicho que era hermosa, y me deseas...

—No puedo, para. Algo no va bien.

Rowyn sonrió complacida.



Ahora sí podía irse a dormir tranquila. Cuando se dio media vuelta, solo le faltó bailar por el corredor.

Gabriel no iba a consumir ese matrimonio, no de noche. Ni ninguna otra, si ella podía evitarlo.

Dos horas después, Raven se encontraba con los ojos abiertos como platos, mirando al techo.

Estaba desnuda metida entre las sábanas y cubierta con la manta de los McDonald hasta los pechos. No sabía muy bien qué decir, ni qué hacer para dejar de sentirse... como se sentía.

Se giró hacia un lado dándole la espalda a su esposo.

Seguía siendo fea. Esa era la razón. Por eso estaba intacta todavía, y su marido no había podido consumir su noche de bodas.

Intentó sacarse esos sombríos pensamientos de la cabeza, mientras sentía las respiraciones de Gabriel a su lado. De vez en cuando soltaba algún gruñido, demostrando que estaba despierto y de muy mal humor.

Gabriel también se encontraba desnudo bajo las mantas. No recordaba cómo se había imaginado la noche de bodas, pero ciertamente, lo que había pensado estar haciendo, no era quedarse mirando al techo mientras escuchaba a su esposa suspirar y refunfuñar sin ni siquiera darse cuenta de que lo hacía.

—Gabriel. —La escuchó susurrar sin volverse hacia él.

Un gruñido fue su única respuesta.

—¿Te había ocurrido esto antes?

Él contuvo la respiración. No quería gritarle, así que tardó en responder.

—No —dijo finalmente.

Por supuesto que no le había ocurrido antes, ni con ninguna mujer. Era vergonzoso y denigrante. Maldita fuera ella.

—Todo es culpa tuya —rugió, mientras se levantaba de la cama.

—¿Mía? —Raven se volvió hacia él para comprobar que se había levantado y estaba completamente desnudo. Apartó la mirada mientras se ponía el *kilt* alrededor de la cintura.

—Sí, tuya —le dijo, ajustándose la correa.

Ella se sentó en la cama y alzó la barbilla.

—Es injusto que echas las culpas a la mujer, yo no he hecho absolutamente nada.

Tampoco es que hubiera mucho por hacer. No sabía mucho de esas cosas. Agnes le había explicado que no debía hacer nada, absolutamente nada, que el hombre es quien quería encargarse de todo. *Al menos, al principio. Luego ya descubrirás un par de cosas...* no habían terminado la conversación, pues otras doncellas las habían interrumpido. Así que, si ella no debía hacer nada, no era su culpa que esa noche fuera un completo desastre.

—No me desees, es simplemente eso, ¿verdad? —susurró, pero Gabriel la miró sin entender qué le había preguntado.

—¿Qué diablos murmuras?

—¡Nada! —dijo ella dándole la espalda—. Solo que la culpa no es mía.

De pronto, su mal humor dejó paso a un abatimiento descorazonador.

—No eres el primer hombre que le pasa —dijo en un susurro y lo miró de reojo.

—¿Cómo? —Gabriel no daba crédito, ¿de verdad iba a seguir hablando?

—Al carpintero le pasaba lo mismo. Acuérdate, ¿no recuerdas lo que se decía de él?

Gabriel abrió los ojos como platos.

—¡Por Dios!

Mejor sería que se callara.

—Y Percival Mc...

—¡¡Ese hombre tenía ochenta años!!

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, solo quería decirte que algunos hombres simplemente no pueden... No pueden.

Cuando Gabriel paró de caminar por la habitación y se abalanzó sobre ella supo que no debería haber hablado.

La cogió por los codos arrastrándola fuera de la cama, y sin pensar en las consecuencias vio cómo la sábana resbalaba por su cuerpo, dejándola expuesta.

Su visión era un tormento. Sus pechos plenos, sus piernas... ¡Por todos los infiernos! Sus piernas eran... Gabriel apretó los dientes con fuerza para no gritar. Nada deseaba más que esas piernas rodearan sus caderas mientras la poseía.

—Yo no soy cualquier hombre y créeme que jamás me ha importado lo más mínimo quedarme despierto toda la noche para complacer a una mujer. —Por alguna razón, ella supo que no mentía.

—¿Entonces?

—Eres tú —dijo con los dientes apretados— Tú, maldita sea.

Y en verdad lo era, jamás había deseado tanto a una mujer y... no sabía qué le ocurría. Quizás era la sospecha de que ella no era tan inocente como aparentaba, y posiblemente quería su muerte.

Sí, en definitiva la culpa era suya. Suya por intentar matarlo o porque simplemente era Raven: la piojosa que le daba patadas en la espinilla cuando no alcanzaba el medio metro de estatura, la que aprendió a pegarle mucho antes de saber caminar, la que le tiraba de las trenzas de guerra y se burlaba de su cabellera diciendo que parecía una mujer.

Gabriel cerró los ojos.

Esa Raven a la que detestaba antaño se había convertido en la mujer que deseaba y en la que no podía confiar.

La miró a los ojos y buscó algo que le dijera lo mucho que ella lo odiaba. Lo suficiente para matarlo. Pero solo encontró cierta tristeza en aquellos ojos pardos.

—Lo siento. Siento que no me deseas. Pero no puedo hacer mucho para cambiar mi aspecto y conseguir que...

Ella calló y agachó la cabeza, estaba seguro de que iba a empezar a llorar.

—Maldita sea —murmuró.

Sus manos seguían apretando sus hombros, pero cuando la soltó, Raven sintió la calidez de una manta sobre ella.

Lo que a Raven le dolía era que ni siquiera ella misma encontraba extraño que un hombre no la deseara. Ningún miembro de su clan se había acercado a ella prodigando amor eterno, ni insinuándole que era hermosa, así que se creía una tonta por pensar que entre los McDonald sería diferente. Estaba claro que ella no era su hermana, simplemente Raven.

—Lo siento, Gabriel. —Le dolía que Gabriel no la deseara, que fuera capaz de satisfacer a cualquier mujer menos a ella, así que trató de restarle importancia a algo que la carcomía por dentro.

Había tanta calma y aceptación en su voz que Gabriel tuvo ganas de gritar.

—No te sientas mal. —De algún modo pensó que él tampoco tenía demasiado dominio sobre su propio deseo—. Al fin y al cabo, yo tampoco te deseo. —Se encogió de hombros sin mirarle—. Así que no tienes por qué preocuparte.

Gabriel la soltó, pero no se apartó de ella. Se la quedó mirando, pero ella no parecía dispuesta a decir nada más.

—Que me deseas o no, carece de importancia, mocosa.

Ella se abrazó a sí misma y con un hilo de voz dijo:

—Había oído que era mejor que la mujer deseara al marido... —Él no contestó enseguida y ella pensó que ya no lo haría—. Perdón, no tengo experiencia en esto, es lo que me han dicho.

—Sí, Raven, siempre es mucho mejor que la esposa desee al marido. Pero tú... no tendrás que preocuparte por eso.

Gabriel alzó una ceja esperando que en el rostro de su esposa apareciera el interés por su respuesta. Y lo hizo, alzó el rostro hacia él y movió la cabeza interrogativa.

—Si quiero que me desees, me desearás.

La voz de su esposo era tan seria... Ella se rio encogiéndose de hombros.

—Eres tan arrogante como siempre. No puedes obligarme a que te desee.

Ahora el que sonreía era Gabriel.

—Eres muy ingenua todavía, Raven.

Empujarla con un dedo contra su pecho, fue más que suficiente para que ella cayera en la cama. Inclínándose sobre ella la hizo tenderse de espaldas.

—Pequeña cuervo, ¿qué sabrás acerca del deseo?

Raven notaba el aliento en su cara, dulce y especiado, olor a canela y cerveza.

Respiró profundamente cuando lo notó tenderse desnudo sobre ella. Se había quitado el *kilt* que envolvía sus caderas.

Cerró los ojos y sintió con más fuerza su peso y la caricia de su velludo torso sobre sus pechos. El aliento dulce del hombre se esparció sobre su cara. Sintió una sensación húmeda y placentera cuando la lengua de Gabriel empezó a recorrerle el cuello. Gabriel tenía unos labios que besaban y unos dientes que mordían solo para excitarla. Se retorció inquieta, mientras su esposo seguía inmovilizándola sobre la cama.

Se escuchó un suspiro y Raven ni siquiera se dio cuenta que se le había escapado de entre sus labios.

—Te voy a enseñar un par de cosas sobre el deseo, Raven, así que presta atención.

Ella abrió los ojos y se quedó contemplando a su esposo. Su aliento caliente se derramaba sobre ella y quiso gritar cuando su boca se precipitó sobre uno de sus pechos desnudos. Pudo escuchar cómo succionaba y se retorció ante la pasión de la caricia.

—Gabriel.

Él no paró porque no se lo había pedido, y si empezaba a conocer a su mujercita, no se lo pediría. Raven era una mujer apasionada, lo había podido comprobar las noches anteriores. Ella lo deseaba al más leve roce de su piel o su lengua.

Gabriel dejó caer un poco más de su peso sobre el delicado cuerpo de ella. Mientras, seguía presionando sus muñecas sin hacerle daño, queriendo que estuviera quieta y dispuesta, toda para él.

Raven se estremeció una y otra vez al ritmo de sus íntimos besos, incapaz de soltarse de la firme tenaza que eran las manos de Gabriel. No es que lo pretendiera.

Gimió cuando sintió que él lamía el rosado pezón hasta dejarlo erecto, después hizo lo mismo con el otro. Incapaz de detenerse concentró todas sus atenciones en el generoso pecho de su esposa hasta hacerla jadear su nombre.

—Gabriel, esto no...

Las protestas de Raven se desvanecieron incluso antes de salir de sus labios, fueron sustituidos por gemidos de placer mientras ellas se retorcía contra él. Raven levantó sus caderas hacia él, invitándolo a no sabía qué, pero Gabriel sí lo sabía y sonrió satisfecho antes de contemplar sus ojos envueltos por la bruma del placer.

El movimiento de sus caderas eran lo más erótico que se pudiera desear, pero en la parte baja

de su vientre él estaba muerto. Quiso maldecir, pero al levantar la mirada hacia Raven, la vio anhelante de lo que él pudiera darle.

Meneó la cabeza. Quizás en esta noche, por el motivo que fuera, no hubiera disfrute para él. Pero, por todos los infiernos, que su esposa conocería lo que era el deseo.

Raven no se resistió, se apresuró a separar los muslos al notar una suave rodilla haciendo presión entre ellos. Cuando él la retiró permaneció tal como la había dejado, expuesta a él y para todo el tormento que quisiera provocarle.

La boca de Gabriel volvió a subir apoderándose de sus labios. Arrasó su boca, intercalando el placer de la invasión, con suaves mordiscos apasionados. Sus labios se pusieron rojos como una granada y él los saboreó una y otra vez hasta arrancarle gemidos de placer contra su boca.

Señor, cuanto había deseado hacer aquello, tenderla bajo su cuerpo y besarla a placer. Desde el primer momento que la había besado sentenció que escasas cosas le darían tanto placer como eso. Y no se equivocaba.

Raven, por su lado, ni siquiera podía pensar.

¿Como era posible que aquel hombre que la trataba siempre sin atisbo de delicadeza fuera un amante tan extremadamente dulce y servicial? Cuando ya no sintió los labios de Gabriel en su boca, jadeó con más fuerza, consciente de que algo no iba bien. ¿Por qué había parado de besarla? Quizás porque ahora su cabeza estaba a un palmo de la de ella, sonriendo, admirando la piel por donde él pasaba sus dedos. Primero por la clavícula, después por sus pechos a los que apretó con una mezcla de fuerza y delicadeza y más abajo en su vientre, y más abajo... más más abajo, hasta llegar hasta sus pliegues íntimos que separó para poder atormentarla.

Raven cerró los ojos y gimió. Alzó de nuevo las caderas, frotándose contra esa mano que no debía estar ahí, pero que ella deseaba que no se fuera nunca.

Gabriel estaba sobre ella, aguantando su peso sobre uno de sus codos. No podía dejar de mirar sus ojos cerrados, su hermoso rostro arrebolado y las contracciones de su vientre y sus caderas buscando más.

Entre la bruma del placer, Raven escuchó su risa.

—¿Te gusta Raven?, ¿puedo asegurar que son jadeos de placer lo que se escapan de entre tus labios?

¿Por qué tenía que sonar tan insultantemente arrogante?, se preguntó ella.

Abrió los ojos y vio cómo él la cubría con su cuerpo. Sintió el calor de su piel, mientras descendía sobre ella hacia abajo. La lengua pasó de chupar sus pechos, a marcar un camino húmedo hasta su ombligo y de allí a mucho más abajo a sus rodillas. Raven gritó cuando con sus dientes, Gabriel pellizcó uno de sus muslos. No sabía que pudiera ser tan sensible.

Gritó aferrándose a las sábanas sin saber por qué permitía que él le hiciera todo aquello. Pero cuando la lengua de su esposo ascendió hacia arriba y quedó en aquel lugar húmedo y caliente no pudo hacer otra cosa que suplicar.

— No temas, no pararé, ni habrá dolor.

Y no. Él dijo la verdad en cada una de sus palabras.

Raven se abrió para él. Levantó las caderas y gritó en su agonía a cada movimiento afilado de su lengua. No supo si debía ocurrir aquello y ni le importó.

Se vio incapaz de dominar su cuerpo y eso la asustó. Estaba rendida totalmente a aquel hombre que era su esposo y no pensó cuán peligroso podía ser aquello porque en ese momento se convulsionó de placer.

—Oh, Gabriel.

Pero tal como le había prometido, él no paró. Ni siquiera después de escuchar el rasgar de una

sábana. Vio la espalda arqueada de su esposa mientras su cuerpo se perlaba de sudor.

—¡Gabriel!

Volvió a gritar su nombre mientras contenía el último aliento del éxtasis.

Se quedó laxa y relajada. Permaneció con los ojos vidriosos, como inerte bajo su cuerpo, saciada de placer.

Cuando el cuerpo de Gabriel se situó entre sus muslos y sus dientes mordieron suavemente su cuello no pudo hacer nada más que jadear.

Los pechos de Raven quedaron a merced de las manos de su esposo y ella no pensaba hacer absolutamente nada para apartarlo hasta que escuchó sus palabras.

—¿Lo ves? —dijo rescatando del olvido la conversación que habían mantenido antes de dar rienda suelta al placer.

La miró a los ojos solo para asegurarse de que escuchaba.

—Me desearás cuando yo diga que me desees —su voz no era más que un susurro y su aliento acariciaba la piel húmeda de sudor de su esposa—. Y me complacerás cuando yo diga que me complazcas. —Con cada palabra los ojos de Raven se iban dilatando cada vez más—. Las cosas serán así entre nosotros y no permitiré más protestas de tu afilada lengua.

Raven pestañeó. ¿Estaba soñando aquello?

Aunque en un principio estuviera demasiado adormilada para enfurecerse, las palabras de Gabriel iban penetrando en su mente, al mismo tiempo que su corazón dejaba de retumbar en sus oídos.

Ira era una palabra demasiado suave para describir lo que sentía por su marido cuando recuperó el sentido.

Ella no era una cualquiera para que él la utilizara solo para eso, sin dejarle expresar sus opiniones, ni dejarla siquiera participar en todo aquel ritual. No iba a permitir que las cosas quedaran así.

Pero Gabriel no le dio tiempo de vengarse. Salió de la cama y de su alcance demasiado rápido. Recogió el cinto y su *kilt* sin que ella pudiera darle alcance.

—¿Qué demonios...? —las palabras de Raven quedaron amortiguadas por el portazo que dio su esposo al salir.

Dios era bueno y misericordioso por permitir que Gabriel estuviera en la otra habitación y no escuchara aquellas palabras obscenas que, sin duda, no debería pronunciar una dama. Ella era también afortunada porque de haberlas escuchado no se hubiese librado de una buena zurra.

Pero lo cierto era que, en aquellos momentos de deseo insatisfecho, a Gabriel le importaban un bledo qué palabras pudiera pronunciar su esposa.

Maldición.

Se acarició la entrepierna, tensa y dura.

—¡A buenas horas!

Dios, aquella mujer era pura delicia y él un imbécil por no montarla hasta el amanecer y saciarse. Pero estaba furioso y no quería que le odiara el resto de su vida, esa Raven no.

Miró la habitación contigua, la que Gabriel había mandado a preparar expresamente, para no compartir su lecho a diario con la fea Raven. Pero esa mujer ya no existía, solo existía su Raven, su esposa, una mujer que había dejado de ser una arpía odiosa para convertirse en una dulce y angelical mujer. Dulce y angelical con todos menos hacia él, su esposo.

Lanzó una nueva maldición mientras arrojaba un leño al fuego y lo hacía prender.

Era un hombre estúpido, debería castigarla y, sin embargo, ella había sido la única que había disfrutado de todo el juego amoroso de su noche de bodas. Sí, definitivamente era un imbécil por

no volver ahí dentro y consumar su matrimonio. Pero no podía hacerlo, no mientras sospechara que ella había ido bajo su techo a darle muerte. De momento él jugaría su papel, y jugar con el rol que se esperaba de ella.

—Aprenderás a ser mi dulce y abnegada esposa, aunque sea lo último que hagas.

Extrajo la malévola nota del cinto, la leyó otra vez y... no la echó al fuego. La guardó en el cofre sobre la repisa de su chimenea. Averiguaría de quién era esa nota. Quién le advertía del propósito de Raven. Pensó en quién podría ser esa persona, pero, sobre todo, pensó una y otra vez en aquellas palabras que se le clavaban como puñales.

*Tu esposa busca tu muerte, y pronto.*

Aquella mañana, Raven se despertó sola en la cama.

Acudieron a su mente los momentos vividos la noche anterior junto a Gabriel. No importaba cómo había imaginado su noche de bodas, sabía perfectamente que no era de esa manera. Se puso nerviosa al pensar que vería a su esposo durante el desayuno. Y así fue, pero al llegar al gran salón, parte de su nerviosismo se disipó, porque Gabriel no estaba solo. Alec McAlister y Roslyn, lo acompañaban.

Cuando se acercó a la gran mesa central, la tensión entre los recién casados era evidente, pero se fue dispersando a lo largo del desayuno, con la animada charla de sus amigos. Roslyn y Raven rieron animadamente, dejando que los hombres hablaran de otros temas más afines a su belicoso carácter.

Cuando terminaron de desayunar ya era hora de partir. El viaje a las tierras de los McAlister no era demasiado largo, pero el *laird* prefería llegar antes del anochecer.

Se despidieron en el patio.

—Una pena que no puedas quedarte para la caza —le comentó Gabriel.

—Me hubiera gustado, pero tengo asuntos que atender —respondió Alec, mientras las dos mujeres se abrazaban a sus espaldas. Los dos hombres se miraron significativamente, y de verdad se alegraron de que sus esposas se llevaran bien. Quién sabe si pronto Raven y Gabriel tendrían hijos y los de ambas parejas podrían ser tan amigos como él y Gabriel lo habían sido en su infancia.

—Nos veremos pronto.

—Lleva a tu esposa después del verano, Roslyn estará a punto de dar a luz y estoy seguro de que yo estaré más desquiciado que ella. Le animará.

Gabriel sonrió. El fuerte guerrero que tenía frente a él estaba profundamente enamorado de su esposa y eso, pensó, era una suerte. Ojalá su matrimonio hubiese sido... Gabriel cabeceó despejando ese pensamiento. No quería decir que se hubiese casado por amor, simplemente desearía que no todo fuera tan complicado.

Cuando las dos mujeres se acercaron, Alec ayudó a montar a su esposa en el carruaje. Embarazada como estaba, habían decidido hacer el viaje mucho más cómodo para ella.

—Raven, espero que tu esposo y tú nos queráis acompañar una temporada este verano.

Alec la miró sonriendo.

—Ya hemos quedado de acuerdo, os volveréis a ver antes de que empiece el otoño.

—Bien. —Roslyn le deslumbró con su sonrisa, como hacía siempre, y él no pudo esperar a estar junto a ella en el carruaje para poder besarla. Pero antes... se dio la vuelta para despedirse de la anfitriona.

—Ha sido un placer conocerte, Raven, espero que este idiota sepa lo afortunado que es por haberse casado contigo.

Raven se ruborizó de la cabeza a los pies. Algo le decía que el *laird* McAlister era sincero, y que además era un hombre de pocas palabras. Así que atesoraría esa opinión como lo que era, el mejor cumplido posible.

—Gracias —murmuró tímidamente.

De pronto, Alec McAlister miró a su amigo y se inclinó hacia *lady* Raven para besarla en la mejilla.

—Hasta la vista.



Ella quedó azorada y las aletas de la nariz de Gabriel se hincharon.

Alec McAlister se apresuró a subirse al carruaje con una sonrisa en los labios. Cuando partieron, Roslyn le dio un codazo en las costillas.

—¿Qué ha sido eso? —dijo sorprendida.

—¿Estás celosa? —La carcajada de Alex fue acompañada por un tierno abrazo a su esposa.

—No, pero pensé que Gabriel iba a saltarte al cuello.

Él asintió.

—Nada mejor que dejarle claro a un hombre lo que pudo perder, para que este lo valore más que nunca.

Roslyn meneó la cabeza y besó dulcemente los labios de su esposo.

—Sigues siendo el hombre más inteligente que he conocido en mi vida.

Alec gruñó satisfecho.

Si todo iba como él esperaba, su hijo pronto tendría un mejor amigo con quién jugar.

Raven se quedó allí plantada viendo cómo el carruaje atravesaba la gran puerta del patio y se encaminaba hacia tierras McAlister. Mientras los observaba alejarse, ella fue muy consciente de la presencia de su esposo a su lado. Notó el calor de su cuerpo cuando se acercó demasiado y la agarró del brazo para derramar palabras en su oído:

—Jamás vuelvas a acercarte a otro hombre.

Ella se limitó a mirarlo, esperando fervientemente que repitiera aquellas palabras que se escapaban a su comprensión.

—No entiendo —dijo sin mirarle.

¡Por supuesto que entendía! A ella también le había sorprendido el beso de Alec McAlister, pero no era como si ella lo hubiese provocado.

Sin decir nada más, tiró de su brazo y empezaron a caminar hacia el establo.

—¿Dónde me llevas?

—Me voy de caza con mis hombres. La celebración de nuestra boda ha dejado las despensas vacías.

Ella no acababa de entender.

—¿Y por qué me arrastras? ¿Acaso quieres que te acompañe?

Él rio, pero no respondió a esa pregunta.

Cuando llegaron al establo, la hizo entrar. Estaba oscuro, porque las grandes puertas estaban cerradas, los caballos que habían pastado fuera durante la mañana, ahora eran ensillados.

—¿Qué hacemos aquí?

—Pensé que me agradecerías la privacidad.

Ella sacudió la cabeza sin entender cuando él la arrinconó contra uno de los cajones del caballo.

—¿Qué haces?

—Informarte, darte una lección, una advertencia... como quieras llamarlo. Pero tú y yo vamos a hablar de cosas serias.

Raven se apretó más contra la pared de madera. Miró hacia las grandes puertas cerradas, por si alguien viniese a ayudarla, pero antes de poder hacerlo, Gabriel empujó la tabla que hacía de puerta en ese cubículo. Estaban solos.

Tragó saliva mientras veía que el gran pecho de Gabriel se acercaba más a ella, hasta que estuvo a un suspiro de distancia.

—¿Y bien? —dijo nerviosa, esperando que él hablara. Carraspeó dispuesta a no demostrar su nerviosismo.

Antes de responder la empujó más contra la pared de madera y la tomó por la nuca. La besó con fuerza, posesivamente, marcándola para dejarle claro a quién pertenecía. Pero ella no dependía de nadie más que de sí misma.

Lo empujó plantándole cara. Dispuesta a fingir que ese beso no la había afectado lo más mínimo, cuando ella sabía que no era así.

—Eres un maldito bruto.

—Soy un auténtico caballero —le dijo mucho más calmado de lo que ella esperaba—. Si no fuera así... te montaría por primera vez contra la puerta de una caballeriza.

—Eso es muy grosero.

—Eso es exactamente lo que haré como sigas provocándome.

Ella abrió la boca dispuesta a decirle lo que pensaba.

—Yo no te provoqué.

—Sí lo haces. —El cuerpo de Gabriel se apretó más contra el de su esposa y ella jadeó entreabriendo los labios—. Lo haces cada vez que abres esa boca para molestarme, cuando ríes, cuando suspiras, cuando... consientes que otro te bese.

—¡Vamos! —dijo ella indignada—. Alec McAlister es tu amigo. Yo no provoqué esa situación. Eres un...

El dedo índice de Gabriel cayó sobre la boca de su esposa.

—Ssssh... Dios sabe lo mucho que me gusta que muevas esos labios, pero ahora... te quiero callada, para que así escuches lo que tengo que decirte.

Ella tuvo que callar cuando sus pulmones se vaciaron de aire.

—Raven —dijo, rozando la oreja de ella con sus labios. Las manos de ella se pusieron sobre el torso de él; peor, no lo empujó, simplemente se quedó allí esperando que le hablara, mientras su corazón martilleaba fuerte en el pecho—. El único hombre al que vas a besar, de ahora en adelante, es el que tienes frente a ti.

—¡Oh! —Ella entreabrió los labios por la sorpresa y por el deseo que sintió cuando las manos de Gabriel rodearon su cintura y la apretaron contra su pecho. Tragó saliva al ver cómo los labios de su esposo se acercaban a ella. Fue incapaz de alejarse cuando la mirada profunda de Gabriel la aturdió.

Notó su aliento suave sobre su cara y suspiró incontrolablemente.

Ya sabía lo que vendría después.

Raven no vio más, ni la expresión posesiva de Gabriel, ni la complacencia provocada por su buena predisposición, puesto que cerró los ojos nada más notar el roce de los labios de su esposo. Él se apoderó de su boca, igual que se apoderó de ella una imperiosa necesidad de entregarse. Se abrazó a su esposo intentando absorber el calor que emanaba de su pecho. Suspiró de una manera que solo conseguía arrancarle él, y este se sintió arrogantemente complacido.

Gabriel sintió puro fuego en sus venas. Raven había aprendido a entregarse y podía asegurar que la pasión que él manifestaba era bien correspondida, al menos en ese momento, o hasta que ambos volvieran a envenenarse la sangre con palabras.

Gabriel saboreó la boca de su esposa con su lengua, no quedó ni un rincón por recorrer, ella se lo permitió y se inclinó contra él sabiendo que las rodillas se doblaban y no podría sostenerse sola mucho tiempo más.

Raven sentía las manos de su esposo recorriendo su espalda, su cintura, hasta masajear su trasero, haciendo que gimiera una vez más contra su boca.

Gabriel no había probado nada tan dulce ni tan ardiente. Dioses... no veía la hora de que estuvieran solo de nuevo en su alcoba. Pasara lo que pasase la noche anterior, fue simplemente

una maldición puntual. Las caderas de él se movieron hasta el centro de deseo de Raven y ella abrió la boca sorprendida. Eso le arrancó una carcajada mientras volvía a besarla apasionadamente.

—Esta noche... —pronunció contra su boca— serás mía, en todos los sentidos.

Ella asintió.

—¿Así que puedes...?

Su esposo tomó una de sus manos y la condujo hasta donde ella pudiera notar el tamaño de su deseo. Gimió correspondiendo el beso de Gabriel hasta que él se apartó.

—¿Has aprendido las lecciones de hoy?

Ella se recortó contra la madera, para no caerse de bruces.

Asintió con la cabeza.

—Sí.

—Bien.

Lo vio abrir la puerta de madera y alejarse en busca de su caballo.

Sí, había prendido las lecciones del día. Uno, que su esposo era un hombre celoso, junto a otros muchos defectos, y dos... que no tenía ningún problema para consumir ese matrimonio, y se lo iba a demostrar.

Raven estuvo enfurruñada toda la mañana. Mientras pasaba tiempo con Mairy y ella le explicaba todo el funcionamiento del castillo, solo podía pensar en Gabriel.

—¿Va todo bien, Raven?

Estaban en la cocina y hubo risitas entre la cocinera y sus ayudantes. Al verla tan distraída, las mujeres imaginaron que todo se debía a que sus pensamientos aún estaban en la noche de bodas.

—Discúlpenme, todo es muy interesante, de veras. Estaba un poco distraída.

Mairy le guiñó un ojo y ella se ruborizó hasta acalorarse.

—Oh, querida señora —dijo la cocinera—, aún hay sobras sobre la mesa del banquete nupcial, es lógico que su mente esté todavía allí.

Más risitas y más sonrojo.

Mientras el ajetreo de la cocina continuaba, Mairy tomó asiento junto a la gran chimenea, donde la señora Mortts removía el caldero. Era la cocinera desde no se sabía cuánto tiempo, pero por su pelo blanco diría que cocinó para Gabriel desde el día en que nació.

Cuando Mairy le señaló una silla, Raven se sentó junto al fuego, ajena al trajín de la cocina, donde terminaban de preparar la comida para los guerreros y sirvientes de la fortaleza.

—¿Vas a contarme cómo fue anoche?

Raven apartó la mirada del fuego y sintió que le sudaban las manos. Allí hacía calor.

—Yo... bueno... —No pensaba decir ni una palabra.

Mairy rio y le palmeó las manos.

—Os han visto hoy en las caballerizas, así que, si anoche fue tan bien como esta mañana, me siento muy complacida —le aseguró Mairy—. Estoy convencida de que seréis muy felices.

—Claro.

Pero no es lo que pensaba. No, no lo serían. Aunque las cosas fuesen bien en el lecho, no sería suficiente.

—Hace demasiado calor aquí. —Raven se abanicó con la mano—. ¿Podemos salir fuera?

—Por supuesto.

Mairy pensaba tener un agradable paseo con ella antes de la comida, pero la presencia de Rowyn torció sus planes. No le gustaba esa muchacha, y gracias a Dios, había visto que a Gabriel tampoco le hacía mucha gracia que estuviera allí.

Estaba convencida, aunque su hijo no había querido hablar del tema, que entre ellos hubo un encuentro un tanto desafortunado hacía tiempo.

—Buenos días, hermana —dijo Rowyn a la salida de la cocina—. Miró el cielo azul y respiró hondo. ¿Te has levantado temprano? Pensé que después de la noche de bodas, la novia tenía permiso para remolonear en la cama.

—Algunas damas prefieren sentirse útiles, antes que holgazanear en la cama.

A Rowyn no le cupo ninguna duda de que las palabras de Mairy iban dirigida a ella, como agujijones de avispa.

Inclinó la cabeza y miró a Raven.

—¿Puedo unirme a vuestro paseo?

—Por supuesto.

Mairy miró a Raven, y al ver que ella estaría bien, se excusó. No quería intimar con Rowyn, de hecho, no la quería por mucho tiempo en esa casa. Y era algo con lo que hablaría pronto con Gabriel.

—Si me disculpáis, supervisaré la cocina. Nos vemos en una hora para la comida.

Las dos hermanas inclinaron la cabeza hacia Mairy y la vieron alejarse.

—Bueno... hermanita. ¿Ya te han puesto a trabajar?

—No —dijo Raven empezando a caminar a un paso lento—. Solo me han enseñado cómo funciona todo aquí. La cocina es mucho más grande que la de padre, y alimenta más bocas.

Rowyn asintió.

—Esperaba que hicieras una comida en mi honor —dijo como si tal cosa—. No siempre una vuelve a ver a su hermana después de tantos años.

—Me gustaría haberte recibido como es debido, pero no esperaba tu visita.

Rowyn enarcó sus perfectas cejas.

—Así que no soy bien recibida.

Raven parpadeó y se apresuró a corregir el malentendido.

—Ayer se celebró la boda y nos quedamos sin provisiones, por lo que Gabriel está de caza; sin duda, si hubieras llegado más tarde te habiéramos podido recibir como te mereces.

—Bueno, Gabriel ha considerado oportuno llenar la despensa para dar un banquete en mi honor, después de todo, soy tu hermana.

Raven apretó los dientes insultada.

—Sí, al fin y al cabo, siento que mi boda eclipsara tu llegada.

—No te pongas así, Raven, seguro que más adelante me lo compensarás.

Cuando vio que su hermana seguía en silencio y no tenía intención de contestar, Rowyn volvió a interesarse por su noche de bodas.

—Bueno. —Hizo un gesto con la mano quitándole importancia—. Ahora lo que me interesa es saber qué tal fue tu noche de bodas.

Sonrió con malicia.

Sabía perfectamente que Gabriel no había podido cumplir como amante. Le había dado suficientes polvos para que su fuego no despertara. En esa misma comida que se estaba preparando, o durante la cena, Rowyn volvería a suministrarle esos polvos, para que su hermana jamás se convirtiera en la mujer de Gabriel. Él iba a ser solo suyo, de nadie más. Solo era cuestión de tiempo eliminar los obstáculos que les separaban.

—¿Tan horrible fueron las horas de anoche que no piensas contarme nada?

Raven se tensó tanto que le costaba respirar.

—No hay nada que contar.

—¿No? Bueno, te dije que no sería nada agradable y más teniendo en cuenta que él no pensaba tener una noche de bodas... contigo.

Raven se paró en seco. Miró a su hermana con furia, pero Rowyn le respondió con un gesto ensayado de asombro y arrepentimiento.

—Oh, perdona.

Antes de decir absolutamente nada de lo que se pudiera arrepentir más tarde, Raven empezó a andar a paso rápido, alejándose de su hermana y su mal disimulada risa.

Pero su alegría por atormentar a Raven no duró demasiado.

Una fuerte mano agarró su brazo y la zarandeó.

—Suficiente.

A Rowyn se le abrieron los ojos como platos.

Frente a ella estaba Gabriel, la miraba enfadado, más que eso. No dejó de apretar su brazo mientras hablaba.

—Deja de atormentar a tu hermana.

Ella se sacudió y finalmente Gabriel la soltó, pero sin dejar de mirar esos ojos llenos de envidia y maldad.

—No la atormento. Solo le pregunté cómo fue la noche de bodas. Ayer estaba aterrorizada. — Gabriel retrocedió un paso—. Aunque no lo creas, quiero a mi hermana, y yo sé que es estar aterrorizada por una noche de bodas que vas a tener que pasar con un hombre que no amas.

Gabriel apretó los dientes.

—No intrigues entre nosotros...

—No lo hago. Anoche ella me dijo que tener que tocarte sería lo más difícil que tendría que hacer en su vida, por... la repulsión que siente, sin duda. Ya sabes que jamás os llevasteis bien.

Gabriel no quiso creer en esas palabras. Rowyn era pérfida y haría cualquier cosa por separarles.

—Si un día te mordieras la lengua... —dijo Gabriel con los puños apretados—, sin duda morirías envenenada.

Rowyn rio y le quitó importancia.

—No soy tan mala —dijo mirándole a los ojos—. Si lo fuera... le habría contado cómo de romántico fue nuestro último encuentro.

—¡No te atrevas! —Gabriel la tomó por el brazo y ella gimió de dolor. Al ver lo que hacía, él retrocedió—. Quiero que te largues de mis tierras, si no hoy, mañana. Pero fuera de aquí antes de que pierda la paciencia contigo.

Rowyn lo miró sin perder la sonrisa.

—¿Y todo porque no le cuente a tu pequeña mujer lo que pasó entre nosotros?

—¡Nada! No pasó nada entre nosotros.

Rowyn se lo quedó mirando fijamente, no estaba dispuesta a perder esa guerra.

—Mi hermana me quiere aquí. Y te aconsejo que no me eches, a no ser que quieras seguir teniendo problemas con ella.

Gabriel no dijo nada, pero empezó a andar furioso.

—Harías cualquier cosa para que tu hermana y yo nos separemos, ¿verdad? —Los ojos de Gabriel eran fijas ranuras por las que la miraba con aprensión—. Eso me hace pensar que estarías dispuesta a hacer lo que fuera para separarnos.

Rowyn se revolvió inquieta.

—No sé a qué te refieres.

Era imposible que sospechara que la carta sobre las falsas intenciones de Raven fuera suya.

—Recibí una nota dejando muy claro que tu hermana prefería matarme a ser una McDonald.

—¿De verdad?

—¡No finjas!

Rowyn apretó los puños.

—No sé nada de eso.

—Conozco demasiado bien a los mentirosos como para no ver al que tengo delante.

Ella alzó el mentón furiosa.

—¿Y qué si escribí esa carta? Lo hago para protegerte. Ella no te quiere y mi padre busca tu muerte. Seguramente, cuando le tomes confianza acabe contigo. ¡Te detesta!

—¡Basta!

—En cambio, yo... —Rowyn se abalanzó sobre él, pero Gabriel se la quitó de encima con un empujón que la tiró al suelo.

—Solo quiero quedarme a tu lado, lejos de mi padre. —Ella parecía desesperada—. No deseo volver junto a mi padre, ni a las tierras de mi antiguo esposo. Aquí sería más feliz.

Gabriel rio sin humor.

—Eso nunca va a pasar. No serás aceptada en mi casa.

—¿Ni siquiera después de que te haya revelado las verdaderas intenciones de mi hermana y mi padre? Ellos planean tu muerte.

—¡Suficiente! Ni una palabra más o de lo contrario no esperaré a mañana y te echaré hoy mismo.

—Es una mala decisión. Yo podría ayudarte.

De pronto él se detuvo al escuchar las palabras de Rowyn. Se volvió y la vio encogiéndose de hombros.

—Podría desbaratar los planes de mi padre...

—Tus súplicas solo funcionarían si yo creyera que hay un complot de tu hermana y de tu padre contra mi persona.

—Lo hay. Pero si, aun así, deseas a Raven... —le costó horrores que la bilis no saliera de su boca—, yo podría hablarle bien de ti, y quizás así se entregara gustosa en tus brazos.

—No te necesito para eso.

Volvió a andar, alejándose de ella. Esta vez cuando la escuchó escupir su veneno, no se detuvo.

—Lo sé —dijo ella llena de amargura—, me acuerdo bien de lo que puedes despertar en una mujer.

La carcajada lo persiguió y se dijo que tenía que hacer algo para que Rowyn se marchara de allí cuanto antes.

Rowyn se quedó sola bajó el viejo árbol que la cobijaba del sol.

Meneó la cabeza, cavilando, dándole vueltas una y otra vez al asunto. ¿Cómo podría ella quedarse? Sin duda, haciendo que Raven la quisiera a su lado. Pero eso era tremendamente difícil. Ahí, su hermana, pensaba que la enemiga era ella. Y estaba convencida de que deseaba abrirse de piernas ante Gabriel.

Sí, debía insistir en la idea de que no debía permitir que Gabriel la tocara. Y, por otra parte, hacer que su hermana le pidiera que se quedara.

Pero ¿cómo lo haría?

Le bastaron los minutos que faltaban para la hora de la comida y poner en marcha su plan. Un plan brillante que la dejaría justo donde quería, y que además le haría mantener la promesa con su padre Quinlan. La de buscar una excusa para la guerra.

Gabriel se dirigió al salón, cubriendo la distancia que separaba la parte exterior de la cocina con el salón, a grandes zancadas.

Al entrar, todo era un hervidero de gente, con sus idas y venidas de comida y bebida. Algunos ya habían dado cuenta de parte de su ración, y es que, en la fortaleza, el horario de las comidas eran mucho más flexibles, en cambio en la noche, a su madre siempre le había gustado que las gentes del castillo comieran todos juntos.

Al acercarse a la mesa, Gabriel escuchó a su esposa concentrada en la comida que tenía ante ella, pero sin mirarla de forma apetitosa, pues seguía intacta.

—Gabriel debe estar a punto de llegar —le dijo a Mairy.

—Gabriel ya ha llegado.

Él anunció su presencia en el mismo instante en que se sentaba en su gran silla, en la cabecera

de la mesa.

La voz potente de su marido llegó hacia ella y lo observó tomando asiento a su lado. Se lamentó al ver que no parecía muy contento.

—¿Ha ido bien la caza?

—Cenaremos jabalí y tendremos una copiosa cena en honor a mi esposa.

Sin previo aviso, Gabriel puso su mano sobre la de Raven, quien lo miró como si no supiera a qué venía ese gesto tan amable.

Mairy y Murrock se golpearon los codos. Raven no sabía cuál de los dos estaba más feliz.

—¿Te complace eso, esposa?

Ella asintió y notó cómo Gabriel tiraba de ella, hasta inclinarse y rozarle los labios.

¡Dios del cielo! La estaba besando frente a todos.

Fue un toque suave y dulce que sorprendió tanto a ella como a Gabriel.

Raven tenía el rostro arrebolado y su madre los miraba con una sonrisa bailando en los labios.

Cuando Gabriel escuchó el carraspeo, quiso matar a Liam que reía por lo bajo junto a Callum y Owen.

Raven recobró la compostura dándose cuenta de dónde estaban. Él la soltó, sintiéndose complacido de lo mucho que ese beso había perturbado a su esposa. Por su parte, Raven se sonrojó de la cabeza a los pies y dio gracias porque los hombres no lanzaran vítores como habían hecho en la noche anterior. Gabriel era muy consciente de que si sus hombres no mostraban su buen humor, era precisamente porque el suyo era sombrío. No había sido una gran noche de bodas, y su mal humor había perseguido a todos los asistentes de la cacería. Así que era mejor no burlarse, ni provocar al *laird*.

La comida fue tranquila, y por la tarde, Mairy y ella, junto con las demás mujeres bordaron fuera, tranquilamente en un rincón apacible del patio, en la que la madre de Gabriel cultivaba hierbas medicinales y algunas flores. Fue una tarde maravillosa y que contrastó con la cena.



El bullicio provocado por el buen humor que generó la buena caza fue como si Raven viviera un segundo banquete de bodas.

Hubo música y baile, y algún que otro beso robado en algún rincón del salón. Por el sonrojo de Agnes y la cara de Callum, que parecía que fuera un gato que se había comido un canario, dedujo que entre ellos dos había habido más que palabras corteses. Gabriel también pareció darse cuenta cuando sus ojos se posaron en ella y rio por encima de su copa.

—Parece que alguien va a ser muy feliz en tierras McDonald.

Raven sonrió tristemente. Ojalá ella viera su destino tan claro.

Él alargó la mano para posarla sobre la de ella, pero Raven no notó su contacto. Al mirar hacia el rostro de su esposo, siguió la mirada que centró en su hermana.

—Buenas noches —el tono que empleó Rowyn para saludarlos fue neutro. Si estaba enfadada por las palabras que habían tenido aquella misma tarde, no lo demostró, pero él no estaba dispuesto a dejar jugar a la gata más tiempo en su cocina.

—Buenas noches. —Gabriel le sonrió por encima de su copa. Pero si Raven empezaba a conocer bien a su esposo, juraría que este distaba mucho de estar contento.

—Por lo que veo ha sido un gran día de caza.

—Sí —respondió Gabriel a su cuñada—. Uno muy bueno, tómatelo como si festejáramos tu despedida.

Todas las miradas se centraron en Gabriel, que no perdió la sonrisa ni por un instante.

—Oh... cualquiera diría que no soy bienvenida.

—Oh —Gabriel fingió su tono—. Siempre serás bienvenida para una visita. Pero necesito que vuelvas a informar a tu padre que la boda se ha celebrado y que he tomado posesión de las tierras que se me concedieron como dote de tu hermana.

—¿Qué tierras? —preguntó ingenuamente Raven.

—Las tierras por las que Gabriel se casó contigo...

—Las tierras de tu dote —dijo enseguida Mairy.

—En las que hoy mismo he cazado.

Los ojos de Gabriel estaban fijos en Rowyn. Si ella quería ofender a su esposa no se lo iba a permitir.

—Claro —la voz de Raven fue fina como un hilo—. Espero sean de tu agrado.

—Son muy buenas tierras —cuando Gabriel le respondió apretó su mano por encima de la mesa—, pero mi verdadero premio eres tú.

—¿Qué? —Raven balbuceó, al tiempo que sentía cómo Gabriel la tomaba de la cintura y la sentaba sobre sus rodillas.

Rowyn se enfureció tanto que sus mejillas empezaron a arder, en cambio, Mairy y los demás sonrieron disimuladamente. Parecía que después de la noche de bodas, todo iría como la seda entre sus señores.

Gabriel cogió un trozo de jabalí asado del plato de Raven y lo llevó a los labios de su esposa.

—Hay una caza deliciosa en nuestras tierras.

Ella abrió la boca, cogió el trozo de carne entre los dientes y masticó el jabalí que había cazado su esposo junto a sus hombres.

Rowyn sentía cómo la sangre le hervía. Era ella quien tenía que estar sobre aquellos muslos, a ella le debían esa dedicación reverencial y esas caricias. ¡Maldición!

Cuando pasaron los minutos, Raven se sintió cada vez más incómoda. Rowyn no había tocado prácticamente el plato cuando anunció su retirada.

—Me retiro ya. —Sus ojos volvieron a posarse en las manos de Gabriel tan ásperas y fuertes rodeando la cintura de su hermana.

—Supongo que es lógico, aunque no hay muchas cosas que empacar para la partida de mañana.

Rowyn apretó los labios, miró a su hermana que nada sabía de eso. Entonces, con la dignidad de una reina asintió.

—Sí, no será un viaje demasiado largo.

Raven se quedó rígida entre sus brazos y lo miró de hito en hito como si no entendiera a qué venía aquella actitud con Rowyn. No hablaría, pues que se marchara le haría más bien que mal, pero se moría de curiosidad.

Rowyn se resistió a que saliera de sus labios una sola palabra más. Cuando la mano de Gabriel subió de la cintura de Raven, hasta posarla bajo el pecho, esta soltó un respingo.

Furiosa, Rowyn dio media vuelta y desapareció del salón.

—¿Como te atreves? —preguntó Raven en un susurro, completamente boquiabierta.

De un saltó intentó apartarse, pero Gabriel fue más rápido, la asió con más fuerza. Entonces ella golpeó su mano hasta que consiguió que la separara, pero, aun así, se resistió a soltarle la cintura.

—¿Le has pedido a Rowyn que se fuera?

—Me pregunto por qué no se lo pediste tú antes.

—Es mi hermana y vino a nuestra boda.

—Vino a incordiar —dijo Gabriel ya no de tan buen humor—, pero esto no es una conversación que vaya a tener en medio del salón.

Ahora sí la levantó, y no lo hizo ayudándola a ponerse a su lado. No. La cogió en brazos y se rio cuando ella empezó a retorcerse.

—¿Qué demonios haces?

—Vamos. Tenemos cosas de las que hablar.

Raven escondió su cabeza en el cuello de Gabriel cuando sus hombres empezaron a vitorear y a golpear la mesa con el puño.

—Esto es indecente, inapropiado...

Mientras subían las escaleras, la voz de Raven con sus quejas los acompañaban.

—¿Dónde me llevas?

—¿Dónde crees, mi dulce esposa?

—No soy dulce —le dijo Raven—. Bien lo sabes. Y ya puedes empezar a explicarme a qué vino esa actuación abajo en el salón.

—¿Qué actuación?

—La de interpretar como si me hubieses echado de menos.

—Quizás así haya sido. —Un nuevo bufido de Raven hizo que él soltara una carcajada—. Y lo de alimentarme en la boca...

Llegaron a la habitación y él cerró de un portazo. La dejó en el suelo y ella avanzó de espaldas hasta tropezar con la cama y caer en ella.

—¿No te ha gustado que te alimentara con mis manos?

Ella no dijo nada al ver que se inclinaba sobre ella, atrapándola entre sus gruesos brazos.

—Yo no... no quiero que me trates así —dijo en un susurro, mientras la boca de Gabriel se acercaba a la suya. En el último momento él se desvió y su boca fue a parar a su tierno cuello, y la besó. No fue más que el toque de una pluma, y luego otra vez bajo la tierna piel de su oreja.

—¿No quieres que te trate así?

—No... —gimió, sin saber muy bien a qué estaba respondiendo.

—¿Por qué?

—Me da vergüenza —jadeó cuando sintió un nuevo beso—. No vuelvas a ponerme sobre tus muslos en público, ni a alimentarme con tu mano.

Él sonrió, una sonrisa que pareció iluminar sus ojos azules.

—¿Cómo piensas convencerme, esposa?

Ella seguía con su mirada fija en él. En esos bellos ojos azules, en esa barbilla en la que empezaba a crecer su barba rubia.

Raven fue consciente de su proximidad, del aliento cálido en su mejilla y los fuertes músculos apretándola contra su torso centímetro a centímetro.

—Yo... yo...

Apretó la boca cuando se dio cuenta de que iba a tartamudear, eso divirtió a Gabriel, pero estaba demasiado excitado como para sonreír.

—Dime, esposa, ¿cómo me vas a convencer?

—¿Pidiéndotelo por favor?

Ella había cerrado los ojos disfrutando del peso de su cuerpo sobre el de ella. Cuando Gabriel rio, sintió temblar su propio pecho.

—Sí —asintió él rozándole la nariz con la suya—. Creo que, si me pides por favor cualquier cosa, te la concederé. Así pues, dime qué deseas.

—Entonces, por favor...

Gabriel avanzó con besos suaves hacia su escote.

—¿Qué haces? —dijo acorralada. Intentó no jadear, pero no lo consiguió. Repitió la pregunta tan quedamente que estaba seguro de que Gabriel no la había escuchado.

La mano de él ascendió por la rodilla de su esposa. Ella vio cómo el vestido de un azul apagado se levantaba hasta dejar al descubierto sus blancas pantorrillas. La mano de su esposo se perdió bajo su falda.

—¿Qué deseas de mí?

Por instinto, ella separó los muslos y apretó los hombros de Gabriel con fuerza cuando este situó sus manos entre ellos. A pesar de tenerlo tan cerca y de que le estaba hablando, a Raven le fue imposible mirarlo a los ojos. Su rostro se encendió y su respiración distaba mucho de ser regular. Sabía que si separaba los labios que tenía fuertemente apretados jadearía avergonzándose aún más.

—Dímelo.

—¿El qué?

—Tus deseos.

Raven intentó cerrar las piernas y revolverse, pero solo consiguió atrapar las manos de él entre sus muslos y sentir más su presión.

Eso le gustó.

—Yo... no lo sé.

—¿No sabes lo que deseas, esposa?

Ella no respondió, pero lo abrazó, mientras sentía cómo sus dedos se abrían paso entre la zona más sensible de su cuerpo.

—¿Por qué me haces esto? —gimió.

—Porque quiero saber lo que quieres, lo que deseas. —La miró a la cara dejando quietas sus manos y el movimiento ondulante de sus caderas—. Necesito saber si deseas esto, o por el

contrario deseas... —*Mi muerte*, quiso decirle. Pero no lo hizo. En el fondo de su corazón, él sabía que Rowyn había mentido. Raven no sería capaz de hacerle daño, ni a él ni a los suyos, y mucho menos a su madre, a la que adoraba.

Ella lo miró desconcertada, intentando calmar los latidos de su corazón y averiguar a qué se refería con aquellas misteriosas palabras, pero él no pensaba darle más oportunidades de pensar en ello.

Al notar su mano de nuevo, moviéndose entre sus muslos, echó la cabeza hacia atrás y gimió, un gemido más parecido a un sollozo. No pudo resistirse. Se abrazó a él y jadeó contra el cuello de su esposo mientras él la sujetaba con fuerza para que no se moviera.

—Gabriel...

No hizo ninguna pregunta, simplemente se apresuró a apretar su boca contra el oído de su esposa para detallarle todo lo que pensaba hacerle, mientras sus dedos se movían sobre esa zona tan sensible.

Raven jadeó con cada palabra erótica que dejaba flotar Gabriel. Como la noche anterior, él se dispuso a atormentar ese secreto lugar que ella había ignorado durante tantos años. Su erección era completa y se apretaba contra el centro de ella como si supiera exactamente dónde quería encontrarse.

—Necesito que me digas si quieres que te haga todo esto.

La miró a los ojos mientras sentía cómo la presión crecía en ella, la vio morderse el labio cuando la invasión de su dedo fue completa y ella supo exactamente lo que vendría después.

—Dilo.

—Sí. —Raven se dio por vencida—. Quiero esto, y todo lo demás.

Gabriel no pudo estar más complacido.

Había calculado exactamente lo que hacer con ella.

Seducirla.

Hacerle perder la cabeza hasta que confesara cuales eran realmente sus intenciones, matarle o resignarse a ser la esposa de Gabriel McDonald.

Él veía imposible que aquella mujer, que ahora se derretía entre sus brazos, fuera capaz de acabar con su vida. Se resistía a creer que la pasión que había descubierto en ella fuera una estrategia para ganarse su corazón y traicionarlo después.

¡Dios mío! Eso había hecho, ¿verdad? Se había ganado su corazón.

En ese momento, Gabriel se sorprendió deseándolo, ojalá lo amara, ojalá esa mujer se derritiera en sus brazos, porque no podía consentir que él se volviera loco por ella y su esposa no sintiera absolutamente nada.

Aunque los pensamientos de Gabriel vagaban de un lugar a otro, estaba claro que su mujer estaba concentrada en uno: el placer. Totalmente expuesta a él no tardó en buscar su boca, en tomar la iniciativa con su lengua para que su esposo la besara como ella quería ser besada.

Se arqueó con cada caricia íntima y se abrazaba a su cuello como si fuera su tabla de salvación.

Sin perder tiempo obtuvo de su boca todo lo que quería. Su lengua entró y recorrió cada rincón hasta dejarle exhausto. Esa mujer sabía besar, sabía cómo moverse y hacerle perder el juicio.

Se adentró entre sus muslos.

No la escuchó gritar porque Raven no lo hizo. Notó el dolor de la invasión, pero también el placer de sentirse llena.

Gabriel trató de no moverse.

—Respira hondo.

Ella lo miró con ojos llorosos y asintió rápidamente mientras le obedecía. Él salió y volvió a entrar en ella, despacio, mientras la miraba a los ojos. Pero Raven rompió el contacto visual, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, consciente de que las sensaciones eran cada vez más intensas.

Las manos de Gabriel anduvieron por su cuello y sus hombros hasta llegar al suave escote que se abrió para que pudiera adorar la blancura de sus pechos. Los acarició con la lengua mientras no podía parar el ritmo de sus embestidas. Raven era la mujer más ardiente y suave que había acariciado nunca.

—Raven, no puedo...

Estaba al borde de alcanzar el placer absoluto. Sus dedos dejaron de masajear las caderas y se concentraron en el suave capullo entre sus muslos, ella lo miró a través de un velo de placer y se arqueó una y otra vez cuando Gabriel perdió todo control con embestidas poderosas.

Gritó como no había hecho nunca. Le agarró fuertemente la muñeca para que no se apartara, y pudiera acabar de darle todo el placer que ella sabía que su esposo podía ofrecerle. Entonces estallaron, notó el temblor del cuerpo masculino sobre ella y se sintió viva, como si tuviera un lugar en el mundo. Por fin.

El martilleo del corazón de Raven era ensordecedor.

Cuando todo hubo acabado, Gabriel la contempló, aún sobre ella, con ambos codos sosteniendo su peso.

—¿Estás bien? —ella asintió y él se quedó allí observando su belleza.

Una belleza con los cabellos del color del trigo esparcidos sobre la superficie de su almohada.

Él seguía entre sus muslos, consciente de lo que había hecho. No era lo que un esposo gentil debía hacerle a su novia, sin duda había sido demasiado vigoroso para ella. Se apartó lentamente y se llevó la mano de su esposa a los labios.

Se maldijo al darse cuenta de que seguían vestidos.

La atrajo hacia su pecho.

Raven sintió cómo los brazos de su esposo la rodeaban mientras besaba sus cabellos. Ella no recordaría cómo la había desnudado, ni cómo había avivado el fuego de la chimenea, pero sí cómo se habían unido de nuevo sus cuerpos bajo las sábanas. Porque recordó su ternura, el haber pensado que él era todo lo que necesitaba para sentirse bien, para sentirse querida.

El sol de la mañana bañaba el cuerpo de Raven.

Inclinándose sobre el parapeto observó a su marido y a los guerreros que lo acompañaban. Estaban entrenándose como era su costumbre durante la mañana, antes de la comida en el salón.

La figura de Gabriel destacaba por encima de las demás. Era un hombre formidable, de ancha espalda y brazos fornidos. La cabellera rubia ondeaba a su espalda por efecto del viento del norte. Quizás sus anchos hombros se podían confundir con los de Callum, o su pelo rubio con el de Liam, pero Raven lo diferenciaría entre mil hombres.

Raven se estremeció al recordar cómo había despertado esa misma mañana envuelta en esos brazos. Se había sentido la mujer más maravillosa y deseada del mundo. Gabriel la había hecho sentir así y entre esa bruma de felicidad, no podía averiguar por qué había en su interior esa punzada de intranquilidad. Como si todo pudiera ser un espejismo. O como si Gabriel pudiera cambiar de opinión de repente y volver a creer que era su enemiga.

Desde la noche anterior no habían intercambiado más de dos palabras, un escueto buenos días y unos besos cálidos y dulces habían sido más que suficientes para asegurarse a sí misma que estaba loca y perdidamente enamorada de ese hombre.

En esos momentos, Gabriel volvía a ser tan fuerte y temerario como siempre en sus entrenamientos, pero cuando se volvió dirigiéndole una ardiente mirada, ella pudo notar que sus ojos sonreían.

El entrenamiento había llegado a su fin y Raven sintió palpar el corazón aceleradamente, pero se resistió a bajar e ir a su lado, por el contrario, decidió seguir con sus obligaciones de esposa y supervisar la comida del día.

Mairy era una santa mujer que la ayudaba en todo lo que podía y más, no obstante, ya era hora de que ella le quitara la carga de ciertas obligaciones. Y por qué no, quería que Gabriel admitiera sus méritos, no solo como esposa, sino también como señora de los McDonald.

Al volverse se sorprendió de que Owen estuviera a su lado. Parpadeó al recordar que no había estado en el entrenamiento de la mañana.

—Señora —Owen la saludó.

—Hola, no te había visto llegar. —Raven se llevó una mano al corazón a causa del susto.

—Debo disculparme.

—Supongo que no... —sonrió ella—, seguro que mi esposo aprecia el sigilo en sus hombres.

Owen sonrió más ampliamente.

—Sí lo hace —le dijo, acercándose más a ella. Se inclinó levemente para decirle algo a su oído, y ella asintió.

Sus ojos se clavaron en su esposo. Raven vio a Gabriel volverse nuevamente hacia ella, dando por acabado el entrenamiento. Cuando lo vio dirigirse a la torre cerca de donde ella estaba, tuvo deseos de ir a su encuentro.

—¿Dónde quiere verme, Owen?

Raven movió la cabeza en derredor. El joven guerrero había desaparecido, pero eso no desanimó a la joven señora de los McDonald.

Se encogió de hombros y avanzó por el suelo empedrado hasta alcanzar la puerta que daba a la torre. Deslizándose por ella hasta la siguiente planta donde encontraría la zona de los servicios, que desembocaba directamente en la cocina.

La enroscada escalera de caracol estaba a oscuras. Los peldaños mellados por el paso del

tiempo ascendían sin que apenas les tocara la luz del sol. Por entre las ranuras abiertas para que los arqueros pudieran realizar su función de defensa, Raven observó cuán hermoso estaba el día. O quizás es que a ella se lo parecía.

Al pasar por el primer rellano de la alta torre posó su mano derecha contra la pared. Con cuidado de no caerse, recogió las faldas de su vestido y así poder bajar más segura. Pero la seguridad en su avance desapareció al notar el peso en su espalda.

Un empujón fue suficiente para hacerla caer hacia delante.

Raven solo le dolió el primer golpe, al seguir rodando por los escalones de piedra, ya había perdido totalmente el conocimiento.

La sombra que había propiciado el ataque siguió deslizándose tras ella y al llegar donde su cuerpo, pasó sobre este, sin el menor remordimiento.

—¡Gabriel!

El corazón del guerrero dio un brinco al escuchar la llamada de su madre. No hizo falta verla para saber que algo había ocurrido, fue a su encuentro cuando la vio aparecer por la puerta que daba a la torre norte.

—¿Qué ocurre? —preguntó a la carrera.

—Raven.

El sonido de su nombre en boca de su madre fue más que suficiente para sentir que a Gabriel se le paraba el mundo. Inconscientemente había aguantado la respiración, el pánico casi le hizo gritar al ver el cuerpo de Raven a los pies de la escalera de la torre.

—Raven —susurró para sí.

—Cuidado, hijo —le dijo su madre cuando él levantó a su esposa del suelo.

Cinco minutos después la dejó sobre la cama del dormitorio que compartían.

—Llama a la curandera, madre, no se despierta.

Gabriel no tenía ojos para nadie más y Mairy estaba tan horrorizada como él. En el fondo de la habitación, Agnes lloraba desconsolada al ver el escaso color en su rostro. Callum, Liam y Owen entraron al mismo tiempo.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Murrock que se situó junto a Mairy y le puso una mano tranquilizadora sobre los hombros cuando empezó a llorar.

Gabriel la contempló sin habla, pálida y con un reguero de sangre seca sobre su frente.

Se inclinó sobre ella con los puños apretados y con una expresión de absoluta ira, capaz de matar al responsable de todo aquello con una sola mirada.

Tras de sí los guerreros observaban con preocupación, solo los de Owen parecían aterrorizados, como si su mente estuviera viendo la culminación de un plan, del que él había sido partícipe sin saberlo.

—Raven... —la llamó Gabriel acariciándole la mejilla.

Ella gemía tímidamente, y cuando abrió los ojos, Gabriel se quedó paralizado. No había dulzura y el amor que habían compartido horas antes había desaparecido de aquellos cálidos ojos pardos que ahora se encontraban fríos y amargos como la hiel.

—Raven —susurró como si quisiera que la mujer que amaba volviera a su lado, como si aquella fuera una completa desconocida.

Ella permaneció en silencio incapaz de ordenar sus pensamientos.

Se debatió en la cama inquieta, hasta que notó una cálida mano contra su mejilla y el aleteo de

un beso sobre sus párpados.

—Raven, no te muevas.

Ella obedeció, pero simplemente porque no podía hacer otra cosa. Había un zumbido en sus oídos y un dolor lacerante le quemaba la frente. A su mente acudían una y otra vez recuerdos confusos, pensamientos y visiones descompuestas en su mente. La sensación de que su cuerpo caía sin posibilidad de agarrarse a nada. Una risa burlona, un suave susurro de tela sobre su cuerpo y el descender de alguien alejándose de ella.

—Yo...

Luego nuevamente había escuchado gritos.

Distinguió la voz de Mairy entre aquellas voces y Raven se vio confusa y asuntada sin poder discernir entre pasado o presente.

Abrió los ojos nuevamente, y las manos suaves de Mairy le acariciaban el rostro con un paño húmedo.

Al parecer se había quedado dormida.

Gabriel no estaba sobre su rostro, ¿lo había soñado?

—Mi niña, no tienes nada roto, milagrosamente. Pero debes descansar, tu cabeza no está en condiciones de pasar hoy por nada más.

La sonrisa de la mujer era dulce y suave, hasta Murdock, de pie tras ella, le sonreía infundiéndole cierta calma.

Y Rowyn... Estaba de pie junto a su cama.

—Hermanita. No te preocupes —le dijo acariciándole la frente dolorida—. Yo cuidaré de ti.

Cuando escuchó el gruñido provocado por aquellas palabras vio a Gabriel, al otro lado de la cama. Estaba segura de que a su marido le hubiera encantado maldecir. Sin embargo, no lo hizo, volvió a concentrarse en la caricia de su mano. Gabriel se la sostenía, incapaz de decir algo coherente.

—Estás enfadado.

Fue lo primero que ella dijo.

«¡Por supuesto que estaba enfadado!», pensó él. Como no iba a estarlo. Casi la pierde.

Pero no era el único que en la habitación estaban con el mismo humor sombrío, los demás guerreros, Callum, Liam y Owen tenían las mismas expresiones de piedra. Pasara lo que pasase por su mente, no era nada agradable.

Owen, era el único, cuya mirada estaba fija en Rowyn, en lugar de estarlo en Raven, pero nadie pareció notarlo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Gabriel.

—Dolorida.

—¿Te caíste? —preguntó Rowyn—. ¿O... te empujaron?

En la habitación no hubo par de ojos que no se posara de inmediato sobre ella. Gabriel gruñó de nuevo, dispuesto a sacar a esa mujer a rastras de la estancia de su esposa y Owen pareció contener el aliento, pálido, inquieto. Pero las palabras de Raven interrumpieron los pensamientos y conjeturas de los presentes.

—Me empujaron.

Raven sintió un escalofrío al recordar.

Vio la figura de Gabriel acercándose a la torre, y entrando en ella, ¿o quizás solo iba a los establos? No lo supo, pero el temor de que lo que estaba pensando fuera realidad le partió en mil pedazos el corazón.

Cerró los ojos porque las lágrimas le quemaban y no quería derramarlas delante del hombre



que probablemente...

Un grito acalló sus pensamientos. Fue después de este cuando se percató que era ella misma quien se dejaba la voz en aquel grito lleno de dolor. ¿Cómo había pasado de una mañana tan feliz a aquel instante donde pensaba que su marido podría ser capaz de matarla?

Empezó a llorar, cuando sintió el abrazo de Mairy se dejó llevar, y su cerebro desconectó.

Necesitaba dormir, necesitaba alejar de su mente ese pensamiento cruel que le decía que Gabriel no la quería, ni la querría nunca.

\*\*\*

El golpe en la cabeza de Rowyn era lo que más había preocupado a Mairy esas últimas semanas. Las fisuras en dos de sus costillas iban sanando. Había sido una caída dolorosa, pero con reposo, su nuera tenía mucho mejor color. El que no parecía ir a mejor era el ambiente en la fortaleza.

Rowyn se había negado a marcharse, argumentando que era incapaz de dejar sola a su hermana, por otra parte, las tensiones entre McDowell y McDonald no hacía más que aumentar. Quinlan había acudido al pie de sus murallas, enfurecido porque había asegurado que era el propio Gabriel quien había querido matar a su hija. Quién había avisado al viejo laird, era más que evidente. Rowyn se pasaba la mayor parte del tiempo merodeando cerca del dormitorio de su hermana, como si estuviera visiblemente afectada, pero Mairy no la dejaba estar a solas con ella. Demasiadas coincidencias envueltas en desgracia.

No obstante las acusaciones, por parte de Quinlan, no habían obtenido el permiso del rey para romper la alianza, y obtener el permiso para un ataque contra el clan McDonald. El *laird* McDonald ni siquiera había sido convocado o amonestado con una misiva por parte del monarca. Quizás porque Murrock había insistido en adelantarse y hacer llegar un mensaje al rey, de que la bella señora de los McDonald estaba en perfecto estado después del accidente y que su esposo no se alejaría de su lado. En esa simple nota se podía leer entre líneas que Raven no había sido atacada y que su esposo estaba preocupado por su estado de salud. Y que de haber alguien más preocupado en la guerra que en el estado de la señora McDonald, ese era Quinlan McDowell.

El rey pareció entenderlo, pero ¿quién podría fiarse de un rey?

Pero si había alguien más interesado en saber la verdad sobre lo sucedido, no era Gabriel, sino Raven.

La joven señora McDonald miró cómo Mairy acababa de darle la sopa. Estaba todavía recostada en su cama, pero más por insistencia de la dama, que por sentirse enferma.

—Lo estás haciendo muy bien.

Raven se tragó un suspiro.

—Me golpeé la cabeza, no las piernas. Debería poder salir de este cuarto.

—Solo han pasado dos semanas —dijo Mairy preocupada—, deja pasar un poco más de tiempo. Me preocupan tus mareos.

—Ya no he vuelto a tener ninguno —se excusó ella.

Mairy le acarició el brazo amorosamente.

—Hazlo por nosotros, nos diste un buen susto.

Ella asintió, ¿qué más podría hacer? No era una prisionera, pero en aquellas circunstancias, era como si lo fuera. Raven podía fingir que necesitaba estirar las piernas, pero lo que realmente quería era ver a Gabriel.

Gabriel solo se había asomado de vez en cuando a su dormitorio, siempre pendiente de su estado, pero nunca lo suficientemente cerca como para brindarle un consuelo físico.

Mairy se sentía más deprimida que ella y Raven lo notaba.

—Gabriel ha preguntado por ti y está muy preocupado, es solo que...

No salieron más palabras de la boca de Mairy, y no la culpaba por no poder justificar a su hijo, ella tampoco podía ni conseguía entender su actitud, tal vez, solo tal vez, se sintiera algo culpable por no haberla protegido.

Cuando unos golpes llamaron a la puerta, Raven tuvo la esperanza de que fuera Gabriel quien llamara, pero no era así. Quien entró fue Rowyn y al ver la cara de Mairy, sabía que las cosas entre ambas mujeres no iba bien.

—Si me disculpáis, miraré en la cocina si hay algún dulce con el que pueda tentarte.

—No tengas prisa —le dijo Rowyn.

Raven echó un vistazo a su hermana y volvió a ocultar su rostro mirando hacia la ventana entreabierta. El tiempo no quería acompañar su tristeza, por lo que el sol lucía en lo alto, calentando las frías piedras de la fortaleza. Las chimeneas estaban apagadas, a menos que en ellas luciera un caldero.

Cuando Mairy salió, supo que hablaba con alguien en el pasillo. Sin duda estaba pidiendo a Agnes que no se alejara demasiado.

Rowyn se sentó en el borde de la cama, lo suficientemente cerca de su cabecera, como para no perderse detalle de las emociones que embargaban a su hermana. Sabía perfectamente por qué ella estaba así... por Gabriel. Las dudas la carcomían y quizás el plan, tan apresuradamente trazado, no había salido todo lo mal que le pareció en un principio. Solo tenía que hacer penetrar unas cuantas ideas en la cabeza de su hermana con unos comentarios algo maliciosos y ¡zas!, vería fantasmas donde no los había. Al fin y al cabo, Raven siempre había resultado manipulable. Y es que por mucho que la considerara mimada y egocéntrica, Raven no lograba ver la verdadera maldad en el corazón de su hermana. Maldad que no era poca. Esa falta de visión sería su peor error, ya se encargaría Rowyn de demostrarle cuán peligrosa podía llegar a ser. Solo tenía que convencerla que el culpable de semejante accidente había sido Gabriel. Ese hombre a quien había aborrecido en su infancia y que a la vez había temido. ¿Acaso no sería bueno recordarle eso?

—¿Qué tal te encuentras hoy?

La aludida no contestó de inmediato, pero se puso rígida nada más escuchar su voz.

—Estoy bien.

—¿Has pensado en lo que te dije? —preguntó Rowyn captando su atención—. Estoy segura de que si deseas marcharte, padre te recibirá con los brazos abiertos. Hace algunos días estuvo frente a las puertas de la fortaleza reclamándote.

Si eso sorprendió a Raven no lo demostró. Bien sabía ella que falsa era la preocupación de su padre.

—¿Dónde está ahora?

Rowyn se encogió de hombros.

—El rey le ordenó retroceder. Ha vuelto a tierras McDowell. Pero está furioso por lo que Gabriel te ha hecho.

—Gabriel no me ha hecho nada.

—Sí... —dudó Rowyn—. Es posible.

«Rowyn seguramente estaba allí para atormentarla», pensó.

—¿Y bien? ¿Has pensado volver con padre?

—Lo he pensado.

Su hermana sonrió, y quien no la conociera bien, no hubiese encontrado malicia en esa sonrisa.

Raven había meditado mucho sobre el asunto. ¿Sería cierto que había alguien que no deseaba allí hasta el punto de intentar matarla?

Probablemente.

Raven, sin querer, volvió a pensar en los rostros de horror que la recibieron al llegar, los insultos susurrados y los murmullos de disgusto que la recibieron antes de convertirse en la señora de los McDonald. Era posible, sin duda, que aquellas gentes que ahora la trataban con respeto y con alguna que otra sonrisa y palabras amables, estuvieran mostrando una atención fingida por la señora y esposa de Gabriel, y no un verdadero afecto.

Si algo sabía con certeza es que Gabriel no podía estar fingiendo.

Gabriel era... inocente.

Se maldijo por sentir una punzada de duda.

Pero... aunque no la amara ciertamente debía sentir algo por ella, algo profundo y cálido. Los besos apasionados, sus caricias y las palabras dulces derramadas en su oído bien eran una verdadera prueba de que su marido había empezado a quererla a su modo.

Era cierto que durante las dos semanas que había pasado en cama él no se había dignado a estar demasiado tiempo en su habitación y demostrarle esos sentimientos que ella sabía que sentía. Eso le había dolido y sabía perfectamente porqué dolía así. Amaba a ese hombre.

Durante todas las horas de convalecencia había ordenado su mente y su corazón. Amaba a Gabriel McDonald con todo su ser y sabía que no toleraría que él no sintiera lo mismo. Tendría que trabajar en ello hasta conseguir que ese hombretón desconfiado se derritiera por ella.

Raven sabía que no sería fácil, pero después de lo vivido entre los dos, tenía la firme convicción de que podía lograr que él volviera a su lado y la tratara con la dulzura que ya había demostrado hacia ella. Lo que Gabriel necesitaba era tiempo, se dijo, y ella se lo iba a dar, pero, aunque se resistiera no tendría más remedio que amarla.

—Raven —el llamado de su hermana la devolvió a la realidad.

Sin perder tiempo, Rowyn le acarició la cara limpiando sus mejillas. Dios, ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando.

—Pobrecita, te dije que no deberías haberte casado con él. Ahora intenta matarte y solo porque piensa que la anulación no es posible.

Aquellas palabras dichas sin embustes le sentaron como una coz en el estómago, más aún, la horrorizaron.

Las dos mujeres estaban demasiado concentradas en su charla como para notar que la puerta de la habitación se había entreabierto ligeramente.

—No es cierto, Gabriel no me haría nada semejante.

Sin poder contenerse, las lágrimas volvieron a sus ojos y se deslizaron por sus mejillas sin que nada las frenara.

—Claro que sí, ¿sabes que nuestro padre mató al suyo?

Gabriel escuchó tras la puerta y sus puños se apretaron con rabia e impotencia. Pero no intervino. Todavía no.

—Eso... —Raven sollozó.

—Te casó con él porque sabía que Gabriel te asesinaría y así tendría una excusa para poder atacar a los McDonald.

—Eso es una abominación —dijo apretando las sábanas contra su pecho. Pero sin duda las creía ciertas. ¿Por qué sino se habría dignado a llegar hasta allí y acusar a Gabriel cuando aún no estaba muerta?.

—Cuando antes lo aceptes será mejor para ti —dijo Rowyn—. En este mundo, las mujeres solo somos los peones sobre el tablero de ajedrez. Claro que algunas se convierten en reinas, pero son muy pocas. La mayoría somos sacrificadas por el rey. A mí me sacrificaron al casarme con ese viejo, para que mi padre tuviera una alianza contra los McDonald. Y a ti, te han sacrificado también entregándote a Gabriel.

—Duele saber que mi padre ha podido casarme con esa intención. Pero Gabriel no es así. Él no me haría daño. —Y se molestó consigo misma al notar que su voz temblaba.

—Deberías irte.

—Yo no quiero irme —dijo tajante y con gesto enfurruñado se limpió la cara con el dorso de la mano—. Yo le amo, y él me amará...

—¿A la hija del asesino de su padre? No lo creo.

Un portazo las sobresaltó a las dos.

—Creo que va siendo hora de que recojas tus cosas y te marches de mi casa —la voz de Gabriel tronó dejando a ambas mujeres sin respiración.

—Gabriel...

—Dile a tu padre... que le espera una agónica muerte en mis manos —Rowyn quedó blanca como el papel, y Raven lo miró con unos ojos llenos de lágrimas—. Lárgate ahora, antes de que se me acabe la paciencia y sea yo mismo quien te saque a rastras.

La figura femenina se levantó de la cama y cuando el cuerpo de Gabriel ocupó todo el marco de la puerta retrocedió unos pasos, pero pronto se apartó acercándose a la cama donde yacía su esposa.

—¡Fuera!

Rowyn no pudo pensar ninguna estrategia, estaba demasiado aterrada al ver los ojos del guerrero. ¿La habían descubierto? ¿Realmente ese era su fin?

Salió de la habitación sin siquiera cerrar la puerta, pero no fue necesario Gabriel volvió sobre sus pasos y cerró de un portazo.

Miró a Raven y ella lloró en silencio por muchas cosas, pero sobre todo por el dolor de su esposo que acababa de descubrir que Quinlan había matado al suyo.

—Si quieres matarme... hazlo.

Gabriel quedó sorprendido y se llevó una mano al pecho, como si le hubieran apuñalado.

—Raven...

—¿Vas a matarme? —preguntó con los ojos vidriosos—. ¿Sospechabas que yo sabía acerca del asesinato de tu padre y por eso me empujaste por las escaleras?

Su voz apenas tembló, pero las lágrimas no pararon de caer. Entonces Gabriel se dio la vuelta horrorizado.

—¿Eso piensas? —Se acercó a ella y se arrodilló a su lado—. ¿Eso piensas de mí? ¿Que me casé contigo para matarte?

Ella lloró más fuerte.

—¡No lo sé! Dímelo... creo que voy a volverme loca.

Gabriel se lanzó sobre ella, pero no para atormentarla, sino para acunarla entre sus brazos.

—Puedes matarme, yo solo soy una mujer. Una mujer prescindible con la que te viste obligado a casarte. Que te ocultó la verdad sobre el asesinato de tu padre.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Ella tragó saliva y la mirada de Gabriel quedó fija en ella—. ¿Desde cuándo sabes que tu padre mató al mío?

Las manos de Raven se apretaban nerviosas sobre su regazo.

—Desde que sucedió —confesó.

Gabriel cerró los ojos negándose a mirarla.

—Escuché a mi padre el día en que Murrock vino a nuestra casa. Una vez se quedó solo, mi padre empezó a murmurar.

Se hizo el silencio entre ambos. Gabriel había desviado la mirada, como si el dolor de verla se hiciera insoportable.

—Lo siento, lo siento tanto... pero ¿qué podía decir? —Esa pregunta iba más dirigida a sí misma—. Odié a mi padre desde ese día. Nada hará que le perdone por haber ordenado la muerte de Ian. Yo le quería mucho.

Gabriel asintió.

—Lo sé... y ciertamente él te adoraba.

Volvió a estrecharla entre sus brazos. Se quedaron abrazados largo rato.

El silencio se instaló entre ellos, cuando Gabriel por fin se apartó, se acercó a la ventana, ella supo que lo hizo para tranquilizarse y no hacer nada que pudiera arrepentirse.

—Creo que desde ese momento tuve miedo a este matrimonio. Quizás nunca debió haber sido...

Las palabras de Raven cayeron como una losa sobre el corazón de Gabriel.

—Quizás.

—Tú jamás quisiste casarte conmigo... Siempre preferiste a mi hermana. Como todos.

—No digas eso.

Se dio la vuelta para encararla.

—Pero es la verdad.

Gabriel meneó la cabeza.

—Era joven y estúpido. Yo... no veía cómo era realmente tu hermana —dijo apartando la mirada—. Debes creer que ahora, no la elegiría a ella, jamás.

Y puede ser que eso fuera cierto —pensó Raven—, pero también lo era que, de haber escogido esposa, Gabriel McDonald jamás la hubiera elegido a ella.

—Hace poco no pensabas así. ¿Acaso la última vez que os visteis no le dijiste que te casarías con ella?

Gabriel volvió de nuevo hacia la ventana, en busca de aire.

Por la manera de pasarse la mano por sus abundantes cabellos rubios, supo que lo había atrapado.

En eso Rowyn no mentía, aunque enseguida la voz de él clamó para explicarle lo contrario.

—No, no fue así. —Parecía desesperado—. Le dije que yo la había escogido a ella para casarme... y que si por mí fuera, me casaría con ella de inmediato.

Raven cerró los ojos, verle era demasiado doloroso.

—Y luego la metiste en tu cama.

—¡No! —Se volvió para que viera su rostro, para que viera la verdad en sus ojos—Nunca la toqué.

Gabriel volvió junto a ella y al sentarse en la cama se inclinó para acariciar su rostro.

—Raven... por favor. Créeme, no la toqué.

—¿De verdad? ¿Y nunca la besaste?

Raven apartó la mirada mientras su corazón se quemaba. No habló más, la verdad, lo descubrió en los ojos de su esposo. Sí, la había besado.

Las lágrimas nublaban su visión y estaba segura de que no podía decir dos palabras sin que su voz se quebrara.

—No la tomé. Me besó y le dije que se fuera... Me di cuenta cuando se metió en mi cama, de

cuáles eran sus intenciones... Ella... me di cuenta de que no es una buena mujer.

Raven se miró las manos entrelazadas sobre su regazo. La cabeza gacha y las lágrimas surcando sus mejillas.

A Gabriel se le partió el corazón.

—No te conocía.

Ella alzó la mirada para rebatir esto y él le tomó las manos mirándola a los ojos.

—No conocía a la Raven de ahora, a mi esposa.

—Que te parezca más bonita ahora, no cambia el hecho de que soy la misma de siempre.

—Pero yo no soy el mismo —se excusó él—. Yo era un imbécil que no te soportaba porque te burlabas de mí, herías mi ego. Tú eras la única muchacha que no me respetaba y que me hacía poner los pies en el suelo. Pero... ¡Ah! Mi padre y mi madre vieron que tú eras la adecuada, mucho antes de que yo te viera como en realidad eres, como siempre has sido.

—Gabriel...

—Yo te amo —dijo sin pensar. Y mientras sus palabras salían de su boca, se dio cuenta de cuán ciertas eran—. Te amo más que a nada. No puedes creer que yo te haría daño.

Y no lo creía. En el fondo, no pensaba que eso fuera posible.

—No creo en que me hicieras daño... —Siguió llorando, pero esta vez las manos fuertes de su esposo le limpiaron las mejillas y sus labios sellaron su promesa de quererla y protegerla.

—No dudes de mí. Yo te quiero, a pesar de los secretos, malentendidos y mentiras.

—A pesar de todo, yo te amaré. —*Yo te protegeré de cualquier cosa*, dijo para sí. Porque, aunque ya sabía quién había asesinado a su padre, le faltaba saber quién había puesto en peligro a Raven. Su principal opción estaba clara. Ahora solo faltaba tener pruebas.

La besó con dulzura, estrecharla delicadamente entre sus brazos. ¿Cómo había podido estar tanto tiempo separado de ella?

—Por favor... créeme.

Había súplica en la voz de Gabriel. Y cuando lo miró a los ojos, supo que él jamás le haría daño, y que ella haría cualquier cosa por hacerle feliz.

—Te crearé, es lo que más deseo en este momento, creerte.

Gabriel agachó la cabeza y besó sus manos, sus párpados y, finalmente, sus labios.

A pesar de la justicia que debía estar por llegar, jamás dejaría que ella dudara de su amor.

—Hay que matar a Quinlan —el tono de Murrock no daba pie a discusión y, de hecho, ninguno de los guerreros ahí presentes lo hicieron.

En el despacho privado del *laird*, sus hombres de más confianza estaban reunidos con él, después de que Gabriel les hablara de lo sucedido esa misma mañana.

—Siempre lo sospeché, lo supe. Solo me faltaban pruebas —dijo Gabriel.

Estaba sentado detrás de una gran mesa, llena de papeles y pergaminos que venían a recopilar los impuestos y cuentas en general de la propiedad. Pero en ese momento, no eran los problemas cotidianos del clan lo que estaban allí para tratar, sino la venganza.

—¿Qué hacemos? —preguntó Liam—. El rey debe enterarse, y yo... pongo a tu disposición al clan de los McDougall para ayudarte a vengar a tu padre.

Gabriel lo miró con orgullo. No se le escapaba que, aunque fuera tan joven como él, Liam pronto volvería a su tierra para ser el nuevo *laird* McDougall de pleno derecho. Que quisiera luchar a su lado era un honor.

—¿Entonces habrá guerra?

Owen miró a los hombres, y todos asintieron.

El aire era pesado en la estancia. Los cuerpos de esos guerreros parecían llenarla por completo. Sin duda, Gabriel estaba ansioso por matar a Quinlan, pero sin el permiso del rey, que tardaría quizás semanas en llegar... Callum meneó la cabeza.

—No debemos esperar, ahora que sabemos la verdad. Debemos actuar ya. El rey lo comprenderá.

—No estoy tan seguro de ello —dijo Murrock—. Por algún motivo jamás ha querido inmiscuirse demasiado en los asuntos de los nobles, a menos que sea para forzar alianzas mediante matrimonios o pactos. Si rompemos la alianza que lleva años esperando... nos exponemos a un gran escarmiento.

—Pero mató a Ian... —dijo Callum. El guerrero se calló porque no quería que se le quebrara la voz.

Owen escuchó los argumentos de unos y otros en silencio.

Ah, si tan solo pudiera ayudar en algo. La culpabilidad lo roía por dentro. Gabriel había echado a Rowyn esa misma mañana. Ahora la hermosa y pérfida mujer debería estar recogiendo su equipaje. Pero la desgracia de Rowyn, no lo hacía menos culpable.

Cuando su amante había acudido a él para que le entregara un mensaje a su hermana... ¿cómo iba a sospechar que estaba esperando en las escaleras de la torre para empujarla? ¿Y por qué le había pedido que la citara en las caballerizas? ¿Para tener una cuartada? ¿Para que le echaran la culpa a él?

Ahora veía lo pérfida que era ella. Pero confesarlo solo haría que él se viera más indigno a los ojos de su señor. Si tan solo pudiera encontrar una solución a todos los problemas del clan.

—Los McDowell son veneno —dijo Murrock—. Yo mismo quisiera matar a Quinlan con mis propias manos. Y nadie va a quitarme de la cabeza, que la caída por las escaleras de nuestra señora...

—Creo que Rowyn la empujó por las escaleras.

Todos miraron a Owen cuando habló. El propio guerrero parecía el más sorprendido de todos.

—¿En verdad lo piensas? —preguntó Gabriel.

Desde luego él había llegado a esa misma conclusión, pero sin pruebas, no podía hacer nada, al

menos hasta esa mañana que había perdido la cabeza. No consentiría que nadie pusiera a su esposa en su contra.

—Sí. Creo que debo quitarme la venda de los ojos.

—¿Matar a su propia hermana? —Callum parecía horrorizado.

Gabriel asintió. Rowyn era diabólica, pasara lo que pasase, esa mujer jamás tendría un el techo McDonald sobre su cabeza. Alzó una ceja y miró a Murrock que, al parecer, ya había llegado a la misma conclusión que él.

El consejero suspiró antes de hablar:

—La belleza de una mujer puede nublar la mente de un hombre.

A Gabriel le pareció imposible, pero su fiel guerrero enrojeció de la cabeza a los pies.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Preguntó Owen.

No había duda sobre el asunto. Los allí presentes, estaban al tanto de que Owen se había convertido en el amante de Rowyn, desde que prácticamente llegara a la fortaleza.

—Lo sabemos desde que escogéis sitios tan públicos como el establo para retozar.

Owen agachó la cabeza.

—Lo lamento mi laird.

Gabriel lo miró con intensidad y le ordenó alzar la cabeza.

—Solo dime que no sabías lo que pretendía la hermana de mi esposa.

—Juro por mi honor que no lo sabía —y a Gabriel le pareció sincero—. Jamás lo pensé, hasta que ocurrió.

Se hizo el silencio, peor finalmente Gabriel aceptó su palabra.

—Según Agnes, Rowyn odia a su hermana —Callum los miró a ambos.

—Pero tanto como matarla... —dijo Owen.

—Me gustaría saber qué estaba haciendo Rowyn en ese instante, ¿dónde estaba?

Owen suspiró.

—Estaba conmigo. Fui a avisarla de que querían hablar con ella... —y mientras decía aquellas palabras, la voz de Owen se fue apagando—. Es decir... Rowyn me dijo que quería hablar con ella en los establos.

Gabriel miró a Owen.

Entonces lo supo, claro como el agua. Rowyn había empujado a Raven.

Le habría dado tiempo de hacerlo y reunirse en los establos con él a los pocos minutos, casi llegaron a la par.

—No puedo creerlo.

Una furia ciega inundó a Owen, e incluso parecía más furioso que el propio *laird*.

—Debe ser castigada, Gabriel. —Murrock golpeó la mesa. Pero antes de que nadie pudiera decir nada más, Owen se arrodilló ante Gabriel.

—¿Qué estáis haciendo?

—Suplicar —dijo muy serio el guerrero—. Mi señor... dejadme que yo me encargue de ello.

Cuando poco después Owen entró en la recámara de Rowyn, ella estaba con los ojos rebosantes de lágrimas.

—¡Maldita sea! —gritó y pateó el suelo antes de darse cuenta de que no estaba sola en la habitación—. ¡Owen!



—*Lady Rowyn.*

Ella miró al guerrero, demasiado serio, como para haber venido a disfrutar de algunos juegos amorosos.

—Creo que Gabriel se ha enterado de nuestros pequeños encuentros.

Rowyn se llevó una mano a la frente y maldijo en voz baja. Maldita sea, habían sido discretos, o eso creía ella. No quería que nadie supiera de su relación con Owen, de lo contrario le sería difícil convertirse en la señora del clan McDonald a la muerte de su hermana, pero...

—Eso ya no importa. —dijo tragándose la bilis—. Me ha echado de la fortaleza. Mi padre... me recibirá. Y es más que probable que acabe con Gabriel y con todos.

—Eso es lo que quería desde el principio, ¿no? —la voz de Owen carecía de humor.

Se acercó a ella y Rowyn se lo quedó mirando. Algo quería de ella, estaba segura. Con los años había sabido que tramaban los hombres antes siquiera de mover ficha.

—¿Qué quieres, Owen?

—A ti —dijo encogiéndose de hombros—. Por supuesto. ¿Qué más podría querer?

Ella se lo quedó mirando.

—Me han echado, creo que no nos volveremos a ver —dijo ella, mientras se acercaba a la chimenea apagada—. Gabriel se ha enterado de que mi padre mató al suyo. Es cuestión de tiempo que eche a Raven, también.

«Lo dudo —pensó Owen—. Pero, sin duda, que el *laird* hubiera confirmado lo que había sospechado, siempre era algo bueno».

—Aún podrías quedarte, o mejor dicho... regresar.

Rowyn se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—¿Volver? ¿Aquí?

Owen asintió.

—Si ayudas a Gabriel —Ella lo miró desconcertada, pero Owen asintió—. Ayúdale con su venganza.

Rowyn se quedó mirándole largo tiempo, pensando en cada una de las posibilidades que habría de que aquellas palabras fueran ciertas.

—Él no me perdonará...

—Por supuesto que lo hará. Si tu padre es eliminado sin que más sangre McDonald se derrame, serás perdonada y podrás vivir aquí. Yo me encargaré de ello.

Para Rowyn se abrió el cielo, y las nubes grises desaparecieron.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto.

A Rowyn se le iluminaron los ojos.

Sí, sí. Eso podría ser cierto. Al fin y al cabo, Gabriel no sabía que había empujado a su hermana por las escaleras. Si conseguía su venganza... él la perdonaría y quién sabe si con el tiempo, podría volver a poner en marcha su plan de convertirse en la señora McDonald.

Se precipitó hacia Owen y le agarró los brazos con fuerza mientras sus ojos se abrían desmesuradamente.

—Él me perdonará, porque yo no he hecho nada malo. No puede culparme de lo que hizo o pretende hacer mi padre.

—Por supuesto —dijo Owen alentándola—. Es más... no es ningún secreto. Él siempre quiso casarse contigo y no con tu hermana.

Ella asintió.

—Sí, yo debería ser la señora de todo.

—Raven no se lo merece.

Owen asintió alentándola a hablar.

—No, no se lo merece.

—Por eso la empujaste por las escaleras.

Rowyn se apartó de él como si hubiera cometido un error, pero Owen acercó sus brazos a ella.

—No te preocupes, es normal. Solo querías asustarla un poco para que se fuera. Para que viera que Gabriel no la quiere a ella.

Rowyn asintió convenciéndose de que aquellas palabras eran ciertas.

—Sí, fue eso...

—Entonces, solo ayuda a Gabriel. Cuando tu padre no esté repudiará a Raven y estoy convencido que se casará con la mujer que siempre deseó.

Ella asintió.

—Cuando mi padre no esté...

Ambos sabían que significaban aquellas palabras. Ella debía deshacerse de él. Si Quinlan moría, ella podría regresar. De pronto se quedó mirando al guerrero.

—¿Y tú qué sacarías con esto?

—Oh —Owen se hizo el sorprendido—. ¿Qué voy a querer sacar? Poder verte cada día del resto de mi vida. Eres la mujer más hermosa que he conocido jamás.

Rowyn asintió.

«Eso era totalmente cierto», pensó.

Cuando Owen la abrazó, pensó que sería fácil manipular a un hombre como él. Algo extraño, porque siempre había creído que él era el más inteligente de los soldados de Gabriel.

—Entonces... ¿lo harás?

—Por supuesto.

Owen sonrió sobre su coronilla. No una sonrisa dulce, sino más bien amarga. Él había ayudado a que esa víbora anidara en esas cuatro paredes, poniendo en peligro no solo a Raven, sino a todos.

Rowyn empezó a pensar en las maneras que había decidido deshacerse de Raven.

En el pequeño arcón, entre sus frascos de belleza, había uno mortal. Si hubiese podido envenenar su comida... pero le pareció demasiado arriesgado, pues no sería la primera vez que Gabriel tomaba algo de su plato. Pero si ese veneno lo usaba con su padre... Quinlan desaparecería, sería un problema menos. ¿Y qué no haría Gabriel para recompensarla?

—Él me amará a mí —susurró.

Owen asintió.

—¿Quién no te amaría? —dijo Owen.

Y la culpa de estar incitando a un asesinato fue cada vez más ligera.

Esa misma tarde, Raven vio partir a Rowyn sin que sintiera culpa o pena en su corazón.

Estaba con Mairy y Agnes, y ninguna de las damas había salido a despedirla. Su cabello negro como la noche volaba alrededor de su cara cuando se giró para poder ver la silueta de Raven en la ventana.

No levantó la mano, no gritó y, de todas formas, Raven supo que cualquier cosa que hubiese dicho, habría sido falsa.

—Buenas tardes, esposa.

Se volvió y miró a Gabriel que había entrado en la alcoba.

Ella compuso una tímida sonrisa, mientras Agnes soltaba una risita.

—Algo me dice que van a regañarme.

Mairy, que estaba junto a ella en la ventana, miró a su hijo y se encogió de hombros.

—A mí no me hace caso. Creo que te la dejó para que la hagas entrar en razón y consigas que vuelva a la cama.

Cuando Mairy vio avanzar a su hijo hasta Raven, sonrió, y lo hizo más ampliamente cuando vio que él la levantaba en brazos sin ningún esfuerzo. Agarrando a Agnes por el brazo, ambas mujeres se dirigieron a la puerta.

—Descansad, esposos.

Raven enrojció de la cabeza a los pies, por la mirada vergonzosa y divertida de ambas mujeres, antes de que cerraran la puerta.

No pensaría Mairy que ellos iban a...

—Gabriel, hemos avergonzado a tu madre.

—No lo hemos hecho —dijo depositándola en la cama—. ¿No estás cansada, mi señora? — Por algún motivo, la voz de Gabriel, aunque triste, sonaba también despreocupada. Como si los problemas causados por su hermana, y la revelación de algunos secretos, no hubieran hecho demasiada mella en su humor.

—No, estoy bien —dijo ella cuando su esposo la tumbó en la cama.

Lejos de alejarse, Gabriel se quedó a su lado, recostado junto a ella, acariciando sus cabellos y besando su frente.

—Quería ver cómo Rowyn se iba.

Él detuvo la caricia en su mejilla.

—Se ha ido y no volverá, Raven. Ya no tienes que preocuparte más por ella.

La señora de los McDonald asintió.

—Te prometo que no lo haré. No me preocuparé más por ella.

Evidentemente, Gabriel no pensaba decirle que su pérfida hermana la había empujado por las escaleras. No iba a consentir ni una arruga más de preocupación en la frente de su esposa.

—Sobre mi accidente... —dijo ella, pero Gabriel no la dejó hablar.

Rozó los labios de su esposa con los suyos.

—Sssh... No hablaremos de nada desagradable hasta que te recuperes. —Y para cuando eso sucediera, Gabriel estaba convencido de que todo estaría en su lugar.

Raven intentó que su corazón se calmara.

—Ya estoy recuperada.

Él se inclinó para besar sus labios, y meneó poco después la cabeza.

—Todavía no, pero lo estarás.

Un nuevo beso la hizo arquearse en busca de su contacto. Se estremeció cuando el beso se hizo más intenso. Al separarse Gabriel de ella, Raven no pudo menos que sonreír.

Gabriel la amaba. La amaba de una forma tierna y dulce, se lo dijo su corazón cuando él la abrazó.

Estaba dichosa, ya nada importaba, su esposo la amaba y ella estaba completamente rendida a ese bárbaro a quien de pequeña había decidido hacerle la vida imposible.

—¿En qué piensas? —preguntó Gabriel. Por los ojos brillantes, supo que en nada malo.

Cuando se humedeció los labios para provocar que él la besara de nuevo, Gabriel se inclinó y le besó la frente.

—Gabriel —protestó.

Se sintió molesta al ser tratada como una niña nuevamente, pero se mordió la lengua para no demostrarlo.

—No es justo que esperes a que mi madre desaparezca para hacer travesuras.

—Yo no hacía travesuras —dijo con un mohín en los labios—. Simplemente quería levantarme, solo fue un estúpido accidente, Gabriel. Ya estoy bien.

Gabriel discrepaba, no había sido un estúpido accidente y le parecía injusto que Raven pensara que Rowyn era tan inocente. Se dispuso a abrir la boca para contárselo todo, pero recapacitó, no pensaba perder ni un minuto más de su tiempo pensando en esa mujer.

Cuando volvió a besar de nuevo a su esposa, pensó que todo saldría bien. Dios le había arrebatado a su padre y casi pierde a su esposa. No era justo que se ensañara con ellos nuevamente.

El rey haría justicia con Quinlan, tenía que hacerlo. Y él podría entonces encontrar algo de paz.

Cuando días después, Murrock y Owen entraron en el salón, al tiempo se les unió Callum. El *laird* adivinó que había ocurrido algo.

Eran las primeras horas de la tarde, cuando sus guerreros se reunieron con él.

—¿El rey ha hablado?

Murrock meneó la cabeza.

Apenas hacía tres días que habían escrito al rey pidiéndoles justicia por su padre. Pero el mensajero aún no había vuelto con una respuesta.

—Ya veo —dijo desilusionado—, si lo conocemos, diría que él tardará un par de semanas en responder para ver cuanta tensión podemos aguantar.

—No habrá más tensión —dijo Owen. Murrock a su lado asintió.

—¿Qué quieres decir?

El guerrero parecía satisfecho, aunque no dejaba ver entusiasmo alguno.

—Quinlan McDowell ha muerto.

La noticia cogió a Gabriel por sorpresa.

Un gemido captó la atención de todos, y cuando Gabriel alzó la cabeza, vio la figura de su esposa en lo alto de la escalera.

—¿Mi padre ha muerto? —A pesar de la pregunta, todos estaban en silencio, y permanecieron así esperando a que bajara—. ¿Qué ha ocurrido?

—Al parecer... un ataque al corazón —dijo Owen con voz serena.

Gabriel abrió la boca, para decir algo. Estaba incrédulo. Y sus motivos tenía, pues al echar una mirada a Murrock, se dio cuenta que ahí había algo más. El consejero señaló con la cabeza a Owen y el *laird* tomó aire.

—Bien... no habrá guerra.

El *lard* miró a su esposa.

Raven avanzó hacia él y se apoyó en su brazo.

—Dejadnos.

Los hombres se apresuraron a obedecer y a dejarlos solos en el salón.

—Raven...

Ella alzó su rostro y le sonrió entre lágrimas.

—No puedo alegrarme de que mi padre esté muerto —le dijo—, pero me alegro que todo haya terminado. No habrá venganza contra los McDowell ¿verdad? Suficiente hemos sufrido ya.

Gabriel la miró y con dulzura le apartó un mechón del rostro.

—No, no habrá venganza.

Si Quinlan había muerto, la venganza moriría con él.

El laird no pensaba decirle que su padre había muerto asesinado, muy probablemente por su hermana Rowyn. Había secretos que era mejor no saber. Lo que importaba es que Quinlan ya no les haría más daño. Y que Rowyn... tampoco.

Raven se echó a sus brazos y cuando sintió como su esposo la apretaba contra su pecho, supo que todo estaba bien. Que ya nada podía dañarlos.

Meses después

El agua de la pequeña laguna estaba fría, el verano empezaba a quedarse atrás, pronto llegaría el frío invierno y aunque en las tierras altas este podía ser cruel, nada podía ser peor que lo sucedido los meses anteriores.

Cuando Gabriel había echado a Rowyn, Owen se había apresurado a llevar a su hermana junto a Quinlan. Pero a los pocos días, quizás por el disgusto de la felicidad de su hija, pensó Raven, el hombre había muerto de un ataque al corazón.

Algo demasiado conveniente para la paz entre los clanes. Pero a pesar de los rumores, de las voces mezquinas, todos, incluso el rey, aceptaron la noticia de una muerte no violenta.

Había habido incertidumbres a la hora de elegir un nuevo laird, pero escogieran los McDowell, el hombre que escogieran para guiarlos, Raven sabía que ya no debía preocuparse. ¿Quién iba a enfrentarse al clan McDonald? Sol un necio como su padre, era capaz de hurdir semejante plan. Y ahora ya no estaba.

Muerto su padre, sabía que su esposo ya no tenía por qué odiar a los McDowell, al fin y al cabo, ella había sido uno de ellos, y a él no parecía importarle ya su pasado.

Otra McDowell que había sido bien recibida fue Agnes. La muchacha no podía estar más contenta con su nueva situación en el clan. No había dejado de ser la doncella de la nueva señora, pero, ahora, además, era la amada esposa de Callum, el brazo derecho de Gabriel.

Su esposo, pensó Raven, había depositado toda su confianza en él, ahora que Liam había vuelto a su clan para hacerse cargo de su gente como *laird*. Por otra parte, Owen, a quien Raven había visto perder la alegría en esos últimos meses, no había querido quedarse con ellos. Con gran placer se había propuesto para ir junto a Liam y ayudarle en lo que necesitara entre los McDougall.

Por otra parte, solo había algo que ensombrecía el humor de Raven. Su hermana Rowyn.

La que antaño fuera una mujer enérgica y decidida, ahora había sido presa de la locura. Cuando su padre murió, el consejo la instó a volver con los Campbell. Fuese quien fuese el sucesor de su padre, la conocían demasiado bien, como para querer a una mujer con sus mañas. Así que para su desgracia, Rowyn vio que ya no era bien recibida entre ellos.

El rey había tachado de justicia divina la muerte de Quinlan una vez se rebeló el asesinato que este había perpetrado contra Ian McDonald. Y de alguna manera, se había filtrado que Rowyn tenía la misma sed de venganza y había intentado matar a su hermana.

Repudiada por todos, solo le quedó la opción de encerrarse en el convento donde su tía Henriette era la abadesa.

Sumergida en la sedante laguna, Raven pensó en cómo debería haberse tomado la noticia de su encierro, si ello le había llevado a perder la cordura.

Con la partida de su hermana, la señora de los McDonald no había vuelto a correr ningún riesgo, eso era imposible. Pensó enfurruñada, Gabriel no lo permitiría. Durante dos semanas había estado postrada en la cama y al parecer si no fuera por la intervención de su suegra, a estas horas seguiría allí.

El instinto protector de Gabriel con respecto a ella le hacía sentirse querida y feliz, pero el aburrimiento había hecho mella en la muchacha, y cuando supo que tenía prohibida la salida de la

fortaleza... el término furia o ira se quedaron demasiado cortos. Lo primero que quería hacer era arrancarle la hermosa cabellera rubia a su marido, pero desistió. En un enfrentamiento directo, Gabriel tenía toda las de ganar, pero en uno indirecto...

Había tardado dos días en salir de la fortaleza sin ser vista.

No había sido sencillo, dos veces se sintió descubierta, pero el vestirse de anciana había resultado demasiado convincente. ¿Qué guarda o hombre se fijaría en una pobre anciana?

Sonrió triunfal mientras daba algunas brazadas hasta la orilla.

Gabriel se enfadaría, pero la perdonaría porque la amaba. Lo sabía por la manera que le hacía el amor y los susurros que derramaba en su oído cada noche.

Raven estaba pensando en eso y sonreía como una boba mientras se zambullía en el agua.

—Raven.

La voz de su esposo le llegó desde la orilla. Se dio la vuelta e instintivamente se cubrió los pechos desnudos.

—Maldición.

Lo miró fijamente intentando averiguar cuánto tiempo llevaba allí.

Los colores de su tartán refulgían bajo el sol y sus cabellos dorados con sus trenzas de guerra se derramaban sobre sus anchos hombros. Aquella visión no pudo más que cortarle la respiración. No importa cuán enfadado estuviera, su esposo era hermoso en todos los sentidos.

—Marido... —empezó a decir ella.

—No me hables. —Sus ojos la fulminaron cuando se posaron en ella—. ¿Tienes idea de cuán preocupados estábamos?

Ella sonrió sin querer, lo que enfureció más a Gabriel.

—¡No te atrevas a burlarte!

—¿Estabas preocupado por mí? —preguntó inocentemente.

Gabriel respiró hondo varias veces y se prometió que no le azotaría el trasero cuando le pusiera las manos encima, al menos no con una correa.

—Quizás puedes darte un baño conmigo. —Las palabras de su esposa lo sacaron de sus cavilaciones.

Gabriel contempló el cuerpo desnudo salir parcialmente del agua.

—Eso no te libraré de tu castigo.

La descarada sonrió más ampliamente.

Era una tentación para cualquier mortal que respirara. Sus pechos sobresalían entre sus brazos con su inútil esfuerzo de cubrir esas exuberantes formas. El agua le lamía el vientre bajo el ombligo y al fijar su mirada en el agua, donde sabía que se escondían unas perfectas piernas torneadas, no pudo menos que plantearse sus palabras. Esas piernas eran capaces de enloquecerlo hasta hacerle perder el sentido.

Cuando Raven adrede dejó caer sus brazos a los costados, Gabriel no necesitó más invitación que su mirada para desnudarse y entrar en el agua.

—¿Estas muy enfadado?

—Bastante —dijo atrapándola entre sus brazos.

Raven escuchó sus palabras sin decir nada y no protestó cuando notó el abrazo del guerrero. La besó con fuerza y ella respondió enroscando sus largas piernas alrededor de su cintura.

Ella rio contra su boca.

—Oh, mi señor. Cuanto habéis crecido desde la última vez que os vi desnudo en un lago.

Él le pellizó el trasero por su osadía y sonrió al recordar cuánto se había burlado ella antaño de su pequeña serpiente.

—Tienes suerte, esposa.

—¿De qué? —preguntó sin dejar de besar sus labios húmedos.

—De que te quiera tanto.

Ella sonrió de nuevo.

—Y de que me consientas tanto.

Él no necesita escuchar nada más que el sonido de su risa para estar plenamente dispuesto para ella. Sus ojos brillaban por la excitación y sabía que moriría si no se encontraba pronto dentro de ella.

Raven gruñó cuando él empezó a mover las caderas de una manera pecaminosa.

—Yo también te deseo, mi bella Raven —fue lo único que pudo decir, mientras ella se movía contra él, hasta sentir que Gabriel se abría paso en su interior, de manera lenta y dulce al principio, y de forma más brusca después.

La sujetó firmemente y Raven echó la cabeza hacia atrás.

A medida que él subía el ritmo, los gemidos de Raven se volvieron cada vez más audibles y sensuales.

La miró a los ojos completamente satisfecho. Su boca besó ávidamente la de su esposa, las lenguas de ambos pujaron febrilmente una contra otra hasta que él necesitó más. Raven sintió frío al sentir que, enroscada como estaba a su cuerpo, Gabriel la sacaba del agua. Sus pieles quedaron expuestas a la brisa y al sol.

Después de avanzar un par de pasos, la tumbó sobre el tartán que había dejado en la orilla y se dispuso a venerar su cuerpo. Gabriel besó su piel mojada, pero lejos de sentir frío con cada roce de su boca, su piel y su sangre se calentaba, hasta hacerla arder de puro deseo.

Él acarició sus pechos hasta sentir que se derretía. Le besó el cuello y sus manos acariciaron los pechos, el vientre... cuando llegó a las nalgas no pudo soportarlo más. Las apretó con fuerza y se hundió de nuevo en ella.

Raven le miró a los ojos cuando pujó frenéticamente por llenarla. Jamás se había sentido tan plena y había anhelado nada tanto, como volver a tener a su esposo dentro de ella. Lanzó un pequeño grito que él se apresuró a silenciar con su boca. Pero a cada embestida jadeó contra el oído de su esposa. Volvió a empujar una vez y otra hasta que perdió todo control.

Sintió las convulsiones bajo su pesado cuerpo, al tiempo que ella gritaba su nombre. Al sentirla tan cálida y estrecha no pudo más que salirle al encuentro. Su conciencia estalló en mil pedazos para derramarse en ella. Cuando Gabriel pudo volver a sus sentidos, se desplomó sobre ella, al menos por un instante.

Ambos tomaron aire a bocanadas, y solo tiempo después sus corazones se refrenaron un poco. Gabriel la miró a los ojos.

—Raven —su voz sonó preocupada—. ¿Te he hecho daño?

Ella sonrió.

—No.

Gabriel miró centímetro a centímetro el cuerpo que yacía bajo el suyo. Los cardenales en las costillas y los brazos, a causa de la caída por las escaleras, habían desaparecido, pero su solo recuerdo le dolía.

Besó cada centímetro de piel que había sido lastimada antaño.

—¿Te he dicho que te amo, esposa?

Gabriel se apresuró a colocar su peso sobre sus codos.

La contempló un instante interminable antes de levantarse. Los ojos de Raven aún estaban rebosantes de pasión y sus labios hinchados por los besos salvajes que le había proporcionado



durante el acto amoroso.

—Te protegeré, esposa, incluso de ti, no quiero que corras riesgos innecesarios, no quiero que te alejes de mí...

—Gabriel.

—... porque no puedo perderte.

—No me perderás.

Sus sonrisa lo calentaba más que el sol.

—No lo entiendes, mi bella Raven, si te perdiera, me moriría. Ella rió complacida.

—Yo tampoco podría perderte.

—Dime por qué —dijo, buscando el regalo tan deseado de sus palabras.

—Porque te amo.

Gabriel se sintió más que satisfecho y por primera vez en mucho tiempo estaba en paz.

Su padre había sido demasiado sabio y vio en esa mujer todas las gracias ocultas que poseía. Ahora él también las veía, y no podía haber hombre más feliz en la faz de la tierra.

—Yo también te amo mi bella cuervo.

ÍNDICE  
PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22